

# **STAR WARS**

## **Los Jóvenes Jedi 1**

### **HEREDEROS DE LA FUERZA**

**Kevin J. Anderson  
Rebecca Moesta**

Colección dirigida por Alejo Cuervo

Título original: Heirs of the Force

Traducción: Albert Solé

Para nuestros padres  
Andrew y Dorothy Anderson,  
y Louis y Louise Moesta,  
que nos enseñaron a amar los libros.

### **Agradecimientos**

Nos gustaría dar las gracias a Vonda N. McIntyre por haber ayudado a crear a los niños, a Dave Wolverton por sus sugerencias acerca de Tenel Ka y Dathomir, a Lucy Wilson y Sue Rostoni de Lucasfilm por todas sus ideas y por habernos dado la oportunidad de escribir esta nueva serie, a Ginjer Buchanan y Lou Aronica de Berkley por haberse mostrado tan entusiasmados con el proyecto, y a Brent Lynch, Gregory McNamee, Skip Shayotovich y todo el grupo de la BBS FidoNet Echo LA GUERRA DE LAS GALAXIAS por habernos ayudado con los chistes. Y nuestra gratitud especial a Lil Mitchell por habernos ayudado tantísimo con el trabajo mecanográfico, y a Jonathan MacGregor Cowan por el nombre de Qorl.

## 1

Jacen Solo ya llevaba casi un mes en la Academia Jedi de Luke Skywalker cuando por fin consiguió que su habitación estuviera tal como quería.

Los alojamientos de los estudiantes, que se encontraban dentro de un viejo templo en la luna selvática de Yavin 4, eran oscuros y húmedos y se enfriaban mucho cada noche. Pero Jacen y su hermana gemela Jaina habían pasado días enteros frotando y limpiando los bloques cubiertos de musgo de sus cuartos contiguos, y colocando paneles luminosos y calentadores portátiles en los rincones.

El hijo de Han Solo y la princesa Leia estaba inmóvil bajo la anaranjada claridad matinal que entraba por las angostas ventanas abiertas en los gruesos muros del templo. En la jungla, los grandes pájaros chillaban mientras se peleaban por los insectos que les servirían de desayuno.

Como hacía cada mañana antes de acudir a las lecciones del tío Luke, Jacen dio de comer y echó un vistazo a todas las criaturas extrañas y exóticas que había ido encontrando en las junglas inexploradas de Yavin 4. Le encantaba coleccionar nuevas mascotas.

La pared del fondo estaba llena de recipientes y recintos, jaulas transparentes de exhibición y acuarios burbujeantes. La mayor parte de los recipientes eran ingeniosos artefactos inventados por su hermana, que tenía grandes dotes para todo lo relacionado con la mecánica, Jacen apreciaba los inventos de Jaina en lo que valían, aunque no podía entender por qué estaba más interesada en las jaulas que en las criaturas que contenían.

Una jaula crujió al ser sacudida por dos ruidosos estintariles, unos roedores que vivían en los árboles y tenían ojos protuberantes y largas mandíbulas llenas de dientes muy afilados. Los estintariles se movían en manadas que viajaban a gran velocidad por los caminos arbóreos, sin detenerse nunca y devorando todo lo que permaneciera inmóvil el tiempo suficiente para que pudieran darle un bocado. Jacen lo había pasado en grande capturando aquel par.

En un recinto transparente saturado de humedad, varios diminutos cangrejos nadadores estaban utilizando barro pegajoso para construir complejos nidos con pequeñas torres y baluartes curvados. En un cuenco lleno de agua nadaban las siluetas amorfas de unas cuantas salamandras mucosas, que eran criaturas diluidas e informes de color rosado hasta que trepaban a alguna repisa. Entonces endurecían sus membranas exteriores, adquiriendo un aspecto de medusa con pseudópodos y una boca que les permitía cazar insectos entre la maleza.

Otra jaula en la que había tendidos gruesos cables muy resistentes contenía un iridiscente enjambre azulado de pirañas-escarabajo que se arrastraban de un lado a otro, haciendo chasquear sus mandíbulas y tratando continuamente de abrir un agujero a base de mordiscos para poder escapar por él. En la jungla, un enjambre de pirañas-escarabajo podía llover del cielo con un estridente zumbido letal. Cuando caían sobre su presa, las pirañas-escarabajo podían convertir un animal de gran tamaño en un montón de huesos mordisqueados en cuestión de minutos. Jacen estaba orgulloso de que su colección tuviera los únicos especímenes en cautividad existentes.

Frecuentemente lo que le daba más trabajo no era mantener a sus animales exóticos dentro de sus jaulas, sino averiguar qué comían. A veces se alimentaban de frutos o flores. A veces devoraban trozos de carne fresca. A veces los de mayores dimensiones

incluso lograban escapar de su confinamiento y se comían a los otros especímenes, para gran consternación de Jacen.

A diferencia de los estrictos profesores que Jacen y Jaina habían tenido en su hogar de Coruscant, el planeta cubierto de ciudades, Luke Skywalker no se guiaba por un curso de estudios rigurosamente programado. El tío Luke les había explicado que para ser un Jedi había que comprender muchos fragmentos del tapiz de la galaxia, y no meramente una pauta inmutable fijada por otros.

Eso permitía que Jacen pasara una gran parte de su tiempo libre vagando por la densa vegetación, apartando las flores y la maleza de la jungla para recoger hermosos insectos y recolectar raros hongos exóticos. Siempre había tenido una extraña y profunda afinidad con las criaturas vivas, de la misma manera que su hermana tenía un talento natural para entender la maquinaria y los aparatos. Jacen podía atraer a los animales con su talento especial de la Fuerza, haciendo que vinieran hasta él para poder estudiarlos a placer.

Algunos estudiantes Jedi —especialmente Raynar, un chico bastante insufrible que siempre estaba creando problemas— no veían con buenos ojos el pequeño zoo que Jacen tenía en su habitación. Pero Jacen estudiaba a sus criaturas y cuidaba de ellas, y aprendía muchas cosas de los animales.

Sacó agua fresca de una pequeña cisterna que Jaina había instalado en la pared y fue llenando bandejas que repartió por las jaulas. Sus movimientos asustaron a una familia de arañas saltarinas color púrpura, que empezaron a dar saltos de un lado a otro y se lanzaron contra la tela metálica que cubría su caja.

—Calmaos —les susurró Jacen mientras deslizaba los dedos a lo largo de los delgados alambres—. No pasa nada.

Las arañas interrumpieron sus piruetas y se dispusieron a beber a través de sus largos colmillos huecos.

En otra jaula los pájaros susurradores se habían quedado callados, posiblemente porque tenían hambre. Jacen tendría que coger unos cuantos embudos de néctar frescos de las lianas que crecían sobre las piedras de los templos medio en ruinas del otro lado del río.

Ya casi era hora de ir a las lecciones matinales. Jacen se despidió de sus mascotas dando suaves golpecitos en los lados de los recipientes. Se disponía a marcharse cuando se detuvo y vaciló. Volvió la mirada hacia el recipiente de abajo, donde la serpiente de cristal transparente solía estar enroscada encima de un lecho de hojas secas.

La serpiente de cristal era casi invisible, y Jacen sólo podía verla si la observaba bajo cierto ángulo de la luz. Pero mirara como mirase no vio ningún destello de escamas cristalinas, ninguna curva de luz parecida a un arco iris que se doblara alrededor de la criatura transparente. Jacen se inclinó sobre el recipiente, muy alarmado, y descubrió que una de las esquinas inferiores estaba doblada hacia arriba justo lo suficiente para que el delgado cuerpo de una serpiente pudiera salir por ella.

—Esto me huele mal —dijo Jacen, repitiendo sin darse cuenta las palabras que su padre solía emplear con tanta frecuencia.

La serpiente de cristal no era particularmente peligrosa, o por lo menos Jacen no pensaba que lo fuese. Sabía por experiencia propia que la mordedura de la serpiente provocaba un dolor agudo y penetrante que sólo duraba un momento, después de lo

cual la víctima se sumía en un profundo sueño. Aproximadamente una hora después despertabas sin que hubiera ningún otro efecto perjudicial, pero aun así era la clase de peligro que alguien como Raynar podía utilizar para armar jaleo y, tal vez, obligar a Jacen a trasladar sus mascotas a un módulo de almacenamiento exterior.

Y la serpiente de cristal andaba suelta.

El miedo empezó a acelerarle el pulso, pero Jacen se acordó de utilizar una de las técnicas de relajación Jedi de su tío Luke para mantener la calma y que le ayudara a poder pensar con más claridad. Enseguida supo lo que tenía que hacer: haría que su hermana Jaina le ayudara a encontrar la serpiente antes de que nadie se diera cuenta de que había desaparecido.

Salió al pasillo sumido en la penumbra y sus oscuros ojos se movieron de un lado a otro para averiguar si había alguien que pudiera verle. Después se apresuró a meterse por la arcada de piedra contigua a la suya y se quedó inmóvil después de cruzar el umbral, parpadeando entre las sombras de la habitación de su hermana.

Una pared entera de su alojamiento estaba ocupada por recipientes meticulosamente amontonados llenos de piezas y repuestos, ciberfusibles, circuitos electrónicos y diminutos engranajes extraídos de androides ya anticuados que habían sido desmontados. Jaina había sacado células de energía no utilizadas y sistemas de control de la vieja sala de guerra rebelde instalada en las profundidades de las cámaras interiores de la pirámide del templo.

Hubo un tiempo, mucho antes de que los gemelos hubieran nacido, en que aquel viejo templo había sido el cuartel general de la base secreta rebelde escondida en las junglas de aquella luna aislada. Su madre, la princesa Leia, había ayudado a los rebeldes a defender su base contra la terrible Estrella de la Muerte; y por aquel entonces su padre, Han Solo, sólo era un contrabandista, pero había acabado rescatando a Luke Skywalker.

Pero eso pertenecía al pasado, y la mayor parte del viejo equipo de la base rebelde desierta no era utilizado y había sido olvidado por los estudiantes Jedi. Jaina pasaba su tiempo libre haciendo experimentos con él y juntando los componentes de nuevas maneras. Su habitación contenía tales cantidades de equipo de gran tamaño que Jacen apenas disponía del espacio necesario para moverse por su interior. Miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de la serpiente de cristal escapada.

— ¿Jaina? —preguntó—. ¡Jaina, necesito tu ayuda!

Sus ojos volvieron a recorrer la oscura estancia tratando de encontrar a su hermana. Podía captar el olor acre de los fusibles quemados, y oyó el repiqueteo ahogado de una herramienta pesada chocando con el metal.

—Un momento.

La voz de Jaina, envuelta en ecos metálicos, procedía del interior de la masa de maquinaria corroída en forma de barril que ocupaba la mitad de su habitación. Jacen se acordó de cuando los dos, ayudados por su musculosa amiga Tenel Ka, habían utilizado un tanto torpemente sus poderes de la Fuerza para trasladar la pesada maquinaria a lo largo de los corredores serpenteantes para que Jaina pudiera trabajar en ella hasta altas horas de la noche dentro de su habitación.

— ¡Date prisa! —dijo Jacen en un tono cada vez más apremiante.

Jaina salió por una abertura de la cañería de alimentación, retrocediendo de espaldas hasta quedar fuera de ella. Su lacia cabellera de un castaño oscuro estaba

recogida con un cordel para mantenerla apartada de su delgado rostro, y su mejilla izquierda estaba manchada de grasa.

La melena de Jaina le llegaba hasta los hombros y era tan abundante como la de su madre, pero nunca había querido dedicarle el tiempo que habría necesitado para retorcerla y moldearla en los magníficos y complejos peinados por los que había llegado a ser tan famosa la princesa Leia.

Jacen extendió la mano hacia su hermana gemela para ayudarla a levantarse.

— ¡Mi serpiente de cristal se ha vuelto a escapar! Tenemos que encontrarla. ¿La has visto?

Jaina apenas prestó atención a sus palabras.

—No, he estado muy ocupada ahí dentro —dijo—. Pero ya casi he terminado. — Señaló la sucia masa de maquinaria que latía y vibraba—. Cuando haya acabado, podremos instalarla en el río al lado del templo. La corriente de agua puede hacer girar las ruedas de paletas y cargará todas nuestras baterías, y además...

Estaba hablando cada vez más deprisa. A Jaina le encantaba dar explicaciones, y cuando empezaba siempre le costaba mucho parar.

Jacen intentó interrumpirla, pero no logró encontrar ninguna pausa en su discurso.

—Pero mi serpiente...

—Si instalamos unos conectores de salida en fase, podremos transferir energía al Gran Templo y eso nos proporcionará toda la luz que necesitamos. Añadiendo unos selectores de proteínas especiales, podremos extraer algas del agua y procesarlas hasta convertirlas en comida. Incluso podríamos alimentar todos los sistemas de comunicaciones de la Academia Jedi y...

Jacen, por fin, logró hacerla callar.

— ¿Por qué dedicas todo tu tiempo a esto, Jaina? Tenemos docenas de células de energía permanentes que sobraron de la vieja base rebelde, ¿no?

Jaina suspiró, con lo que consiguió que Jacen tuviera la sensación de que se le había pasado por alto algún punto profundamente importante.

—No estoy construyendo esto porque sea útil —dijo—. Lo estoy haciendo para averiguar si puedo hacerlo. En cuanto sepa que puedo hacerlo, ya no tendré que desperdiciar más tiempo preguntándome si algo de lo que aprendo aquí es útil o no.

Jacen seguía sin estar muy seguro de haberla entendido, pero después de todo su hermana nunca conseguía entender su fascinación por los seres vivos.

—Ya sé que aún no lo has acabado, Jaina, pero me preguntaba si tendrías un momento libre para ayudarme a encontrar mi serpiente. Se ha escapado. No sé dónde buscarla.

—Muy bien —dijo Jaina, limpiándose la suciedad de las manos en su mono de trabajo lleno de manchas—. Si la serpiente se ha escapado de tu habitación, probablemente habrá ido por el pasillo.

Los dos hermanos salieron al largo corredor. Escutaron las sombras y escucharon, inmóviles el uno al lado del otro.



La habitación de Jacen era la última estancia en uno de los pasajes del templo que llevaban a un muro de fría piedra resquebrajada. Pero ninguna de las grietas era lo bastante ancha para que la serpiente de cristal pudiera esconderse dentro de ella.

—Tendremos que mirar en todas las habitaciones —dijo Jaina.

Jacen asintió.

—Si algo anda mal, tendríamos que ser capaces de percibirlo. Tal vez pueda utilizar la Fuerza para seguir la pista de la serpiente hasta el sitio en el que se haya escondido.

Oyeron como los otros estudiantes Jedi se vestían y aseaban, o tal vez se limitaban a dormir unos minutos, dentro de sus habitaciones. Jacen aguzó el oído y escuchó con la débil esperanza de oír gritar a alguien, porque entonces sabría adonde había ido la serpiente.

Fueron sigilosamente de una habitación a otra, deteniéndose delante de las puertas cerradas. Jacen rozó la madera con las puntas de los dedos, pero no notó ninguna sensación de cosquilleo que pudiera indicar la presencia de su mascota huida.

Pero cuando llegaron a la puerta de Raynar, que estaba entreabierta, se dieron cuenta de inmediato de que había algo que se salía de lo corriente. Los gemelos asomaron la cabeza por el hueco de la puerta y vieron al muchacho caído sobre las losas del suelo de piedra pulimentada.

Raynar llevaba unas soberbias prendas de tela púrpura, oro y escarlata, los colores de la casa de su noble familia. A pesar de las amables sugerencias del tío Luke, el muchacho rara vez se quitaba su elegante indumentaria y nunca se dejaba ver llevando las modestas pero cómodas ropas que se utilizaban para el adiestramiento Jedi.

La despeinada cabellera rubia de Raynar brillaba como motas de polvo de oro bajo la claridad matinal que entraba a chorros por las rendijas de los ventanales de su habitación. Sus mejillas sonrojadas se hundieron, y el aire escapó de su boca mientras roncaba suavemente en una postura bastante incómoda sobre el frío suelo.

— ¡Por todos los rayos desintegradores! —exclamó Jacen—. Creo que hemos encontrado a mi serpiente.

Jaina cerró la puerta y se colocó junto a la rendija para que la serpiente de cristal no pudiera pasar junto a ella.

Jacen se arrodilló al lado de Raynar y dejó que sus párpados se cerraran. Estiró los dedos en el aire, y sus nudillos crujieron. Después permitió que su mente fluyera libremente y se imaginó cuáles podían ser los pensamientos de una serpiente. Como de costumbre, Jacen percibió muchas cosas al mismo tiempo a través de la Fuerza, pero se concentró y siguió buscando a su serpiente.

Percibió una delgada y perezosa línea de pensamientos, una mente que se satisfacía con gran facilidad y que en aquellos momentos se sentía cómoda y a salvo. Sus únicos pensamientos eran calor, calor..., sueño, sueño y silencio. La serpiente de cristal estaba hecha un ovillo y dormitaba debajo de Raynar, oculta entre los pliegues de su jubón púrpura.

—Ven, Jaina —susurró Jacen.

Su hermana dejó de montar guardia al lado de la puerta y se puso en cuclillas junto a él. La tela de su mono lleno de manchas siseó como otra serpiente cuando se arrodilló sobre el suelo.

—Supongo que está justo debajo del cuerpo de Raynar, ¿no?

Jacen asintió.

—Sí, donde hace más calor.

—Eso es un problema —dijo Jaina—. Podría darle la vuelta, y entonces tú cogerías a la serpiente.

—No, eso la asustaría —replicó Jacen—. Podría volver a morder a Raynar.

Jaina frunció el ceño.

—Estaría durmiendo una semana entera y se perdería todas esas clases.

—Sí —dijo Jacen—, pero entonces al menos el tío Luke podría terminar una lección sin ser interrumpido por las preguntas de Raynar.

Jaina se rió.

—En eso tienes razón.

Jacen percibió la presencia de la serpiente enroscada con su mente y vio cómo descansaba tranquilamente. Pero justo en ese momento, como si Raynar les hubiera oído hablar de él, soltó un resoplido y se removió en sueños.

La serpiente se agitó, muy alarmada. Jacen se apresuró a enviar un mensaje tranquilizador utilizando técnicas de relajación Jedi que le había enseñado Luke. Envió pensamientos tranquilizadores y reconfortantes que no sólo calmaron a la serpiente, sino también a Raynar.

—Si trabajáramos juntos, podríamos utilizar nuestros poderes Jedi para levantar a Raynar por los aires —sugirió Jacen—. Después yo podría sacar a la serpiente de debajo de él.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —replicó Jaina, contemplando a su hermano con las cejas enarcadas.

Los gemelos cerraron los ojos y se concentraron. Rozaron las ropas multicolores de Raynar con las puntas de los dedos mientras imaginaban lo ligero que podía llegar a ser, que era meramente una pluma que flotaba en el aire y que no pesaba nada en absoluto, y que podían hacer que fuese ascendiendo lentamente hacia el techo.

Jacen contuvo el aliento y el estudiante Jedi, que seguía roncando, empezó a elevarse sobre las losas del suelo. Los holgados ropajes de Raynar colgaron como cortinas debajo de él, dejando en libertad a la serpiente adormilada.

La repentina privación de su caliente escondite hizo que la serpiente de cristal despertara sintiéndose llena de ira y con el deseo instintivo de atacar. Jacen percibió cómo se desenroscaba y buscaba un objetivo viviente, preparada para morder.

— ¡Sostén a Raynar! —le gritó a Jaina.

Jacen se lanzó hacia adelante, moviéndose a la velocidad del rayo para atrapar a la escurridiza serpiente de cristal. Sus dedos le rodearon el cuello, agarrándola por detrás de la compacta cabeza triangular. Jacen envió un chorro concentrado de pensamientos tranquilizadores dirigido al pequeño cerebro reptiliano, calmándolo y extinguiendo su ira.

El rápido movimiento de Jacen y su brusca ruptura del contacto con la Fuerza sobresaltaron a Jaina, y sólo consiguió mantener en el aire a Raynar durante un par de segundos. Mientras Jacen se esforzaba por calmar a la serpiente, la presa invisible con que Jaina sostenía en el aire al muchacho flotante se fue debilitando y acabó rompiéndose.

Raynar cayó sobre el duro suelo de piedra en un confuso montón de brazos, piernas y telas multicolores. El golpe de la caída fue lo bastante fuerte para despertarle incluso del sueño drogado en el que se había sumido por la mordedura de la serpiente. Raynar se irguió con un gruñido, meneando la cabeza mientras abría y cerraba sus ojos azules.

Jacen siguió calmando a la serpiente invisible escondida en su mano. Envío pensamientos cosquilleantes a su mente hasta que la serpiente hirvió de placer. Se sentía tan satisfecha y a gusto que se enroscó alrededor de la muñeca de Jacen, apoyando su plana cabeza transparente sobre su puño. El resplandor iridiscente que despedía apenas era visible incluso en las mejores condiciones de iluminación. Sus escamas eran como una delgada película de diamantes, y sus negros ojos parecían dos motitas de carbón.

Raynar, aún bastante aturdido, alzó la mirada hacia los gemelos de cabellos oscuros inmóviles delante de él y se rascó la cabeza, visiblemente confuso.

— ¿Jacen? ¿Jaina? Bien, bien, bien, ¿qué estáis...? ¡Eh!

Raynar se irguió un poco más y se sacudió el brazo izquierdo, como si lo tuviera entumecido. Después fulminó con la mirada a Jacen.

—Me pareció ver a una de tus..., tus criaturas aquí dentro durante un momento. Y eso es lo último que recuerdo. ¿Alguna de tus mascotas anda suelta?

Jacen, incómodo y avergonzado, escondió la mano cubierta por la serpiente detrás de su espalda.

—No —replicó—. Puedo decir con toda honestidad que tengo controlada hasta la última de mis mascotas.

Jaina se inclinó sobre el otro muchacho Jedi para ayudarlo a levantarse.

—Debes de haberte quedado dormido, Raynar. Tendrías que haber ido a tu catre si realmente estabas tan cansado. —Le sacudió la ropa—. ¿Ves? Has conseguido ponerte perdido de polvo.

Raynar contempló con alarma el polvo y las manchas de suciedad de sus esplendorosos ropajes.

—Ahora tendré que cambiarme de traje. ¡No puedo permitir que me vean en semejante estado! —exclamó mientras se pasaba las manos por la ropa con expresión consternada.

—Bueno, entonces te dejaremos a solas para que te cambies —dijo Jacen, retrocediendo hacia la puerta—. Ya te veremos en clase.

Jacen y Jaina salieron a toda prisa de la habitación de Raynar. Jacen, que de repente se sintió lo suficientemente envalentonado para burlarse de Raynar, se despidió de él agitando la mano que seguía sosteniendo la invisible serpiente de cristal.

Los gemelos volvieron corriendo a sus cuartos para poder cambiarse también, no queriendo llegar tarde a la lección en la que Luke les enseñaría cómo convertirse en Caballeros Jedi.

## 2

Jaina se metió a toda prisa en su habitación para cambiarse de ropa mientras Jacen iba corriendo a dejar la serpiente de cristal dentro de su recipiente. Se echó en la cara agua fría de la nueva cisterna instalada en la pared de su dormitorio.

Después salió al pasillo con el rostro todavía mojado y sintiendo el cosquilleo del frío en la piel.

—Date prisa o llegaremos tarde —dijo mientras Jacen se apresuraba a reunirse con ella.

Los gemelos fueron corriendo hasta el turboascensor, que los llevó a los niveles superiores del templo en forma de pirámide. Entraron en el enorme espacio lleno de ecos de la gran cámara de audiencias. El aire vibraba con los ruidos producidos por los otros candidatos a convertirse en Caballeros Jedi, que ya se estaban reuniendo en la gigantesca estancia donde Luke Skywalker hablaba cada día.

Haces de luz matinal rebotaban con un sinfín de destellos en las lisas superficies de piedra. La luz estaba impregnada por un tono anaranjado reflejado del planeta Yavin, el gigante de gas color naranja que flotaba en el cielo y alrededor del que orbitaba la pequeña luna cubierta de junglas.

Docenas de estudiantes Jedi de distintas edades y especies fueron encontrando su lugar en las hileras de asientos de piedra esparcidas a través del largo suelo que formaba pendiente. Jaina pensó que era como si alguien hubiera lanzado una piedra gigantesca sobre el estrado, despidiendo olas paralelas de bancos que se iban perdiendo en ondulaciones hasta el final de la gran cámara.

Una mezcla de lenguajes y sonidos llegó a los oídos de Jaina junto con el rico olor a intemperie que procedía de las junglas inexploradas del exterior. Jaina olisqueó el aire, pero no pudo identificar los distintos perfumes de las flores, aunque probablemente Jacen se los conocía todos de memoria. Lo que Jaina podía oler con más claridad en aquellos momentos era la mezcla de olores corporales almizclados de los distintos estudiantes Jedi alienígenas, desde los pelajes apelmazados hasta las escamas recalentadas por el sol pasando por los aromas agridulces de las feromonas.

Jacen la siguió hasta unos asientos vacíos, y los gemelos dejaron atrás a un par de corpulentas criaturas cubiertas de pelos rosados que estaban intercambiando gruñidos. Mientras se sentaba sobre la fría y un poco resbaladiza piedra del asiento, Jaina alzó la mirada hacia los cuadrados del techo del templo y contempló las muchas formas y colores distintos dispuestos en mosaicos que formaban dibujos extraños e incomprensibles.

—Cada vez que venimos aquí —dijo—, pienso en esos viejos vídeos de la ceremonia en la que mamá entregó sus medallas al tío Luke y a papá. Estaba tan guapa... —añadió mientras se llevaba una mano a su lacia cabellera, que se limitaba a estirar con un peine.

—Sí, y papá parecía todo un pirata —dijo Jacen.

—Bueno, en aquellos tiempos era un contrabandista —replicó Jaina.

Pensó en los soldados rebeldes que habían sobrevivido al ataque lanzado contra la primera Estrella de la Muerte, los que se habían enfrentado al Imperio en la gran batalla espacial para destruir la terrible superarma. Habían transcurrido más de veinte años desde entonces, y Luke Skywalker había convertido la base abandonada en un centro

de adiestramiento para quienes esperaban poder convertirse en Jedi, y estaba reconstruyendo la Orden de los Caballeros Jedi.

El mismo Luke había empezado a adiestrar otros Jedi cuando los gemelos aún no tenían dos años. Últimamente Luke solía estar lejos ocupado con sus propias misiones y sólo pasaba una parte de su tiempo en la Academia Jedi, pero ésta seguía abierta bajo la dirección de otros Caballeros Jedi a los que había adiestrado.

Algunos de los que se sometían al adiestramiento no tenían prácticamente ningún potencial Jedi, y se conformaban con ser meros historiadores de las tradiciones Jedi. Otros poseían un gran talento, pero todavía no habían iniciado su auténtico adiestramiento. Aun así, Luke se guiaba por la filosofía de que todos los Jedi en potencia podían aprender los unos de los otros. Los fuertes podían aprender de los débiles y los viejos podían aprender de los jóvenes..., y viceversa.

Jacen y Jaina habían ido a Yavin 4, enviados por su madre para que fuesen adiestrados durante parte del año. Anakin, su hermano pequeño, se había quedado en casa en el mundo capital de Coruscant, pero no tardaría en reunirse con ellos.

Durante su infancia, Luke Skywalker ya había ido ayudando de vez en cuando a los hijos de Han Solo y la princesa Leia a ir conociendo su poderoso talento. En Yavin 4 lo único que podían hacer era estudiar, practicar, adiestrarse y aprender, y hasta el momento eso había resultado ser mucho más interesante que el programa de estudios que los solemnes androides educativos habían desarrollado para ellos en Coruscant.

— ¿Dónde está Tenel Ka?

Jacen recorrió la multitud con la mirada, pero no vio ni rastro de su amiga del planeta Dathomir.

—Debería estar aquí —dijo Jaina—. Esta mañana vi cómo salía para hacer sus ejercicios en la jungla.

Tenel Ka era una estudiante Jedi enérgica y concienzuda que trabajaba muy duro para convertir sus sueños en realidad. Estaba muy poco interesada en los libros, las historias y las meditaciones; pero era una atleta excelente que prefería la acción al pensar. Luke Skywalker le había dicho que ésa era una habilidad muy valiosa para una Jedi..., siempre que Tenel Ka supiera en qué momentos era adecuado utilizarla.

Su amiga era impaciente y tozuda, y parecía no tener el más mínimo sentido del humor. Los gemelos habían convertido en un desafío personal el averiguar si conseguían hacerla reír.

—Será mejor que se dé prisa —dijo Jacen mientras el silencio empezaba a hacerse en la sala—. El tío Luke no tardará en empezar.

Jaina captó un movimiento por el rabillo del ojo y alzó la mirada hacia una de las claraboyas incrustadas en lo alto de una pared de la gran cámara. La esbelta y flexible silueta de una muchacha acababa de aparecer en el angosto alféizar de piedra.

— ¡Ah, ahí está!

—Debe de haber escalado el templo por la parte de atrás —dijo Jacen—. Siempre estaba hablando de hacerlo, pero nunca pensé que lo intentaría.

—En esa zona hay montones de lianas —respondió Jaina, siempre muy lógica, como si el escalar aquel monumento tremendamente antiguo fuese algo que los estudiantes Jedi hacían cada día.

Mientras la contemplaban, Tenel Ka utilizó una delgada tira de cuero para recoger su larga melena color rojo oro detrás de sus hombros e impedir que la estorbara. Después la musculosa joven flexionó los brazos. Sujetó un gancho de escalada plateado al extremo de la repisa de piedra, y fue desenrollando un delgado fibrocable de su cinturón de herramientas.

Tenel Ka se fue bajando a sí misma como una araña en una tela, caminando en un precario descenso a lo largo de la lisa superficie de la pared interior.

Los otros estudiantes Jedi la observaron. Algunos aplaudieron, y otros se limitaron a reconocer la habilidad de la muchacha. Podría haber utilizado sus poderes Jedi para acelerar su descenso, pero Tenel Ka confiaba en su cuerpo siempre que ello era posible y sólo utilizaba la Fuerza como último recurso. Tenel Ka creía que depender excesivamente de sus poderes especiales era una muestra de debilidad.

Se posó sin ninguna dificultad sobre el suelo de piedra y las suelas de sus botas de escamas relucientes tocaron el suelo con un leve «clic». Tenel Ka volvió a flexionar los brazos para relajar sus músculos y después agarró el delgado fibrocable. Desprendió el gancho de escalada con una sacudida de la Fuerza haciendo que cayera de la repisa de piedra, y lo pilló limpiamente al vuelo con la mano al final de su caída.

Después enrolló el fibrocable en su cinturón y giró sobre sí misma con el rostro muy serio, se quitó la tira de cuero de los cabellos y meneó la cabeza para hacer que las trenzas pelirrojas se desplegaran y cayeran sobre sus hombros.

Tenel Ka llevaba la vestimenta habitual entre las mujeres de Dathomir, unas sencillas prendas atléticas confeccionadas con las pieles escarlata y verde esmeralda de los reptiles nativos. La túnica flexible y ligeramente blindada y los pantalones cortos le dejaban los brazos y las piernas al descubierto. A pesar de llevar tanta piel al aire y hacer numerosas incursiones por la jungla, Tenel Ka nunca parecía tener problemas con los arañazos o las picaduras de los insectos.

Jacen la saludó con un gesto de la mano y sonrió. Tenel Ka inclinó la cabeza para indicarle que le había visto, fue hasta donde estaban sentados los gemelos y se deslizó sobre la fría piedra del banco al lado de Jacen.

—Saludos —dijo secamente Tenel Ka.

—Buenos días —dijo Jaina.

Sonrió a la joven amazona, que a su vez la miró con sus grandes y gélidos ojos grises pero sin devolver la sonrisa, no por grosería sino porque no era propio de su manera de ser. Tenel Ka rara vez sonreía.

Jacen le dio un suave codazo.

—Tengo uno nuevo para ti, Tenel Ka —dijo en voz baja—. Creo que te gustará. ¿Cómo llamas a la persona que le trae su cena a un rancor?

Tenel Ka puso cara de perplejidad.

—No lo entiendo.

— ¡Es un chiste! —exclamó Jacen—. Vamos, a ver sí lo adivinas.

—Ah, un chiste —dijo Tenel Ka, asintiendo—. ¿Esperas que me ría?

—En cuanto acabe de contártelo no podrás parar de reír —dijo Jacen—. Vamos, ¿cómo llamas a la persona que le trae su cena a un rancor?

—No lo sé —dijo Tenel Ka.

Jaina habría apostado cien créditos a que la joven ni siquiera haría un intento de adivinar la respuesta.

— ¡El aperitivo! —dijo Jacen, y soltó una risita.

Jaina gimió, pero el rostro de Tenel Ka siguió tan serio como antes.

—Necesitaré que me expliques por qué es divertido..., pero veo que la lección está a punto de empezar. Ya me lo explicarás en otro momento.

Jacen alzó los ojos hacia el techo y no dijo nada.

Luke Skywalker acababa de subir a la plataforma de los oradores cuando un Raynar muy acalorado emergió del turboascensor. El muchacho, que resoplaba y tenía el rostro enrojecido, avanzó casi corriendo por la larga avenida que se extendía entre los asientos, intentando encontrar un sitio lo más adelante posible. Jaina se dio cuenta de que llevaba un traje totalmente distinto que era tan impresionante como el anterior, y cuyos colores armonizaban igual de mal unos con otros. Raynar se sentó y alzó la mirada hacia el Maestro Jedi, con el obvio deseo de impresionar a su profesor.

Luke Skywalker permaneció inmóvil sobre el estrado y contempló la abigarrada multitud de sus estudiantes. Sus ojos agudos y brillantes parecieron atravesarlos. Todos se quedaron callados de repente, como si una manta cálida y suave hubiera descendido sobre ellos.

Luke seguía teniendo el aspecto juvenil que Jaina recordaba de las cintas históricas, pero el paso del tiempo había hecho que su esbelto cuerpo contuviera un poder tranquilo, una tempestad aprisionada en un recipiente de dulzura tan dura como el diamante. Luke había conseguido superar muchas pruebas y salir de ellas envuelto en una brillante aureola de fortaleza. Había sobrevivido para formar la clave de bóveda de los nuevos Caballeros Jedi, que protegerían a la Nueva República de los últimos vestigios del mal existentes en la galaxia.

—Que la Fuerza os acompañe —dijo Luke con una voz suave que aun así llegó hasta el último rincón de la gran cámara de audiencias. Las palabras de aquella frase tan repetida hicieron que Jaina sintiese un cosquilleo que se extendió por toda su piel. Jacen sonrió fugazmente junto a ella. Tenel Ka se irguió rígidamente, como en una postura de homenaje—. Como os he dicho muchas veces —siguió diciendo Luke—, no creo que el adiestramiento de un auténtico Jedi surja de escuchar conferencias. Quiero enseñaros cómo se aprende a actuar y cómo hacer cosas, no meramente a pensar en ellas. «El intentarlo no existe», como me enseñó Yoda, uno de mis Maestros Jedi.

Raynar alzó la mano en la primera fila, moviendo los dedos en el aire entre una agitación de colores chillones para atraer la atención de Luke. Un gemido claramente audible onduló por la atmósfera de la gran sala. Jacen dejó escapar un ruidoso suspiro y Jaina esperó en silencio, preguntándose qué pregunta se le habría ocurrido a Raynar aquella vez.

—Maestro Skywalker, no entiendo qué quiere decir con eso de que «El intentarlo no existe» —dijo Raynar—. Usted tiene que haberlo intentado y fracasado en alguna ocasión. Nadie puede tener éxito siempre en todo lo que quiere hacer.

Luke contempló al muchacho con el rostro lleno de paciencia y comprensión. Jaina nunca entendía cómo se las arreglaba su tío para poder mantener la compostura durante las frecuentes interrupciones de Raynar, y supuso que debía de ser una de las cosas por las que se distinguía a un auténtico Maestro Jedi.

—No he dicho que nunca fracasara —replicó Luke—. Ningún Jedi llega jamás a ser perfecto. Pero a veces lo que conseguimos hacer no es exactamente lo que teníamos intención de hacer. Concentraros en lo que habéis logrado hacer, en vez de en lo que meramente esperabais poder hacer. O en lo que no habéis conseguido hacer... Sí, admitid lo que habéis perdido, pero mirad de una manera distinta para ver lo que habéis ganado.

Luke juntó las manos y fue con paso ágil y fluido desde un extremo de la plataforma de los oradores al otro. Sus luminosos ojos no se apartaron ni un solo instante del rostro levantado de Raynar, pero aun así Luke parecía ser capaz de mirar a todos sus estudiantes y de hablarles a todos a la vez.

—Permitidme que os dé un ejemplo —dijo—. Hace algunos años tuve un candidato muy brillante llamado Hrakiss. Era un estudiante de gran talento, y con unos voraces deseos de aprender. Tenía un gran potencial para el uso de la Fuerza. Parecía bueno y deseoso de ayudar a los demás, y se le veía fascinado por todo lo que yo tenía que enseñarle. También era un gran actor.

Luke respiró hondo, enfrentándose a un desagradable recuerdo del pasado.

—En cuanto se supo que había fundado una academia para enseñar a los futuros Caballeros Jedi, no tuvo nada de sorprendente que los restos del Imperio decidieran infiltrar a sus estudiantes en mi academia. Conseguí descubrir sus primeros intentos. Eran torpes y carecían de talento.

»Pero Brakiss era distinto. Supe que era un espía imperial desde el momento en que bajó de la lanzadera y contempló las junglas de Yavin 4. Pude percibirlo dentro de él, una sombra muy oscura apenas oculta por su máscara de afabilidad y entusiasmo... Pero en Brakiss también vi un auténtico talento para la Fuerza. Una parte de su ser había sido corrompida hacía mucho tiempo. Era como una profunda tara rodeada por una hermosa fachada exterior.

»En vez de rechazarle enseguida, decidí permitir que se quedara aquí para poder mostrarle otros caminos. Para curarle... Porque si podía haber bien incluso dentro del corazón de Darth Vader, mi padre, también tenía que haber bondad en alguien tan nuevo y que había vivido tan poco como Brakiss.

Luke alzó la mirada hacia el techo, y después volvió a posarla sobre su audiencia.

—Brakiss permaneció aquí durante muchos meses y dediqué un interés especial a enseñarle, guiándole y empujándole suavemente hacia el lado luminoso de la Fuerza de todas las maneras posibles. Parecía estar cambiando, suavizándose... Pero Brakiss era más frío y todavía más engañoso de lo que incluso yo había sospechado. Durante una parte de su adiestramiento, le envié a una misión ilusoria que le parecería real, una prueba que le obligaría a enfrentarse consigo mismo. Brakiss tenía que mirar dentro de su ser, y tenía que ver el núcleo de su persona como nadie más podía hacerlo.

»Había esperado que la prueba le curaría, pero Brakiss perdió esa batalla. Tal vez sencillamente no estaba preparado para enfrentarse con lo que vio dentro de sí mismo. No sé cómo ocurrió, pero eso le destruyó. Huyó de esta luna selvática, y creo que volvió directamente al Imperio..., llevándose consigo cuanto le había enseñado sobre el Camino del Jedi.

Muchos estudiantes dejaron escapar un jadeo ahogado que resonó en toda la gran sala de audiencias. Jaina se irguió y lanzó una mirada llena de alarma a su hermano gemelo. Nunca había oído aquella historia antes.



Raynar había vuelto a levantar la mano, pero Luke le contempló con los ojos entrecerrados y tan llenos de poder que el arrogante estudiante se encogió sobre sí mismo y bajó la mano.

—Sé qué estás pensando —siguió diciendo Luke—. Estás pensando que intenté hacer volver a Brakiss al lado de la luz y que fracasé. Pero, tal como te dije hace sólo unos momentos, me vi obligado a comprender de qué manera había triunfado.

»Le mostré mi compasión. Le permití aprender los secretos del lado de la luz sin que fueran corrompidos por lo que ya le habían enseñado, y también hice que se viera a sí mismo y que comprendiera hasta qué punto había sido deformado. En cuanto hube conseguido todo eso, la tarea dejó de ser mía. La elección final estaba en manos de Brakiss, y sigue estándolo.

Luke alzó los ojos y contempló a la multitud de estudiantes Jedi. Cuando la mirada de Luke pasó sobre ellos Jaina sintió una especie de sacudida eléctrica, como si una mano invisible acabara de rozarla.

—Si queréis convertirlos en Jedi, tendréis que enfrentarlos a muchas elecciones —dijo Luke—. Algunas pueden ser sencillas pero duras, y otras pueden ser terribles ordalías. En mi Academia Jedi puedo proporcionaros herramientas para que las utilicéis cuando os estéis enfrentando a esas elecciones, pero no puedo decidir por vosotros. Debéis triunfar a vuestra manera.

Antes de que Luke pudiera seguir hablando se oyó el alarido estridente de las alarmas que anunciaban una emergencia.

Erredós, el pequeño androide que siempre estaba cerca de Luke, entró a toda velocidad en la gran sala de audiencias emitiendo una ruidosa serie de ininteligibles silbidos y pitidos electrónicos. Pero Luke pareció comprenderlos, y bajó de un salto del estrado.

— ¡Hay problemas en la pista de descenso! —gritó, y fue corriendo hacia el turboascensor. Siguió hablando a sus estudiantes mientras corría, con los pliegues de su túnica aleteando a su alrededor—. Pensad en lo que os he dicho e id a practicar vuestras habilidades.

Los estudiantes se removieron, confusos y sin saber qué hacer.

Jacen, Jaina y Tenel Ka se miraron, con el mismo pensamiento en la mente de cada uno.

— ¡Vamos a averiguar qué está pasando!

## 3

Jacen vio que otros estudiantes Jedi, que estaban subiendo a toda prisa por las escaleras de caracol interiores o se apelotonaban dentro de los turboascensores, habían tenido la misma idea.

Pero Tenel Ka se levantó de un salto y le agarró del brazo, levantándole bruscamente del banco de piedra.

—Podremos llegar allí más deprisa a mi manera —dijo—. ¡Sigúeme, Jaina!

Tenel Ka fue corriendo hasta el muro de piedra que se alzaba debajo de las claraboyas, deslizándose por entre dos pequeños estudiantes de una raza de lagartos humanoides que parecían aturdidos por toda aquella conmoción y estaban intercambiando trinos con sus estridentes voces de alienígenas. Tenel Ka ya había sacado el fibrocable ultraligero de su cinturón y tenía en la mano el resistente garfio de escalada.

—Subiremos por la pared, saldremos por las claraboyas y bajaremos por la fachada exterior —dijo.

Hizo girar el garfio de escalada. Los músculos de sus brazos ondularon, y Tenel Ka soltó el garfio exactamente en el instante preciso.

Jacen y Jaina la ayudaron con la Fuerza, guiando el garfio hasta que quedó sólidamente instalado en la repisa de piedra cubierta de musgo. Las afiladas puntas de duracero se incrustaron en una grieta entre dos bloques de piedra, y quedaron clavadas allí.

Tenel Ka agarró el fibrocable con las dos manos, tiró de él echándose hacia atrás y empezó a trepar. Pegó las puntas de sus botas de escamas a la pared y se fue izando poco a poco, logrando encontrar huecos invisibles en los lisos bloques de piedra.

Jacen agarró el fibrocable después de ella, manteniéndolo tenso mientras Tenel Ka iba ascendiendo igual que una lagartija a lo largo de un acantilado bañado por el sol. Empezó a subir detrás de ella, y no tardó en notar que le dolían los brazos. Usó la Fuerza cuando no le quedaba más remedio, tanto para hacer subir su cuerpo como para detener su caída cuando le resbalaban los pies. Habría preferido poder hacer una exhibición de proezas físicas, especialmente con Tenel Ka viéndole.

Jacen acabó logrando llevar su delgado y nervudo cuerpo hasta la cima del Gran Templo, y se deslizó por el hueco del ventanal para encontrarse sobre la gran plataforma de piedra toscamente tallada que los antiguos constructores habían dejado allí.

Jacen se inclinó para agarrar a su hermana del brazo y acabar de subirla. El aire húmedo de la jungla se pegaba al final de la pirámide, y el calor pegajoso contrastaba con el frescor y el olor a cerrado del interior del templo.

Antes de que los gemelos pudieran recobrar el aliento, Tenel Ka ya había recogido el fibrocable y estaba bajando rápidamente por el angosto camino de piedra. Los guijarros rodaban bajo sus pies, pero Tenel Ka no parecía sentir ni el más mínimo temor a una posible caída.

—Daremos la vuelta por el lado —dijo, sin ni siquiera jadear—. Podemos bajar más deprisa por ahí.

Tenel Ka corrió ágilmente alrededor del perímetro hasta que se detuvo y bajó la vista hacia la zona despejada que servía como pista, y en la que se posaban y partían todas las naves. La joven se quedó totalmente inmóvil, paralizada como un guerrero que se enfrenta a un oponente impresionante.

Jacen y Jaina se detuvieron detrás de ella y contemplaron con asombro y horror lo que veían abajo, delante del templo.

Una maltrecha nave de suministros, la *Vara del Rayo*, acababa de descender en el claro de la jungla. Su mensajero y transportista de provisiones habitual, el viejo Peckhum, estaba al lado de las fauces abiertas de su bodega de carga con su larga melena enmarcando su rostro lleno de estupor. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de estupor. Parecía como si hubiera gritado hasta quedarse sin voz y ya no fuese capaz de emitir ningún sonido.

Estaba contemplando cómo una gigantesca monstruosidad que no parecía obra de la naturaleza asomaba de la jungla y se alzaba sobre él, gruñéndole como si se preparase para atacar y estuviera esperando a que Peckhum hiciera el próximo movimiento.

— ¿Qué es esa cosa? —preguntó Jaina, volviéndose hacia su hermano como si él tuviera que saberlo.

Jacen entrecerró los ojos para ver mejor al leviatán. Era tan enorme como una lanzadera, y su colosal cuerpo cuadrado estaba cubierto por un espeso pelaje hirsuto en el que había enredados hilos de musgo primordial. Se mantenía erguido sobre sus seis patas cilíndricas, que parecían los troncos de árboles muy viejos. Su enorme cabeza triangular reposaba encima de sus hombros como un Destructor Estelar, pero en vez de ojos incrustados en su cráneo tenía un amasijo de doce gruesos tentáculos que no paraban de retorcerse y en cada uno de los cuales relucía un ojo redondo que no parpadeaba. Colmillos curvos brotaban de su boca, largos, afilados y de un aspecto lo bastante temible para que parecieran capaces de abrir un agujero en el blindaje de una oruga de las arenas.

—Nunca había visto nada parecido a esa cosa en toda mi vida —dijo Jacen.

Tenel Ka seguía contemplando al monstruo con expresión sombría.

—Si actuamos como un equipo podremos enfrentarnos a él —dijo—. ¡Seguidme!

La muchacha de Dathomir bajó corriendo por los anchos escalones tallados en la piedra que descendían a lo largo de la gigantesca fachada del templo.

El monstruo dejó escapar un alarido de desafío tan estrepitoso y horrendo que pareció hacer temblar los viejos bloques de piedra. Los tres jóvenes Caballeros Jedi fueron lo más deprisa posible hasta el nivel del suelo, moviéndose con mucho cuidado para no resbalar y caer de los empinados peldaños.

— ¡Ayudadme! —gritó Peckhum, con la voz debilitada por el miedo.

El espantoso monstruo se dio la vuelta en el comienzo de la jungla, como si algo le hubiese distraído. Jacen sintió que el corazón le daba un vuelco, y al principio pensó que aquella terrible bestia tal vez les hubiera visto aproximarse. Pero un instante después se dio cuenta de que su atención estaba concentrada en otra silueta que acababa de salir de los niveles inferiores de la pirámide del templo y que estaba avanzando tranquilamente sobre la hierba y la maleza cortada.

Luke Skywalker sólo llevaba su túnica Jedi. Jacen había esperado verle empuñar su espada de luz, pero las manos de Luke estaban vacías.

Luke clavó la mirada en la criatura, y ésta se la devolvió con una docena de ojos que ondulaban al final de los tentáculos que cubrían su cara.

El Maestro Jedi siguió avanzando en línea recta hacia el monstruo, moviéndose como si estuviera sumido en alguna especie de trance. Dio un paso, y luego otro más. La bestia se tensó pero no retrocedió, y lanzó un nuevo alarido lo bastante potente para hacer temblar los árboles. Los pájaros y animales de la jungla huyeron de aquel sonido horripilante.

El viejo Peckhum aprovechó la momentánea distracción de la bestia para lanzarse al suelo, y después se metió a cuatro patas por las puertas abiertas de la bodega de carga de su maltrecha lanzadera. Jacen se alegró al ver que su proveedor por fin estaba a salvo detrás de los muros metálicos.

El monstruo rugió al ver que había perdido a su presa, pero Luke le habló en un tono de voz extrañamente tranquilo y nítido que no quedaba debilitado en lo más mínimo por la distancia.

— ¡No, aquí! Mírame —dijo.

Tenel Ka llegó al suelo después de haber saltado los últimos cuatro escalones, y aterrizó con el cuerpo encogido. Jacen y Jaina la siguieron, resoplando y con el rostro enrojecido, y un instante después los tres jóvenes se quedaron inmóviles con todos los músculos tensos y vieron cómo Luke Skywalker se encaraba con la bestia de la jungla. Ninguno de los tres tenía armas.

Y entonces el viejo Peckhum surgió de las puertas abiertas del *Vara del Rayo* sosteniendo un anticuado rifle desintegrador en las manos.

— ¡Yo acabaré con él, Maestro Skywalker! —exclamó mientras se agachaba y apuntaba su arma—. Usted quédese donde está.

Pero Luke se volvió hacia él y movió la mano.

—No —dijo.

El rifle desintegrador salió volando de entre los dedos de Peckhum. El viejo transportista contempló con el rostro lleno de asombro cómo Luke seguía avanzando hacia el monstruo como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Esta criatura no pretende hacernos ningún daño dijo Luke con voz tranquila pero firme y sin apartar los ojos de la bestia ni un solo instante—. Se siente asustada y confusa. No sabe dónde está, o por qué estamos aquí. —Luke respiró hondo—. No hay ninguna necesidad de matar.

Una tensión insoportable retorció el estómago de Jacen cuando Luke siguió acercándose al monstruo. Los largos zarcillos oculares de la criatura ondularon delante de él, y sus seis patas parecidas a troncos se movieron en una serie de pasos tan pesados como los de un caminante imperial.

La bestia bajó su cabeza triangular, meneándola de un lado a otro de tal manera que sus colmillos curvos parecieron abrir agujeros en el aire. Después dejó escapar un suave balido lleno de perplejidad.

Jacen soltó un siseo de puro miedo, y vio cómo todo el cuerpo de su hermana se tensaba junto a él. Había utilizado sus talentos con la Fuerza para enfrentarse a muchos animales extraños en la jungla, pero nunca con una criatura tan poderosa como aquel monstruo, nunca con una hirviente masa de ira y confusión como aquélla.

Pero Luke siguió avanzando hacia la cosa peluda hasta estar lo bastante cerca de ella para poder tocar su enfurecida mole. El Maestro Jedi parecía increíblemente pequeño, pero no estaba asustado.

Peckhum cayó de rodillas al lado del viejo carguero. El rifle desintegrador estaba al alcance de sus manos, pero no se atrevía a volver a coger el arma. Sus ojos fueron del monstruo a Luke y después se posaron en los tres jóvenes que estaban contemplando la escena, y luego se volvieron hacia la jungla, como temiendo que pudiera aparecer otra de aquellas criaturas.

Luke permaneció inmóvil delante de la bestia de pesadilla y respiró hondo. No se movió. El monstruo siguió donde estaba y resopló. Los zarcillos terminados en aquellos ojos que no parpadeaban ondularon de un lado a otro, inclinándose para clavar sus pupilas verticales en Luke.

Luke alzó la mano con la palma hacia fuera.

El monstruo olisqueó el aire y esperó sin moverse, con sus temibles colmillos a menos de un metro de Luke Skywalker.

La jungla quedó en silencio. La brisa dejó de soplar. Jacen contuvo el aliento. Jaina le agarró la mano. Tenel Ka entrecerró sus ojos color gris acero.

El silencio parecía tan abrumador que cuando Luke rompió por fin aquel momento de inmovilidad, su susurro pareció resonar con la fuerza de un grito.

—Vete —le dijo a la criatura—. Aquí no hay nada que necesites.

El monstruo se irguió sobre el último par de aquellas piernas que parecían pistones y sus tentáculos oculares se agitaron frenéticamente. Después dejó escapar otro estridente trompeteo antes de girar en redondo y alejarse estrepitosamente por entre la frondosa vegetación. Las ramas se partieron y los árboles fueron doblados hacia los lados mientras la criatura abría un ancho sendero para volver a las misteriosas profundidades de la jungla de las que había salido.

Los hombros de Luke se encorvaron bajo el peso del cansancio tan repentinamente como un hilo que se rompe. Parecía estar a punto de echarse a temblar mientras Jacen, Jaina y Tenel Ka corrieron hacia él gritando su nombre.

— ¡Tío Luke, tío Luke! —gritaron los gemelos.

Luke se dio la vuelta y contempló a los tres amigos con una sonrisa en los labios.

El viejo Peckhum se levantó tambaleándose y recogió el viejo rifle desintegrador. Sus ojos relucían con el brillo de las lágrimas que no había llegado a derramar.

— ¡No puedo creer que haya hecho eso, Maestro Skywalker! —exclamó—. Ya le daba por muerto, pero se enfrentó a ese monstruo sin ningún arma.

—Tenía armas más que suficientes —dijo Luke con tranquila convicción—. Contaba con la Fuerza.

—Ojalá yo pudiera hacer eso, tío Luke —dijo Jacen—. Ha sido realmente impresionante.

—Serás capaz de hacer todo lo que quieras, Jacen —dijo Luke—. Tienes el potencial..., siempre que también tengas la disciplina necesaria.

Luke volvió la mirada hacia la jungla, donde todavía podían oír el estrépito de los árboles y los arbustos que se rompían mientras el monstruo seguía abriéndose paso a través del bosque.

—Hay muchas cosas misteriosas en las junglas —dijo, y después sonrió a los gemelos y a Tenel Ka. Movi6 la cabeza señalando la nave de Peckhum, la *Vara del Rayo*, cuya bodega de carga llena de cajas y recipientes de suministros y equipo seguía estando abierta—. Creo que nuestro amigo el señor Peckhum ha tenido un día muy duro —siguió diciendo—. Tiene mucha carga que sacar de ahí, y probablemente está impaciente por volver a encontrarse en órbita, donde no hay peligros.

Luke sonrió al viejo transportista, que se apresuró a asentir con la cabeza.

— ¿Por qué no le ayudáis? Podéis considerarlo como un ejercicio de adiestramiento Jedi. Además, tenemos que prepararnos porque mañana... —Miró a Jacen y a Jaina y sus ojos chispearon—. Bueno, mañana vuestro padre y Chewbacca van a traernos otro aspirante.

— ¿Papá va a venir aquí? —chilló Jaina.

—Eh, ¿por qué no nos lo habías dicho? —añadió Jacen, sintiéndose lleno de alegría al pensar que volvería a ver a su padre después de haber estado todo un mes lejos de él.

—Quería que fuese una sorpresa. Viene en el *Halcón Milenario*, pero ha tenido que hacer una parada en el planeta de Chewbacca antes. Ya han salido de Kashyyyk, y están de camino.

Los jóvenes Caballeros Jedi, llenos de nerviosa excitación, ayudaron entusiásticamente a descargar los suministros de la nave de Peckhum. Era un trabajo duro que exigía más concentración y un mayor control de sus capacidades levitatorias Jedi de lo que estaban acostumbrados a ejercer, pero acabaron en menos de una hora. Jaina y Jacen contaron a Tenel Ka todas las aventuras que había vivido Han Solo. Jaina se quejó de lo mucho que tendrían que trabajar si querían dejar bien limpias sus habitaciones antes de que llegara su padre para poder impresionarle.

Y, finalmente, el viejo y maltrecho carguero se alejó por los cielos llenos de neblinas poniendo rumbo hacia el planeta Yavin, el gigante gaseoso anaranjado.

Jacen sonrió y contempló con expresión pensativa el claro pisoteado. ¡La próxima nave que se posaría en esa pista sería el *Halcón Milenario*!

## 4

—Ya está —dijo Jaina. Relajó el control mental que estaba ejerciendo sobre una gran masa de cables y alambres enredados, y ésta se posó en un montón más o menos compacto sobre una de las pilas de componentes electrónicos recién ordenados de su habitación—. Creo que ya es suficiente —añadió con un asentimiento de satisfacción.

— ¿Eso quiere decir que ya podemos ir a comer? —preguntó Jacen—. Llevas media noche con esto.

—Quiero que papá quede impresionado —dijo Jaina, y se encogió de hombros.

Jacen se rió.

— ¡Él nunca tiene tan ordenadas sus herramientas!

—Supongo que me he dejado llevar por el entusiasmo —replicó Jaina, y le devolvió la sonrisa—. Aún nos quedan unas cuantas horas antes de que lleguen.

Jacen soltó un bufido y se levantó del suelo, donde había estado sentado al lado de su hermana mientras trabajaban. Se quitó el polvo del mono que llevaba puesto y deslizó sus largos dedos por entre sus rizos castaño oscuro.

—Bueno, ¿qué aspecto tengo?

Jaina le examinó atentamente con una ceja enarcada.

—El de alguien que se ha pasado toda la noche levantado.

Jacen fue corriendo al pequeño espejo que Jaina había colgado encima de la cisterna para examinarse con cara de preocupación. Jaina comprendió que su hermano estaba tan nervioso y emocionado por la idea de ver a su padre como ella.

—No estás tan mal —le tranquilizó—. Creo que el quitarte las hojas y ramitas del pelo ayudó bastante. Toma, ponte esto. —Sacó un mono limpio del arcón que había junto a su cama—. Estarás más presentable.

Jacen fue a la habitación contigua para cambiarse, y Jaina ocupó su lugar delante del espejo. No era vanidosa pero, al igual que con su cuarto, prefería mantener una apariencia personal limpia y cuidada.

Pasó un peine por su lacia cabellera castaña y contempló su reflejo. Después, con un rápido vistazo por encima del hombro para asegurarse de que su hermano no estaba mirando, echó hacia atrás un puñado de mechones y los convirtió en una trenza. Jaina nunca se habría tomado tantas molestias por un embajador o algún estúpido dignatario, pero su padre merecía el esfuerzo. Esperaba que Jacen no se daría cuenta ni haría ningún comentario.

Cuando hubo acabado de arreglarse cruzó el umbral y metió la cabeza por el hueco del cuarto de Jacen.

— ¿Has dado de comer a todos los animales? —preguntó.

—Me ocupé de eso hace horas —respondió Jacen, saliendo del cuarto vestido con su mono limpio y dejando escapar un suspiro lleno de paciente sufrimiento—. Por lo menos alguien ha podido comer a su hora.

Jaina se mordisqueó el labio mientras escrutaba nerviosamente el cielo buscando algún destello que pudiera anunciar la llegada del *Halcón Milenario*. Ella y Jacen estaban en el comienzo del gran claro que se extendía delante de la Academia Jedi,

donde el horrendo monstruo había aparecido el día anterior. Los cortos tallos de hierba de la zona habían sido aplastados por los frecuentes despegues y descensos.

Jaina olió los potentes aromas del verdor y la humedad de primera hora de la mañana en la jungla que se extendía alrededor del claro. El follaje crujía y susurraba bajo una suave brisa que también traía consigo los trinos, cantos y llamadas que le recordaban la amplia profusión de vida animal que habitaba la luna llena de junglas.

Jacen estaba cambiando impacientemente su peso de un pie a otro al lado de ella con un fruncimiento de concentración arrugándole la frente. Jaina suspiró. ¿Por qué parecía que todo tardaba una eternidad en ocurrir cuando estabas esperando, y en cambio las cosas que no querías que ocurriesen llegaban tan pronto?

Jacen se volvió bruscamente hacia ella, como si hubiera percibido su tensión, y la miró con un brillo malicioso en los ojos.

—Eh, Jaina, ¿sabes por qué los cazas TIE gritan cuando vuelan por el espacio?

Jaina asintió.

—Claro. Sus dos motores iónicos gemelos crean una onda de choque debido a los gases que...

— ¡No! —Jacen rechazó su explicación con un meneo de la mano—. ¡Porque echan de menos a su nave-madre!

Jaina gimió tal como se esperaba de ella, agradeciendo la oportunidad de dejar de pensar en la espera aunque sólo fuese por un momento.

Y entonces un reconfortante zumbido surgió de la nada y se fue intensificando a su alrededor, como si el sonido de su creciente excitación se hubiera vuelto repentinamente audible.

—Mira —dijo Jaina, señalando un puntito de un blanco plateado que acababa de aparecer por encima de las copas de los árboles.

El destello se esfumó durante unos momentos y un instante después, mientras dejaba escapar un chorro de aliento que no se había dado cuenta de estar reteniendo, Jaina vio cómo el *Halcón Milenario* surcaba velozmente el cielo dirigiéndose hacia el claro.

El familiar óvalo con el morro achatado que era la nave de su padre flotó sobre sus cabezas durante un momento de torturante espera que pareció alargarse hasta ser toda una eternidad. Después se posó suavemente sobre el suelo delante de ellos con un último estallido de energía de sus haces repulsivos. El casco del *Halcón Milenario* empezó a zumbir y crujir a medida que se enfriaba mientras el estrépito de los motores se iba debilitando hasta convertirse en un zumbido casi imperceptible. El olor del ozono hizo que Jaina sintiera un cosquilleo en las fosas nasales.

Jaina conocía hasta el último detalle las rutinas de desconexión del carguero ligero corelliano, pero deseó que hubiera alguna forma de acelerar el proceso aunque sólo fuera aquel día. Estaba pensando que ya no podría esperar más cuando la rampa de descenso del *Halcón Milenario* se posó sobre el suelo con un gemido y un golpe ahogado.

Y un instante después su padre bajó corriendo por la rampa y rodeó a los gemelos con sus brazos, revolviéndoles los cabellos e intentando abrazar a los dos a la vez, como había hecho cuando eran pequeños.

Han Solo retrocedió un paso para poder ver mejor a sus hijos.



— ¡Bueno! —exclamó por fin, con una de esas sonrisas torcidas por las que era tan famoso—. Dejando aparte a vuestra madre, yo diría que éste es el mejor comité de bienvenida con el que me he encontrado jamás.

—No somos un comité, papá —dijo Jacen, poniendo los ojos en blanco.

Su padre se echó a reír, y mientras lo hacía, Jaina le estudió durante un momento y sintió un gran alivio al ver que no había cambiado en el mes que habían pasado fuera de casa. Han Solo llevaba pantalones negros y unas botas muy ceñidas, una camisa blanca con el cuello desabrochado y un chaleco oscuro; un conjunto de prendas cómodas y resistentes al que se refería humorísticamente algunas veces como su «uniforme de trabajo». La silueta familiar y siempre un poco abollada del *Halcón Milenario* tampoco había cambiado.

— ¿Qué tal estamos, papá? —preguntó Jaina—. ¿Ves alguna diferencia?

—Bueno, ahora que lo mencionas... —dijo, y su mirada pasó de un gemelo al otro—. Has vuelto a crecer, Jacen, y apuesto a que incluso has alcanzado a tu hermana. Y Jaina —añadió con una sonrisa maliciosa—, si no pensara que me tirarías una llave hidráulica a la cabeza en el caso de que me atreviera a decírtelo, afirmarí que estás todavía más guapa que hace un mes.

Jaina se sonrojó y soltó un resoplido nada digno de una dama para demostrar lo que opinaba de semejantes cumplidos, pero secretamente se sintió muy complacida.

Un prolongado rugido envuelto en ecos que resonó dentro de la nave le evitó la vergüenza de tener que dar una respuesta. Una silueta enorme bajó estrepitosamente por la rampa de descenso, y unos descomunales brazos cubiertos de pelaje se extendieron para agarrar a Jaina y lanzarla por los aires.

— ¡Chewie! —chilló Jaina, riendo mientras el gigantesco wookiee la pillaba al vuelo cuando descendía—. ¡Ya no soy una niña pequeña! —Después de que Chewbacca hubiese repetido aquel saludo ritual con su hermano, Jaina por fin dijo lo que ella y Jacen estaban pensando—. Nos alegra mucho volver a verte, papá, pero ¿qué te trae a la Academia Jedi?

—Sí —añadió Jacen—. Mamá no te habrá enviado hasta aquí para que te aseguraras de que teníamos suficiente ropa interior limpia, ¿verdad?

—No, nada de eso —les aseguró su padre con una carcajada—. La verdad es que Chewie y yo teníamos que pasar por aquí para ayudar a mi viejo amigo Lando Calrissian a iniciar un nuevo negocio.

Jaina siempre había sentido un gran cariño por Lando, el elegantísimo amigo de su padre, pero también le conocía lo suficientemente bien para saber que su «tío adoptivo» Lando siempre andaba metido en algún loco plan para hacer dinero.

—Espera, deja que lo adivine —dijo, alzando una mano para interrumpir a su padre—. Ha..., ha decidido abrir un nuevo casino en su estación espacial y necesitaba que le trajeras un cargamento de cartas de sabacc.

—No, no, ya lo tengo —dijo Jacen—. Va a montar un nuevo rancho de nerfs, y quiere que le ayudes a construir un corral.

Sus palabras hicieron que Chewbacca echara la cabeza atrás y dejara escapar una ruidosa carcajada wookiee.

—No os habéis acercado nada. —Han Solo meneó la cabeza—. Se trata de una explotación minera para encontrar gemas corusca en las profundidades del gigante

gaseoso. —Alzó una mano y señaló la gran bola anaranjada del planeta Yavin que flotaba en el cielo sobre sus cabezas—. Nos ha pedido que viniéramos y que le ayudáramos a poner en marcha la explotación.

— ¡Por todos los rayos desintegradores! —exclamó Jacen, chasqueando los dedos—. Era lo que estaba a punto de decir.

Otro débil alarido wookiee surgió de las profundidades del *Halcón Milenario*. Chewbacca se dio la vuelta y subió por la rampa.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Jaina.

—Oh, se me había olvidado —dijo Han—. Cuando

Luke se enteró de que teníamos que venir hasta aquí de todas maneras, nos pidió que hiciéramos una parada en Kashyyyk, el mundo natal de Chewie, y que recogiéramos a un nuevo candidato Jedi. Va a ser vuestro compañero de estudios.

Mientras Han estaba hablando, Chewbacca volvió a bajar con sus ruidosas zancadas por la rampa, seguido de cerca por un wookiee más pequeño que, aun así, era más alto que Jacen o Jaina. El joven wookiee tenía el cuerpo cubierto por gruesos remolinos de pelaje color canela, con una llamativa franja negra tan ancha como la mano de Jaina que empezaba en su cabeza justo por encima de su ojo izquierdo y bajaba hasta el centro de su espalda. Sólo llevaba un cinturón tejido con una fibra reluciente que Jaina no pudo identificar.

—Chicos, quiero presentaros a Bajocca, el sobrino de Chewie. Bajocca, éstos son Jacen y Jaina, mis chicos.

Bajocca inclinó la cabeza y gruñó un saludo wookiee. Era flaco y larguirucho incluso para un wookiee, con los delgados brazos cubiertos de pelaje. El joven wookiee se removió nerviosamente. Chewbacca ladró una pregunta a Han y movió un gigantesco brazo señalando el templo.

—Claro —dijo Han—. Adelante, llévale a que vea a Luke. Los chicos ya podrán irse conociendo después.

Los dos wookies se fueron, y Han volvió a hablar.

—Esperadme aquí mientras voy a buscar unas cosas que he traído para vosotros —dijo, y volvió a meterse en el *Halcón Milenario*. Regresó unos momentos después con los brazos llenos de un extraño surtido de paquetes y vegetación—. En primer lugar —explicó, arrojándoles dos pequeños discos de mensajes—, vuestra madre ha grabado sus cartas personales en holograma para vosotros. El otro es de Anakin, vuestro hermano pequeño. Se muere de ganas por venir aquí.

Jaina contempló los relucientes discos de mensajes.

Estaba ardiendo en deseos de meterlos dentro del lector, pero los guardó en uno de los bolsillos de su mono.

—Y ahora... —dijo Han, y alzó un gran ramo de plantas muy verdes entre las que había flores púrpura y blanco en forma de estrella y lo agitó con una sonrisa.

— ¡Oh, papá, te has acordado! —exclamó Jacen poniendo cara de éxtasis, y corrió hacia su padre—. Son la comida favorita de mi lagartija de los troncos. Se las daré ahora mismo —añadió, cogiendo el montón de flores y plantas con el rostro lleno de gratitud—. Te veré luego, papá.

Después echó a correr hacia el Gran Templo.

Jaina se quedó a solas con su padre y contempló con nerviosa impaciencia el último bulto que sostenía en los brazos, un paquete muy grande. Han lo dejó sobre la maleza de la pista de descenso y retrocedió para que Jaina pudiera apartar los trapos que cubrían su contenido.

—Lo has envuelto muy bien, papá —dijo sonriendo.

—Eh, por lo menos sirven para taparlo —dijo Han, y extendió las manos delante de él.

Jaina acabó de apartar los trapos y dejó escapar un jadeo de sorpresa. Después alzó la mirada hacia su padre, que se encogió de hombros y sonrió despreocupadamente.

— ¡Una unidad hiperimpulsora! —exclamó.

—No funciona, claro —dijo Han—. Y es bastante vieja. La saqué de una vieja lanzadera imperial de la Clase Delta que estaban desmantelando en Coruscant.

Jaina recordaba con cariño las veces que había ayudado a su padre a hurgar en los subsistemas del *Halcón Milenario* para mantenerlo en unas condiciones de funcionamiento óptimo..., o todo lo cerca que pudieran llegar de ellas.

— ¡Oh, papá, no podrías haber escogido un regalo mejor!

Se levantó de un salto y le abrazó, rodeando su chaleco oscuro con los brazos. Se dio cuenta de que su padre se sentía complacido —y tal vez incluso un poquito abrumado— por su entusiasmo.

Su padre bajó la mirada hacia ella y enarcó una ceja.

—Bueno, hay un par de componentes más dentro de la nave —dijo—. Si quisieras ayudarme a sacarlos, tu papá podría enseñarte cómo hay que montarlos.

Jaina le siguió corriendo al interior de la nave.

## 5

Jacen y Jaina no consiguieron reunirse con su padre, Chewbacca y su sobrino Bajocca hasta finales de la mañana. Los gemelos, que habían pasado varias horas ocupados con sus diversas obligaciones y sus ejercicios de adiestramiento Jedi, volvieron a los alojamientos de los estudiantes justo a tiempo de ver cómo el trío salía de un cuarto que había estado vacío hasta su llegada.

— ¡Hola! —gritó Jacen, corriendo hacia Bajocca con su hermana detrás de él—. ¿Estás cansado por el viaje? Si no lo estás, podría enseñarte mi habitación. Tengo unas cuantas mascotas de lo más raro. Casi todas las he encontrado en las junglas de esta luna y Jaina ha construido unas cuantas jaulas para ellas. Tendrías que ver esas jaulas, ¿sabes? Ah, y Jaina también debería enseñarte su habitación... Tiene toda clase de equipo roto y averiado que utiliza para construir cosas con él.

Jacen estaba tan entusiasmado que no se paró ni una sola vez para tragar aire.

Bajocca, que era mucho más alto que el muchacho humano, le contempló desde arriba mientras Jacen seguía parloteando.

— ¿Te gustan los animales? ¿Te gusta construir cosas? ¿Has traído alguna mascota o equipo contigo desde Kashyyyk? ¿Te gusta...?

Su padre interrumpió el torrente de preguntas con una risita.

—Ya habrá tiempo de sobras para eso luego, chico. Hemos pasado la mayor parte de la mañana con Luke, y después acompañamos a Bajocca a su habitación para que se instalara. ¿Queréis llevarle a dar una vuelta por la academia para que se vaya familiarizando con el lugar? A estas alturas probablemente sabréis orientaros por aquí mejor que Chewie o que yo, así que...

—Nos encantaría —respondió Jaina antes de que su padre hubiera acabado de hablar.

—Somos los guías ideales para hacer ese recorrido —añadió Jacen con un encogimiento de hombros lleno de seguridad en sí mismo—. Jaina y yo vinimos a la Academia Jedi por primera vez cuando sólo teníamos dos años.

El muchacho sonrió con una sonrisa torcida llena de fanfarronería, la misma que su madre siempre decía que lo convertía en el vivo retrato de su padre.

Bajocca soltó un gruñido interrogativo.

—Ha preguntado cuántas veces habéis hecho este recorrido —tradujo Han.

—Bueno... Eh... —balbuceó Jacen, enrojando ligeramente—, si se refiere de una manera oficial en vez de... Ejem... Oh...

Jacen acabó callándose.

—Lo que Jacen quiere decir es que es la primera vez que lo hacemos —intervino Jaina con voz firme.

Bajocca intercambió una mirada con su tío. Chewbacca alzó un puño cubierto de pelos marrones, señaló un largo pasillo con un revoloteo de la mano y dejó escapar un corto gruñido.

—Muy bien —dijo Han—. Vamos.

Los gemelos guiaron al grupo por un tramo de escalones resquebrajados y cubiertos de musgo que llevaba al nivel principal y hasta el claro lleno de hierba que se extendía

delante del Gran Templo. Jacen estaba decidido a demostrar que era un buen guía turístico, y fue señalando cada uno de los niveles en forma de cuadrado de la gigantesca pirámide mientras hablaba.

—Arriba de todo hay una plataforma de observación desde la que se tiene uno de los mejores panoramas del planeta Yavin..., a menos que trepes por uno de esos viejos y enormes árboles massassi de la jungla, claro —explicó con una carcajada—. El nivel superior de la pirámide sólo contiene una enorme sala, la gran cámara de audiencias, en la que caben millares de personas.

—Allí es donde se reúnen los estudiantes Jedi cuando el tío Luke..., quiero decir el Maestro Skywalker, da sus lecciones —dijo Jaina.

Jacen pasó a explicarles que los niveles inferiores habían sido remodelados durante los últimos años. El nivel más grande situado directamente debajo de la gran cámara de audiencias albergaba a los que vivían en la academia —los estudiantes, el personal de la academia y el Maestro Skywalker—, y también contenía almacenes y habitaciones para la meditación, así como estancias para invitados y dignatarios de visita.

El gigantesco nivel inferior de la pirámide contenía el Centro de Comunicaciones, los ordenadores principales, zonas de reunión y despachos y salas donde se preparaban las comidas y eran consumidas. También contenía el Centro de Estrategia, la cámara que había sido conocida con el nombre de Sala de Guerra en los días en que el templo había acogido la base secreta de la Alianza. Debajo del nivel del suelo, y totalmente invisible desde donde se encontraban, había un enorme hangar en el que se guardaban lanzaderas, cazas, deslizadores y otros aparatos.

En dos lados del Gran Templo y a lo largo de la pista de descenso fluían caudalosos ríos, y más allá de ellos se extendían las exuberantes y en su mayor parte inexploradas junglas de la cuarta luna de Yavin.

—Los templos fueron contruidos por los massassi, una misteriosa raza antigua. De hecho, hay montones de estructuras esparcidas por las junglas —dijo Jacen—. Algunas de ellas realmente no son más que ruinas..., como el Palacio de la Salamandra Peluda, que está al otro lado de ese río.

Describió la central generadora de energía que se encontraba al lado del templo principal, una serie de ruedas de paletas con forma de bandejas que tenían dos veces la altura de Jacen colocadas en posición vertical y unidas por el centro mediante un largo eje.

—Con la central de energía, el río y las junglas, la Academia Jedi es prácticamente autosuficiente —dijo Jaina, retomando el hilo de la explicación allí donde lo había dejado su hermano—. Venid, entremos.

El recorrido concluyó en las habitaciones de los gemelos, donde Jacen y Jaina disfrutaron enormemente enseñando a su padre y a los dos wookies sus respectivos tesoros de mascotas y maquinarias reconstruidas. Han Solo irradiaba orgullo paterno. Bajocca mostró un satisfactorio aunque callado interés hacia las criaturas que formaban el zoo de Jacen.

Cuando el grupo fue a la habitación de su hermana, Jacen se apresuró a meter la serpiente de cristal que había estado enseñando dentro de su jaula y se apresuró a seguirles. Cruzó el umbral de un salto, y se encontró con que Bajocca ya estaba absorto en un surtido de piezas y cables que había esparcido sobre el suelo del cuarto de Jaina. La electrónica parecía interesarle mucho más que los animales salvajes de la jungla.

— ¿Te gusta trabajar con las máquinas, Chewie..., quiero decir Bajocca? —preguntó Jaina, inclinándose junto al desgarrado wookie.

La peluda criatura expresó su fascinación con una serie de gruñidos, rugidos y gemidos tan larga que Jacen no consiguió entender cómo una simple pregunta del tipo sí-o-no podía producir una respuesta tan llena de animación.

Como de costumbre, su padre se encargó de traducírsela.

—En primer lugar, Bajocca consideraría como una gran señal de amistad que le llamarais Bajie.

Jacen asintió, visiblemente complacido.

—Bajie, ¿eh? Me gusta.

—Y en cuanto a lo demás... —siguió diciendo Han—. Bueno, no estoy seguro de haberlo entendido todo. Lo principal es que lo que realmente le vuelve loco son los ordenadores.

Jaina le dio una palmadita en el hombro al joven wookie.

—Entonces podemos hacer muchas cosas juntos, Bajie —dijo.

Chewbacca gruñó, indicando que estaba de acuerdo con ella.

Pero entonces una arruga de repentina preocupación se extendió por la frente de Jaina.

—Oye, papá, resulta obvio que Bajie ha estudiado nuestro lenguaje y nos entiende tan bien como Chewie —dijo—. Pero nosotros no podemos entenderle a él. Después de todo, tú necesitaste años para aprender el lenguaje de los wookies. ¿Cómo se las va a arreglar Bajie en la Academia Jedi, donde nadie puede entenderle?

Jacen miró al joven wookie y asintió.

— ¿Quién nos hará de traductor?

Un ladrido triunfante de Chewbacca les interrumpió en ese momento.

—Tenemos la respuesta perfecta a esa pregunta tuya —dijo Han, dando una palmada y frotándose las manos—. Es algo que se les ocurrió a Chewbacca y Cetrespeó.

Chewbacca se dio la vuelta y alzó un reluciente artefacto metálico para que todos pudieran verlo. Visto de lado el aparato tenía forma ovoidal y era de color plateado, ligeramente más largo que la mano de Bajie y de unos cuatro dedos de grosor, liso por la parte de atrás y redondeado por delante. Parecía una cara, con dos sensores ópticos amarillos colocados cerca de la punta, una protuberancia más o menos triangular hacia el centro y un oblongo perforado en la sección inferior que Jacen supuso sería un altavoz.

Chewbacca manipuló algo oculto en la parte de atrás del artilugio y los ojos amarillos cobraron vida con un parpadeo luminoso. Una débil voz metálica que articulaba las palabras con meticulosa precisión brotó del diminuto altavoz.

—Saludos —dijo—. Soy un Androide Traductor Miniaturizado del Tipo Dos, Teemedós en forma abreviada, especializado en las relaciones entre wookies y humanos. Domino con fluidez más de seis formas de comunicación. Mi función primaria programada es traducir el lenguaje wookie a otros lenguajes humanoides. —El artilugio hizo una pausa expectante—. ¿Puedo ayudarles en algo? —añadió después.

Jacen se echó a reír.

— ¡No puede ser!

Jaina estaba boquiabierta.

— ¡Pero si habla igual que Cetrespeó!

—Casi —replicó su padre con los labios curvados en una sonrisa llena de diversión, y se rascó perezosamente debajo del cuello de la camisa con la punta de un dedo—. La verdad es que me recuerda demasiado a Cetrespeó, si he de decir la verdad. Pero como se encargó de la mayor parte de la programación de Teemedós, no pude convencerle de que habríamos preferido otra personalidad —explicó.

Han les pidió disculpas con un encogimiento de hombros.

— ¿Por qué no lo probáis durante el almuerzo? Chewbacca y yo todavía tenemos que hablar de algunos asuntos con Luke, y después nos iremos en el *Halcón Milenario* por la tarde. Hemos de reunirnos con Lando en su estación minera.

La sala que los estudiantes Jedi utilizaban como comedor estaba llena de mesas de madera de distintas alturas. Los asientos —sillas, bancos, nidos, repisas, almohadones y taburetes— abarcaban una amplia variedad de formas y tamaños para adaptarse a las distintas costumbres y anatomías de los estudiantes humanos y alienígenas.

Los miembros de aspecto vegetal de la Academia Jedi habían salido a los peldaños bañados por el sol del Gran Templo, donde podían absorber la luz del sol blanco de Yavin y fotosintetizar las sustancias nutritivas, añadiéndoles pequeños paquetes de minerales que echaban dentro de sus orificios digestivos. Pero en el comedor había representantes de docenas de extrañas especies sentados unos al lado de otros y consumiendo los alimentos exóticos preferidos de cada una.

Jacen se había quedado un poco rezagado y seguía hablando de los viejos templos massassi mientras Jaina encontraba una mesa a un extremo de la gran sala en la que había un asiento adecuado para Bajocca. Hasta el momento Jacen no había conseguido obtener más que unos cuantos gestos e inclinaciones de cabeza del wookie, que parecía sumido en sus pensamientos y muy concentrado en asimilar los sonidos, imágenes y olores que le rodeaban.

Jacen estaba decidido a iniciar una auténtica conversación con el nuevo estudiante, y se devanó los sesos buscando una buena pregunta. «Bueno, Bajie, ¿tienes que meter muchas cosas en tu habitación?» No, era una pregunta estúpida.

¿Qué tal «¿Cuántos años tienes?»». No, con eso sólo conseguiría una respuesta muy corta. Y de todas maneras a primera hora de esa mañana su padre les había dicho que Bajie tenía diecinueve años, con lo que para los wookies apenas si era un adolescente. Tal vez algo del estilo de «¿Cómo supiste que querías llegar a ser un Jedi?» serviría. Sí, era una buena pregunta.

Pero antes de que pudiera formularla, la sólida y musculosa silueta de Tenel Ka se instaló en el asiento contiguo al de Jacen, quedando enfrente de Bajie.

—Un estudiante nuevo —dijo, reconociendo la presencia de Bajocca de aquella forma breve y directa que resultaba tan típica de ella.

—Bajie, ésta es nuestra amiga Tenel Ka, del planeta Dathomir —dijo Jacen.

—Y éste es Bajocca, sobrino de Chewbacca, de Kashyyyk, el mundo natal de los wookies —añadió Jaina, haciendo las presentaciones para su lado de la mesa.

Tenel Ka se levantó e inclinó la cabeza, haciendo oscilar su melena dorado rojiza.

—Te saludo, Bajocca de Kashyyyk —dijo, y volvió a sentarse.

Bajocca devolvió el saludo con una inclinación de cabeza y tres cortos gruñidos.

Jacen esperó en silencio durante un momento con los ojos clavados en el pequeño androide traductor sujeto al cinturón de Bajie, pero no ocurrió nada.

— ¿Y bien? —exclamó Jaina con impaciencia—. ¿Vas a traducir o no, Teemedós?

—Oh, cielos. Lo lamento muchísimo, ama Jaina —replicó el diminuto androide con una temblorosa voz mecánica llena de preocupación—. ¡Oh, qué espantoso! Mi primera oportunidad de llevar a cabo mi función primaria al servicio del amo Bajocca, y le he fallado... Amos y amas en general, les aseguro que a partir de ahora me esforzaré para ofrecer cada traducción de la manera más rápida y elocuente posible, y que...

Bajocca interrumpió los reproches que el androide traductor se estaba dirigiendo a sí mismo con un seco gruñido.

— ¿Traducir? —replicó el pequeño androide—. ¿Traducir qué? ¡Oh! Oh, ya veo. Sí. Inmediatamente. —Teemedós emitió un ruido increíblemente parecido a un carraspeo y empezó a hablar—. El amo Bajocca dice: «Que ningún sol salga sobre un día y que ninguna luna se alce sobre una noche en los que no se sienta honrado de veros, y de estar en vuestra presencia, tanto como se siente en este mismo instante».

Jaina alzó los ojos hacia el techo. Jacen meneó la cabeza con incredulidad. Pero el rostro de Tenel Ka permaneció totalmente inexpresivo.

Jacen vio por el rabillo del ojo a Raynar, el joven estudiante que siempre estaba creando problemas. Raynar, que iba vestido con una elegancia tan abigarrada como de costumbre, les estaba observando desde una mesa cercana y sonreía burlonamente. Sirvientes automáticos sacaron cuencos generosamente llenos de comida de la cocina y los fueron colocando delante de cada estudiante.

Pero la atención de Jacen volvió a ser atraída hacia su mesa cuando Bajie se inclinó sobre los sensores ópticos del androide traductor y les soltó un gruñido.

—Bueno, ¿y qué más da que lo haya adornado un poco? —preguntó el androide, poniéndose a la defensiva mientras un sirviente automático»colocaba un plato lleno de humeante carne color rojo sangre delante del wookie—. Sólo estaba intentando conseguir que sonaras más civilizado.

El gruñido amenazador de Bajocca no dejó ninguna duda.

—Muy bien —dijo secamente Teemedós—. Es posible que una traducción más fiel de las palabras del amo Bajocca hubiera sido: «El sol nunca ha brillado con tanta intensidad para este humilde wookie como el día en que nos conocimos».

Jacen aceptó el tazón de sopa caliente que su hermana le pasó desde el otro lado de la mesa. Lanzó una mirada interrogativa a Bajie, que volvió a dirigir otro gruñido a Teemedós.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera —dijo el androide, con altivez pero en un tono de voz más bajo—. Pero te aseguro que mis traducciones eran mucho más refinadas. Ejem, ejem... Lo que el amo Bajocca ha dicho en realidad es lo siguiente: «Estoy encantado de conocerlos».



—Es un placer compartido, Bajocca —dijo Tenel Ka con voz muy seria y solemne después de que el wookiee por fin hubiera dejado escapar un gruñido de satisfacción, hablando como si no hubiera oído ninguna de las traducciones anteriores.

Una bandeja automatizada pasó junto a la mesa en la que estaba sentado Raynar, y Tenel Ka alargó la mano y cogió la última jarra de zumo recién exprimido que quedaba en ella. Vertió el líquido color rojo rubí en cada uno de sus vasos y después dejó la jarra sobre la mesa delante de ellos con un suave tintineo de cristal. Tenel Ka parpadeó, contemplándoles con sus ojos gris acero, y alzó solemnemente su vaso.

—Jacen y Jaina ya son mis amigos —dijo—. Te ofrezco la amistad, Bajocca de Kashyyyk.

El wookiee titubeó, no muy seguro de lo que debía hacer. Jaina le metió el vaso entre los dedos.

—Amistad —dijo Jacen, alzando su vaso.

—Amistad —repitió Jaina.

Bajie asintió y alzó su vaso. Después echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido que resonó por todo el comedor.

La vocecita de Teemedós interrumpió el silencio que siguió a su rugido.

—El amo Bajocca acepta con un énfasis considerable su oferta de amistad, y corresponde a ella ofreciéndoles la suya.

Para gran sorpresa de todos, el wookiee no corrigió al androide traductor.

—Queda aceptada —dijo Tenel Ka, y tomó un sorbo de su vaso—. Y ahora somos amigos —añadió cuando todo el mundo la hubo imitado.

—Eso quiere decir que ahora puedes llamarle Bajie —dijo Jaina.

Tenel Ka se lo pensó durante un momento.

—Escojo honrarle utilizando su nombre completo —dijo por fin.

En otra mesa tres cha'as, unos alienígenas no muy altos con aspecto de reptiles, estaban sentados alrededor de una bandeja llena de huevos calientes que temblaban, y mantenían los ojos clavados en ellos como los depredadores que eran. Cuando las cáscaras se agrietaron y rompieron, los cha'as se lanzaron sobre los polluelos cubiertos de plumón rosado que surgieron de ellas.

Dos criaturas que parecían pájaros enormes y se comunicaban mediante silbidos y siseos estaban compartiendo un plato lleno de gusanos-hebra que no paraban de retorcerse, gruesas orugas de pelaje azulado que iban sorbiendo una por una con sus angostos picos córneos.

Mientras iba tomando cucharadas de su sopa e intentaba que se le ocurriese algo divertido que decir a Tenel Ka o, por lo menos, para poder continuar la conversación con Bajie, Jacen percibió un movimiento por el rabillo del ojo y vio que algo se deslizaba hacia la mesa junto a ellos. Era un destello vidrioso, un relucir que serpenteaba.

Jacen sintió que se le formaba un nudo en la garganta, y de repente se preguntó si había cerrado el recipiente de la serpiente de cristal cuando su padre y los wookies habían acabado de ver sus habitaciones.

—Eh—dijo Raynar, inclinándose sobre la mesa junto a ellos con sus chillonas ropas tan llenas de colores que Jacen sintió que le dolían los ojos—, ¿os importaría

devolvernos nuestra jarra de zumo? —Raynar utilizó sus poderes Jedi para levantar la jarra de su mesa y llevarla por los aires hasta él—. La próxima vez os rogaría que pidierais permiso antes de cogerla.

Raynar se echó hacia atrás y cruzó los brazos delante del pecho, pareciendo muy satisfecho de sí mismo.

Y justo entonces un rayo de luz cayó sobre la serpiente de cristal y Jacen pudo verla con toda claridad. La serpiente se irguió sobre el regazo de Raynar y le silbó, y su chata cabeza triangular se levantó para clavar su mirada directamente en el rostro del chico.

Raynar la vio y chilló, perdiendo su concentración sobre la Fuerza. La jarra se bamboleó y acabó cayendo, esparciendo el zumo rojo oscuro por encima de sus ropas multicolores.

Jacen se levantó y se lanzó sobre la serpiente. Tenía que capturarla antes de que creara más problemas. Jacen cayó sobre Raynar e intentó agarrar a la serpiente, que seguía sobre el regazo del chico. Raynar, creyendo que estaba siendo atacado simultáneamente por todos lados, lanzó un alarido de terror empleando toda la potencia de sus pulmones.

Mientras él y Jacen se debatían, toda la mesa se volcó derramando pudín marrón oscuro, esparciendo otros recipientes de bebida a derecha e izquierda y lanzando un diluvio de comida sobre los compañeros de Raynar.

Tenel Ka, que no entendía el problema pero siempre estaba dispuesta a defender a sus amigos, se unió a la contienda. Agarró la sopa caliente de Jacen y la lanzó contra los compañeros de Raynar, que optaron por tomar represalias al verse sometidos a aquel ataque procedente de un nuevo frente.

Una bandeja llena de fideos con miel cruzó el comedor yendo hacia Jaina, pero se agachó y logró esquivarla. Los fideos saltaron por los aires y se adhirieron al abundante y encrespado pelaje blanco de un talz, una criatura con aspecto de oso que se levantó y trompeteó una nota musical llena de consternación. Cuando Jaina vio los fideos pegados al pelaje blanco del alienígena no pudo contener la risa.

La serpiente de cristal se escurrió entre los dedos de Jacen mientras éste reptaba sobre el regazo de Raynar, que no paraba de retorcerse. El joven Jedi gritaba como si le estuvieran asesinando, pero Jacen no le hizo caso y se metió por debajo de las mesas del comedor para perseguir a su serpiente. Se lanzó hacia adelante para agarrarla, con lo que tiró una mesa, y sintió el roce seco y liso de unas escamas en las yemas de sus dedos..., pero la serpiente se deslizó por entre ellos y Jacen no pudo retenerla.

Otra mesa fue volcada cuando Bajie se lanzó en su ayuda. Las criaturas pajariles se pusieron a chillar entre una agitación de plumas, y empezaron a pelearse por el plato de convulsos gusanos-hebra recubiertos de pelaje azul.

Más comida voló por los aires, levitada mediante los poderes Jedi, y fue arrojada de una mesa a otra. Los estudiantes Jedi estaban riendo, y parecían considerar que la pelea era una buena forma de liberar la tensión acumulada durante los duros estudios y la profunda concentración que se les exigía para su adiestramiento.

Una masa de hojas hervidas chocó con los rostros de los cha'as, interrumpiendo su trance de depredadores. Los tres se levantaron al instante y giraron sobre sí mismos para enfrentarse al ataque, colocándose espalda contra espalda en una formación de estrella de tres puntas mientras lanzaban siseos y miradas amenazadoras. Los huevos

de un marrón lechoso de su bandeja siguieron rompiéndose, y los polluelos cubiertos de plumón rosado decidieron que era el mejor momento para escapar.

Bajie emitió un rugido wookiee capaz de hacer temblar las piedras, y Teemedós soltó un grito estridente lleno de alarma.

— ¡No puedo ver nada, amo Bajocca! Los comestibles están oscureciendo mis sensores ópticos. ¡Le ruego que tenga la bondad de limpiarlos!

Erredós entró en el comedor y lanzó un gemido electrónico, pero sus gritos de androide quedaron ahogados por las carcajadas y el tumulto de la comida que volaba en todas direcciones. Antes de que Erredós pudiera girar sobre sus ruedas y hacer sonar la alarma, una gran bandeja llena de pastelillos con crema esparció su contenido por encima de su cúpula. El androide astromecánico se apresuró a batirse en retirada con un zumbido de servomotores.

La serpiente de cristal se deslizó hacia las grietas de la pared de piedra para huir por alguna de ellas, y Jacen se lanzó desesperadamente sobre ella. Extendió una mano y la agarró por la cola. La serpiente onduló, dando la vuelta a su cuerpo invisible en un solo y fluido movimiento, y dirigió sus colmillos hacia Jacen preparándose para morder la mano que la agarraba. Pero Jacen extendió la otra mano, señalando a la serpiente con un dedo y con la Fuerza y estableciendo contacto con el diminuto cerebro del reptil.

— ¡Eh! No te atrevas a hacerlo —dijo en voz alta.

La serpiente de cristal titubeó, y Jacen la agarró por el cuello y la levantó en el aire. La parte inferior del largo cuerpo de la serpiente empezó a retorcerse locamente. Jacen se enroscó la serpiente alrededor del brazo y envió pensamientos tranquilizadores a su mente. Después se levantó, sonriendo y sintiéndose lleno de alivio.

— ¡La tengo! —gritó con voz triunfal..., en el mismo instante en que tres frutos muy maduros se estrellaban contra su rostro y su pecho.

El impacto reventó las delgadas pieles de los frutos y derramó la espesa pulpa por encima de todo su cuerpo, Jacen tosió y se atragantó, y después se permitió reírse sin soltar a la serpiente de cristal que tenía firmemente agarrada.

— ¡Basta!

Una voz atronadora amplificada mediante la Fuerza resonó por todo el comedor.

Todo quedó repentinamente inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Toda la comida que estaba volando por los aires quedó suspendida donde se encontraba, y cada gota de líquido colgó sin moverse sobre las mesas. Todos los sonidos cesaron, salvo los jadeos y murmullos ahogados de los estudiantes.

El Maestro Luke Skywalker acababa de aparecer en la entrada del comedor, y contemplaba la pelea de alimentos suspendida con el rostro muy serio y sombrío. Jacen observó la expresión de su tío y creyó ver ira, pero también una cierta diversión oculta.

— ¿Ésta es la mejor manera que habéis podido encontrar de utilizar vuestros poderes? —preguntó Luke—. ¿No se os ha ocurrido otro desafío más digno?

Movió la mano en un gesto que abarcó toda la comida inmóvil, y durante un momento pareció sentirse muy triste. Después giró sobre sí mismo para marcharse, pero no antes de que Jacen pudiera ver cómo una sonrisa iba curvando sus labios.

—Bien, tal vez podríais utilizar vuestros poderes Jedi... para limpiar todo este estropicio —dijo Luke antes de irse.

Su mano derecha se movió en un gesto casi imperceptible, y todas las bandejas de comida, cuencos de sopa, postres, fruta y complicados platos suspendidos en el aire quedaron liberados del poder de la Fuerza y se desplomaron como una avalancha. Prácticamente todo el mundo volvió a quedar cubierto de manchas cuando los fragmentos pegajosos y los líquidos salieron volando por los aires.

Jacen contempló el final de la guerra de la comida y se quitó un poco de crema de la nariz, sin soltar a la serpiente de cristal que seguía sosteniendo en la mano.

Los otros estudiantes Jedi empezaron a lanzar débiles risitas de alivio, y después se concentraron en la limpieza del comedor.

## 6

El cálido sol del atardecer destellaba en el aire húmedo y pegajoso cuando Bajocca acompañó a su tío y a Han Solo de vuelta al *Halcón Milenario*. Los gemelos Solo parloteaban alegremente junto a él, sin que parecieran enterarse del opresivo calor de la jungla. Pero aun así Bajocca pudo percibir una tensión subyacente: Jacen y Jaina echarían de menos a su padre tanto como él echaría de menos a su tío Chewbacca, su madre y el resto de la familia que había dejado en Kashyyyk.

Los ojos dorados de Bajocca se movieron nerviosamente de un lado a otro recorriendo el claro que se extendía delante del Gran Templo. Seguía sintiéndose incómodo en los espacios abiertos estando tan cerca del suelo. En el mundo natal de los wookies todas las ciudades estaban construidas en lo alto de las copas de los gigantescos árboles que se entrelazaban entre sí, y eran sostenidas por las gruesas ramas. Incluso los wookies más valerosos rara vez se aventuraban por los nada hospitalarios niveles inferiores del bosque, y mucho menos llegaban al suelo, donde abundaban los peligros.

Para Bajocca las alturas significaban civilización, comodidad, el hogar y la seguridad. Y aunque los enormes árboles massassi tenían veinte veces la altura de cualquier otra planta de Yavin 4, comparados con los árboles de Kashyyyk no eran más que enanos. Bajocca se preguntó si encontraría alguna vez un sitio en aquella pequeña luna que estuviera lo bastante arriba para permitirle sentirse realmente a gusto.

Bajie estaba tan absorto en sus pensamientos que se sobresaltó un poco al ver que habían llegado al *Halcón Milenario*.

—Nunca he tenido la oportunidad de hacer un examen preliminar al despegue cuando nos estaban disparando —dijo Han Solo—, pero si disponemos de tiempo siempre es una buena idea hacerlo. —Se detuvo al pie de la rampa de subida y les dirigió su mejor sonrisa—. Si no estáis demasiado ocupados, chicos, a Chewie y a mí no nos iría nada mal un poco de ayuda para hacer las comprobaciones previas.

—Estupendo —dijo Jaina antes de que nadie más pudiera responder—. Yo me ocuparé del hiperimpulsor. —Subió corriendo por la rampa, deteniéndose sólo un milisegundo para depositar un rápido beso en la mejilla de su padre—. Gracias, papá. Eres el mejor.

Han Solo pareció inmensamente complacido durante un largo momento antes de devolverse a las tareas que les esperaban con una sacudida de la cabeza.

—Bien, chico, ¿tienes alguna preferencia? —preguntó mirando a Bajie, que se lo pensó durante unos instantes y acabó gruñendo una réplica.

Han Solo indudablemente le había entendido a la perfección, pero el siempre servicial androide traductor se apresuró a cumplir su función.

—El amo Bajocca desea inspeccionar los sistemas de ordenadores de su nave para poder decirle adonde ha de ir —dijo con su estridente vocecita metálica.

Han Solo lanzó una rápida mirada de soslayo a Chewbacca.

—Creía haberte oído decir que habías arreglado ese trasto —murmuró señalando a Teemedós—. Necesita unos cuantos ajustes en la actitud general.

Chewbacca se encogió de hombros de una manera muy elocuente, soltó un gruñido amenazador y administró el procedimiento de reparación de emergencia número uno:

sostuvo el óvalo plateado con una enorme manaza y sacudió al pequeño androide hasta que sus circuitos crujieron y tintinearón.

— ¡Oh, cielos! Tal vez podría haber sido un poquito más preciso —graznó el androide hablando a toda velocidad—. Eh... El amo Bajocca expresa su deseo de llevar a cabo las comprobaciones preliminares en su ordenador de navegación.

—Buena idea, chico —asintió Han Solo, y se restregó enérgicamente las palmas de las manos—. Ocúpate del casco exterior, Jacen, y mira si algún bicho ha anidado en los conductos exteriores durante las últimas dos horas. Yo empezaré con los sistemas de apoyo vital. Chewie, inspecciona la bodega de carga.

Las últimas palabras fueron acompañadas por una subida del mentón y un chispear de los ojos que Bajocca comprendió debían de significar algo para el wookiee adulto, pero no tenía ni idea del qué. Un poco abatido, se preguntó si alguna vez llegaría a entender a los humanos tan bien como su tío.

El ordenador de navegación le presentó un desafío muy interesante. Bajie llevó a cabo todas las rutinas previas al despegue dos veces, no porque pensara que se le podía haber pasado algo por alto la primera vez sino porque los dos sitios en los que se sentía más a gusto eran las copas de los árboles y delante de un ordenador.

Cuando Bajie hubo completado su segundo repaso, Han Solo ya había terminado con los sistemas de apoyo vital y estaba comprobando el generador de energía de emergencia de la nave. Cuando vio a Bajocca, Han se limpió las manos con un trapo lleno de grasa, lo arrojó a un lado y alzó un dedo como si se le acabara de ocurrir una idea.

— ¿Por qué no le echas una mano a tu tío en la bodega de carga mientras yo termino aquí?

Su sonrisa maliciosa estaba todavía más torcida que de costumbre.

Bajocca se preguntó qué significaría aquella sonrisa y por qué su tío debería necesitar su ayuda con la carga. A veces los humanos resultaban muy difíciles de entender. Bajocca se encogió de hombros y fue a la bodega de carga.

—Discúlpeme, amo Bajocca —trinó Teemedós—, pero me estaba preguntando si necesitará mis servicios como traductor en esta ocasión.

Bajocca respondió con un gruñido de negativa.

—Muy bien, señor —dijo Teemedós—. En ese caso, ¿le importaría que me colocara en un corto ciclo de desconexión? Si necesita mi ayuda por alguna razón, le ruego que no vacile en interrumpir mi período de reposo.

Bajie aseguró a Teemedós que el androide en miniatura sería el primero en saberlo si llegaba a necesitar algo de él.

Encontró a su tío trepando por una montaña de cajas y bultos en la que estaba comprobando las tiras de seguridad. Al parecer, Lando Calrissian necesitaba una considerable cantidad de suministros para su nueva explotación minera.

La bodega de carga no era muy grande y estaba atestada, pero aun así Bajocca respiró hondo y disfrutó de la mezcla de olores familiares: combustible para deslizadores, metal trabajado y pulimentado, lubricantes, raciones espaciales y sudor de wookiee, y todo ello en cantidades suficientes para hacer que añorase las ciudades arbóreas de Kashyyyk. No tendría mucho acceso a los deslizadores aéreos y los ordenadores mientras estuviera estudiando en la Academia Jedi..., con la excepción de

Teemedós, naturalmente. Pero quizá podría consolarse de vez en cuando trepando a los árboles de la jungla y pensando en el hogar.

Tal vez lo haría después de que el *Halcón Milenario* hubiera despegado, pero en aquellos momentos había trabajo que hacer.

Bajie preguntó a su tío qué era lo que faltaba por hacer y empezó a comprobar la red de sujeción de un montón de cargamento que Chewbacca le señaló. Las tiras y la red estaban bastante flojas, al igual que la lona que cubría el montón de carga. De hecho, todo estaba tan flojo que se cayó al suelo en cuanto Bajocca empezó a trabajar. Un instante después se quedó boquiabierto y retrocedió un paso para poder admirar lo que había dejado al descubierto por accidente.

El aerodeslizador estaba desmontado, pero seguía siendo reconocible. Era un modelo bastante antiguo, un saltacielos T-23 con controles similares a los del caza X, pero con alas trihedrales, un asiento de pasaje y un pequeño compartimento de carga en la parte de atrás de la carlinga. El casco azul metálico estaba sucio y mostraba las señales del paso del tiempo, pero el motor instalado entre las alas parecía en condiciones de funcionar.

Bajocca alzó la mirada para ver que su tío le estaba contemplando con expresión expectante. Después, para gran sorpresa suya, Chewbacca le preguntó qué le parecía el aparato.

El saltacielos era compacto, y había sido magníficamente diseñado y construido. No haría falta mucho trabajo para volver a unir todas las piezas. Bajocca elogió las líneas del viejo aerodeslizador y aventuró una conjetura acerca de su radio de alcance y maniobrabilidad. El ordenador de a bordo probablemente necesitaría una revisión completa de sistemas, desde luego, y al exterior no le iría nada mal ser objeto de un poco de trabajo manual, pero eran problemas menores. Las cicatrices y pequeñas abolladuras del casco sólo conseguían añadirle más personalidad.

Chewbacca dejó escapar un gruñido de satisfacción y extendió los brazos, y después asombró a Bajie diciéndole que el T-23 era un regalo de despedida. Si conseguía montarlo, el aerodeslizador sería de su propiedad.

Bajocca estaba inmóvil en el claro al lado de su T-23 con Jacen y Jaina, despidiéndose con la mano. Después de una agitación de abrazos, intercambio de agradecimientos y mensajes de último momento, los tres vieron cómo Han y Chewbacca volvían a la nave.

El *Halcón Milenario* dejó atrás las copas de los árboles y se inclinó para subir por el intenso azul del cielo, y los tres jóvenes estudiantes Jedi siguieron agitando la mano, cada uno perdido en sus pensamientos durante unos momentos mientras seguían con la mirada la nave que se iba alejando rápidamente.

Jaina acabó dejando escapar un suspiro.

—Bien, Bajie —dijo, frotándose las manos con un brillo de alegre impaciencia en los ojos mientras contemplaba el maltrecho T-23—. ¿Necesitarás ayuda para hacer funcionar este montón de tuercas y despegar con él?

Jaina era más joven que él, pero Bajocca comprendió que probablemente había tenido más experiencia en la reparación de motores de aerodeslizador y asintió con gratitud.

Pasaron las horas siguientes preparando el T-23 para su primer vuelo en Yavin 4. Jacen se entretuvo contando chistes que Bajie no entendió, o trayéndoles las

herramientas a los dos entusiastas mecánicos. Jaina sonreía mientras trabajaba, muy feliz de tener la rara oportunidad de poder compartir todo lo que sabía sobre los aerodeslizadores, los motores y los T-23.

Cuando por fin hubieron terminado y Bajocca se inclinó sobre la carlinga para encender el motor, el T-23 crujió, tosió y cobró vida con un rugido. Se levantó del suelo sobre sus haces repulsores inferiores, y una brillante claridad brotó de los quemadores iónicos. Los tres amigos lanzaron dos vítores y un alarido de triunfo.

— ¿Necesitas a alguien para hacer un vuelo de prueba? —preguntó Jaina con la voz llena de esperanza.

Bajie balbuceó una respuesta vacilante que no logró terminar.

—Lo que el amo Bajocca está intentando decir —intervino Teemedós, que había terminado su ciclo de descanso hacía ya mucho rato—, es que, aun encontrando inmensamente amable su oferta, preferiría con mucho ser el piloto del primer vuelo.

Bajocca soltó un corto gruñido.

— ¿Y? —replicó el pequeño androide—. ¿Qué quiere decir con eso de «Y»? Oh, comprendo... Lo que ha dicho después. Pero, señor, en realidad usted no...

Bajocca gruñó enfáticamente.

—Bueno, si insiste... —dijo Teemedós—. Ejem. El amo Bajocca también dice que consideraría un honor tenerla como pasajera a bordo, ama Jaina. Sin embargo —se apresuró a añadir—, permítame asegurarle que esa última afirmación fue emitida con la máxima renuencia posible.

Bajocca gimió y se golpeó la frente con el canto de una mano peluda, expresando la mayor vergüenza e incomodidad que podía llegar a sentir un wookiee.

—En fin, no cabe duda de que es la verdad —dijo Teemedós, un tanto a la defensiva—. Estoy seguro de que no he malinterpretado la entonación.

Jaina, que al principio había parecido desilusionada por la renuencia de Bajocca, ya parecía divertida ante su consternación.

—Lo entiendo, Bajie —dijo—. Yo también querría ir sola a bordo la primera vez. ¿Qué tal si nos llevas a dar una vuelta mañana?

Bajocca, muy aliviado al ver que los gemelos no se lo habían tomado mal, accedió estrepitosamente, subió de un salto a la carlinga y se puso el arnés de seguridad. El zumbido de los motores ahogó el intento de traducir hecho por Teemedós. Bajie alzó una mano en señal de saludo, esperó hasta que Jacen y Jaina se hubieron alejado lo suficiente y dio plena potencia a los motores, y después despegó y se dirigió hacia la vasta jungla.

El T-23 maniobraba muy bien, y Bajocca disfrutó la sensación de altura y libertad mientras surcaba el cielo a gran velocidad. Pero a pesar de ello descubrió que seguía anhelando una cosa más, algo en lo que llevaba pensando todo el día.

Los árboles. Árboles enormes, árboles gigantescos que ofrecían seguridad.

Una media hora después posó el T-23 sobre las frondosas copas a una distancia considerable de la Academia Jedi y el Gran Templo, haciendo descender el aparato sobre las ramas más altas de los árboles massassi. El dosel arbóreo no era tan alto como aquel al que estaba acostumbrado. La atmósfera era más tenue y los olores de la jungla, aunque no desagradables, eran distintos de los de Kashyyyk. Aun así, Bajocca



se sintió más tranquilo y en paz consigo mismo que en ningún otro momento desde que había puesto los pies en Yavin 4.

Jacen había dicho que el sitio desde el que se veía mejor el inmenso gigante de gas anaranjado que flotaba en el cielo era la copa de un árbol massassi, y no cabía duda de que el muchacho humano tenía toda la razón. Bajie recorrió los alrededores con la mirada y contempló el cielo, los árboles y las ruinas medio desmoronadas de los templos más pequeños visibles a través de los huecos en el dosel de la jungla. Observó los ríos de perezosa corriente, la extraña vegetación y los animales que le rodeaban. Después dejó escapar un suspiro lleno de alivio. Sí, podía encontrar un lugar solitario donde sentirse a gusto en aquella luna, un lugar en el que podría pensar en la familia y el hogar mientras estudiaba para llegar a ser un Jedi.

Los rayos del sol de última hora de la tarde caían en ángulo a través de las gruesas ramas, y un destello lejano atrajo la atención de Bajocca. Se preguntó qué podía ser. No tenía el color de la vegetación ni de las ruinas de un templo. La luz reflejada por un objeto brillante y de formas regulares chocaba con un tronco y subía por él. Bajie se inclinó hacia adelante, como si eso pudiera ayudarle a ver con más claridad. Deseó haberse traído consigo un par de macrobinoculares.

La curiosidad y el asombro hicieron nacer una chispa de excitación dentro de él. Quería acercarse más, pero la cautela intervino. Estaba oscureciendo. Y después de todo, si el objeto era importante, ¿acaso alguien no lo habría visto ya hacía tiempo? Tal vez no. Bajocca dudaba que pudiera ser visto desde el suelo de la jungla, y era improbable que muchos estudiantes fueran a aquel lugar y treparan hasta lo alto del dosel arbóreo en un punto tan alejado del Gran Templo. Bajocca estaba casi seguro de que nadie más conocía la existencia de su descubrimiento.

Hizo una anotación mental de la situación del objeto reluciente con el corazón latiéndole a toda velocidad. Volvería allí a la primera oportunidad que tuviera. Tenía que averiguar qué era aquello.

## 7

—Me pregunto por qué Bajie faltó a la cena —dijo Jacen.

Jaina y Tenel Ka estaban sentadas junto a él en la gran sala de audiencias, donde Luke Skywalker había convocado a todos los estudiantes Jedi para hacer un anuncio especial. La última luz del crepúsculo, que brillaba con un resplandor oscuro de metal fundido, entraba a través de los angostos ventanales que se abrían sobre sus cabezas, pero la limpia blancura de los paneles luminosos mantenía alejadas las sombras en la enorme estancia llena de ecos.

—Tal vez se estaba divirtiendo demasiado volando en su T-23 —susurró Jaina—. Probablemente yo tampoco habría vuelto.

—Tal vez no tenía hambre —dijo Tenel Ka en voz baja y solemne, como si estuviera meditando seriamente en el asunto.

Jacen le lanzó una mirada de incredulidad.

—Eh, ¿un wookiee que no tiene hambre? ¡Ja! Y luego dices que mis chistes no tienen gracia.

Tenel Ka se encogió de hombros.

—Es un pensamiento que se me ha pasado por la cabeza.

—Bueno, de acuerdo —dijo Jacen—. Ahora no estoy bromeando. ¿Y si tuvo algún problema con el saltacielos? ¿Y si Bajie se ha estrellado en la jungla?

—Imposible —replicó Jaina. Seguía hablando en susurros, pero su tono no podía ser más firme—. Comprobé personalmente todos esos sistemas.

Las cejas de Tenel Ka subieron un milímetro.

—Ah. Aja. Así que los sistemas no pueden averiarse porque tú los comprobaste, ¿no?

Tenel Ka asintió, y Jacen habría jurado que vio la sombra de una sonrisa acechando en las comisuras de sus labios.

—Olvidadlo. Ahí está Bajie —dijo con alivio, moviendo los brazos para atraer la atención de su amigo wookiee.

— ¿Ves? —murmuró Jaina con satisfacción—. Ya te dije que no podía haber ocurrido nada.

Jacen fingió no haber oído sus palabras.

—Llegas justo a tiempo —dijo cuando el wookiee se reunió con ellos—. El Maestro Skywalker debería aparecer en cualquier momento.

Nadie sabía por qué había convocado aquella reunión especial a la hora del crepúsculo, pero era bastante inusual. Todos los que vivían, trabajaban o se adiestraban en la Academia Jedi habían llegado ya, llenando la cámara con una excitación reprimida.

— ¿Dónde estabas, Bajie? —susurró Jacen.

Bajocca respondió con un gruñido ahogado, un sonido más bajo y suave que cualquiera de los que Jacen había oído emplear jamás a un wookiee.

—El amo Bajocca desea hacer saber que su expedición no ha podido tener más éxito —anunció de repente Teemedós con su límpida voz metálica—, y que...

El traductor se interrumpió a mitad de la frase cuando Bajocca dejó caer una mano cubierta de pelaje color canela sobre el altavoz del androide.

— ¡Shhh! —siseó Jaina.

— ¿No puedes desconectarlo? —susurró Jacen.

Ojos llenos de curiosidad se volvieron hacia ellos desde todas las secciones de la gran cámara de audiencias. Bajocca se encogió en su asiento, y la expresión apenada que había en su rostro no necesitaba ningún intérprete para ser entendida. El joven wookiee inclinó el cuello hacia adelante y clavó la mirada en el androide sujeto a su cinturón. Después soltó una serie de secos murmullos.

— ¡Oh! Oh, cielos —replicó Teemedós con entusiasmo, aunque en un tono de voz mucho más bajo que antes—. Le ruego que me disculpe. No había comprendido que no tenía intención de compartir su descubrimiento con todos los presentes.

— ¿Un descubrimiento? —exclamó Jacen—. ¿Qué...?

Pero el Maestro Skywalker escogió ese momento para hacer su entrada. El silencio se extendió rápidamente por la gran sala, poniendo fin a cualquier esperanza que Jacen hubiera podido tener de satisfacer su curiosidad antes de que empezara la reunión. Luke subió los peldaños que llevaban al gran estrado, seguido de cerca por una esbelta mujer de abundante cabellera blanco plateada y enormes ojos opalescentes.

—Os agradezco que hayáis venido a pesar de haberos avisado con tan poco tiempo —empezó diciendo Luke—. Esta mañana me he enterado de que hay un asunto urgente que me obligará a marcharme.

Una serie de murmullos llenos de sorpresa se extendió por la sala como ondulaciones surgidas de un guijarro arrojado en un estanque. Jacen se preguntó si la inminente partida de su tío tendría algo que ver con los mensajes que su padre había traído.

Los ojos azules que contemplaron a su audiencia —unos ojos llenos de bondad que parecían contener una sabiduría impropia de sus años— no daban ninguna pista de cuál podía ser la misión del Maestro Jedi.

—No sé cuánto tiempo estaré ausente, por lo que he pedido a una de mis antiguas estudiantes, la Jedi Tionne —movió una mano señalando a la esbelta mujer de ojos resplandecientes que permanecía inmóvil junto a él— que supervise vuestro adiestramiento durante mi ausencia. Tionne no sólo conoce mis enseñanzas casi tan bien como yo, sino que también sabe mucho sobre las tradiciones y la historia de los Jedi. Como descubriréis enseguida, es digna de ser escuchada.

Eso intrigó a Jacen. Recordaba haber oído decir que Tionne no era una Jedi particularmente poderosa, pero la cálida sonrisa que intercambiaron Luke y Tionne le indicó que se entendían muy bien el uno al otro y que el Maestro Skywalker debía de tener una confianza total en su antigua estudiante.

Luke bajó de la plataforma dejando a los estudiantes a solas con Tionne, y la Jedi de cabellos plateados cogió un instrumento de cuerda de forma muy curiosa que había estado guardado detrás de ella. Consistía en dos cajas de resonancia, una a cada extremo de un esbelto cuello con clavijas. Las cuerdas tendidas a lo largo del instrumento se desplegaban en ambos extremos, formando una especie de abanico.

Tionne se sentó sobre un escabel y empezó a deslizar los dedos sobre las cuerdas.

—Os hablaré de un Maestro Jedi que vivió hace mucho tiempo —dijo—. Ésta es la balada del Maestro Vo-do-Siosk Baas.

Cuando empezó a cantar, Jacen enseguida estuvo de acuerdo con su tío. No cabía duda de que Tionne era digna de ser escuchada. Su canción era tan límpida como hermosa y sincera. Sus purísimas notas y matices llegaban sin ninguna dificultad hasta los rincones más alejados de la gran sala, y transportaron a todos los presentes a un tiempo que nunca habían presenciado. La música fluyó a su alrededor, creando corrientes de emoción, valor, triunfo y sacrificio a las que nadie podía resistirse.

Tionne siguió cantando y les habló de acontecimientos terribles que habían tenido lugar cuatro mil años antes, y les contó cómo el extraño Maestro Jedi alienígena había sido destruido por Exar Kun, un estudiante suyo que se había vuelto hacia el lado oscuro. El Maestro Vo-do había suplicado a los otros Maestros Jedi que no se enfrentaran a Exar Kun y había intentado razonar con él sin ayuda de nadie, pero sus bondadosas esperanzas terminaron en tragedia.

Durante el silencio que siguió a su canción, Jacen se sintió extrañamente cambiado, y comprendió que aquella Jedi merecía ser escuchada por más razones que simplemente su voz.

Tionne se puso de pie, y su movimiento fue acompañado por un suspiro colectivo de todos los presentes. Jacen ni siquiera se había dado cuenta de que estuviera conteniendo el aliento.

—Confío en que mi primera lección no os haya resultado demasiado aburrida —dijo con un destello malicioso en sus ojos perlinos—. Mañana habrá otra después del almuerzo.

Sus palabras pusieron punto final a la reunión nocturna. Algunos estudiantes permanecieron sentados, inmóviles y fascinados, como si estuvieran intentando absorber los últimos retazos de música que todavía parecían flotar en la sala. Otros se fueron en solitario o formando grupos que hablaban en susurros, y otros se quedaron para hablar con Tionne.

Jacen, Jaina, Tenel Ka y Bajocca por fin podían hablar entre ellos. Los cuatro jóvenes juntaron las cabezas y comentaron el hallazgo de Bajie. Teemedós proporcionó las traducciones, modulando cuidadosamente su voz hasta dejarla en un nivel adecuado al secreto que querían guardar.

Los cuatro especularon por turnos sobre el extraño objeto reluciente que Bajocca había visto en la jungla. Al final acabaron llegando a una sola conclusión: irían allí para investigarlo en cuanto se les presentara la primera oportunidad.

La balada que Tionne cantó a la mañana siguiente descendió sobre los estudiantes Jedi como una delicada neblina musical, llenando a quienes la escuchaban de asombro y antigua sabiduría. Jacen estaba sentado en la segunda fila con sus ojos castaños cerrados, concentrándose en las palabras de Tionne e intentando asimilar todo lo que la música podía enseñarle. La masa multicolor de Raynar, vestido con sus ropajes más soberbios, le obstruía la visión del estrado, por lo que en realidad tanto daba que tuviera los ojos cerrados como abiertos.

Las últimas notas se disiparon en el silencio y Jacen abrió los ojos para ver que su hermana le estaba observando con silenciosa diversión. Ni Bajocca ni Tenel Ka, que estaba sentada junto a él, dieron ninguna señal de que se hubieran dado cuenta de que

Jacen parecía estar absorto en la música. Entonces Tionne habló, y Jacen volvió a concentrar su atención en la Jedi de cabellos plateados inmóvil sobre la plataforma.

—El mayor poder de un Jedi no proviene de su tamaño o de la fortaleza física —dijo Tionne—. Proviene de su comprensión de la Fuerza y del confiar en la Fuerza. Como parte de vuestro adiestramiento Jedi, todos aprenderéis a incrementar vuestra fe y vuestra confianza a través de la práctica. Sin esa práctica, tal vez no triunfemos cuando más importante es hacerlo. Eso mismo ocurre con muchas capacidades en la vida. Escuchad la historia que voy a contaros.

»Hace mucho tiempo había una joven que vivía junto a un lago. Observar a los demás hizo que aprendiera muchas cosas sobre el nadar. Un día en que su familia estaba ocupada, la joven se zambulló en las profundas aguas del lago. Movi6 los brazos y las piernas tal como había visto hacer a otros nadadores, pero no consiguió mantener la cabeza por encima del agua.

»Por suerte, una pescadora saltó al lago y la rescató. La mujer era una nadadora muy experimentada y no necesitaba pensar en cómo se nada, pero la joven, que sólo había aprendido observando, ni siquiera sabía cómo mantenerse a flote. Cuando estuvieron a salvo fuera de las aguas, la pescadora le cogió la mano. "Vayamos allí donde el agua no cubre y te enseñaré a nadar, niña", le dijo.

Tionne hizo una pausa como si estuviera absorta en sus pensamientos, y sus ojos perlinos relucieron.

—Con la Fuerza ocurre exactamente lo mismo. A menos que practiquemos lo que aprendemos y que seamos puestos a prueba, nunca estaremos seguros de que podemos confiar en la Fuerza si llega a surgir la necesidad de hacerlo. Por eso la Academia Jedi también es llamada un praxeum. Es un lugar donde no sólo aprendemos, sino que además utilizamos los conocimientos que adquirimos. Al igual que con el nadar, cuanto más practiquemos más confianza iremos acumulando. Con el paso del tiempo, nuestra capacidad se convertirá en parte de nuestra naturaleza.

«Durante los días siguientes me gustaría que los principiantes y los estudiantes de los grados intermedios practicasen una de las habilidades más básicas: usar la Fuerza para levantar objetos. Hoy practicaréis levantando cosas pequeñas, y no intentaréis levitar nada que sea más grande que una hoja.

— ¿Cómo puedes esperar que incrementemos nuestras capacidades si nos haces volver a un nivel infantil? —intervino Raynar en un tono bastante seco.

La grosería de Raynar hizo que Jacen levantara los ojos hacia el techo, pero tuvo que admitir que él se había estado haciendo la misma pregunta.

Tionne bajó la mirada hacia Raynar y le sonrió sin ninguna irritación.

—Buena pregunta —replicó—. Permite que te dé un ejemplo. Si quisieras hacer más fuertes tus brazos, podrías levantar muchas piedras de una vez o podrías levantar una piedra muchas veces. Con tus capacidades Jedi pasa lo mismo. Por hoy, practicad tal como os he pedido que lo hicierais. No es la única forma de reforzar vuestras capacidades, pero es una forma de hacerlo. Siempre hay alternativas. Os prometo que aprenderéis más cosas aparte de levantar una hoja.

Tionne despidió a los estudiantes. Mientras salían de la gran sala de audiencias y empezaban a bajar por los viejos y desgastados escalones de piedra, Jaina detuvo a los otros tres jóvenes Jedi.

— ¿Estáis pensando lo que estoy pensando? —preguntó con un brillo travieso en la mirada.

Jacen no sabía qué estaba pensando su hermana, pero aun así percibió su excitación y el impaciente deseo de investigar el misterioso descubrimiento de Bajie.

Jaina se encogió de hombros.

— ¿Hay algún sitio mejor para practicar la levitación de las hojas que la jungla?

## 8

— ¿Estás segura de que este sitio no es peligroso? —preguntó Jacen mientras intentaba meterse en el compartimento de carga detrás del asiento de pasaje del T-23.

—Claro que no —replicó automáticamente su hermana mientras se sentaba delante de él—. Y de todas maneras siempre te ha gustado deslizarte por lugares estrechos, ¿no?

—Sólo para capturar bichos —gruñó Jacen—. Este hueco no está acolchado.

El compartimento de carga era demasiado pequeño para poder acoger a Tenel Ka, que era más alta y de constitución más robusta que los gemelos. Jacen tenía que conformarse con la parte de atrás o quedarse en tierra, y su hermana ocuparía el compartimento de carga durante el viaje de vuelta. Jacen se removió e intentó ponerse lo más cómodo posible mientras los motores del T-23 se ponían en marcha con una mezcla de rugido y ronroneo.

Bajie gritó una orden por encima del ruido de los haces repulsores, que se estaban activando.

—El amo Bajocca solicita que tengan la bondad de asegurarse de que los arneses de sujeción están bien cerrados —dijo Teemedos—. Siente el máximo interés por su seguridad. Partiremos dentro de un momento.

Bajocca soltó otro seco ladrido, y el androide corrigió su traducción.

—En realidad, el amo Bajocca podría haber dicho algo del estilo de «Agarraros bien. ¡Allá vamos!».

—Oh, por todos los rayos desintegradores... Tampoco hay tiras anticolidión —observó Jacen mientras Jaina y Tenel Ka se ponían los arneses delante de él.

El T-23 reconstruido despegó con una leve sacudida. El viento pasó aullando junto a las ventanillas que temblaban y crujían cuando adquirieron altura y velocidad. Jacen sintió la emoción de estar viajando por los aires, y oyó cómo los quemadores iónicos tosían detrás de ellos. Se alegraba de no haberse quedado en tierra, aunque tuviera que viajar incómodamente apretado en el compartimento trasero.

Echó un vistazo por el cristal lleno de señales y arañazos mientras Bajocca dejaba que el saltacielos se deslizara por encima de las copas de los árboles, alejándose a toda velocidad de la Academia Jedi para adentrarse en el territorio inexplorado. Poco después lo único que Jacen podía ver a través de la vieja ventanilla rayada eran árboles y más árboles, un frondoso telón cuyo verde era tan intenso como el azul del cielo que tenía encima.

La hermosa vegetación que se extendía debajo de él era magnífica, pero Jacen estaba empezando a sentir calambres en las piernas. Cuando el T-23 descendió y acabó posándose en un pequeño claro, Jacen ya llevaba un rato pudiendo sentir las vibraciones del motor incluso en los dientes.

Jaina y Tenel Ka se quitaron los arneses y saltaron ágilmente de la carlinga del T-23. Jacen salió del compartimento de carga con bastantes dificultades, y estiró las piernas envaradas apenas puso los pies sobre la abundante maleza. Después se frotó enérgicamente el fondillo del mono con las dos manos para normalizar la circulación en esa zona.

— ¡Creo que en estos momentos no podría levantar nada que pesara más que una hoja!

Bajie fue corriendo hasta el borde del claro, y movió una mano indicándoles que se reunieran con él.

—El amo Bajocca dice que el árbol donde está el artefacto queda por allí —explicó Teemedós—. Tiene varias ramas rotas, y eso le ha permitido localizarlo fácilmente desde el aire.

Jaina volvió la mirada hacia la dirección que estaba señalando Bajocca.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —preguntó.

Tenel Ka fue hacia el joven wookie, avanzando con un paso tan firme y decidido como si estuviera dispuesta a abrir un camino por la jungla. Jacen lanzó una larga y melancólica mirada a todas las extrañas plantas nuevas que veía a su alrededor, pero siguió a los demás hacia las profundas sombras verdes.

Bajocca alzó un brazo y señaló las lejanas ramas de un enorme árbol massassi. El tronco parecía tan grande como uno de los rascacielos de Coruscant, el planeta cubierto de ciudades, e incluso las ramas más bajas quedaban fuera del alcance de Jacen. ¡Pero Bajie quería que treparan detrás de él!

—Oh —dijo Jaina, poniendo cara de abatimiento—. Si he de subir por ahí, me temo que nunca llegaré muy lejos.

Bajocca les aseguró a través de Teemedós que la escalada era muy fácil para un wookie. Se ofreció a hacer la primera investigación en solitario e informarles luego de lo que descubriera para que pudiesen decidir cuál sería su próximo paso.

—Podemos explorar el suelo —sugirió Jacen—. Podríamos encontrar otros trozos de..., de lo que sea eso.

«O tal vez encontremos algunos animales, hongos o insectos interesantes», pensó esperanzadamente.

Jaina y Tenel Ka enseguida se mostraron de acuerdo con él. Bajocca deslizó una mano peluda por encima de la gruesa franja negra que atravesaba su pelaje sobre su ceja izquierda. Después empezó a subir por el tronco, llegó a las primeras ramas y no tardó en desaparecer.

El estómago de Jacen estaba empezando a gruñir de hambre, y esperó que Bajocca se diera prisa. Los tres jóvenes estudiantes Jedi examinaron la vegetación, moviéndose en una espiral que se alejaba del T-23 para llevar a cabo una búsqueda metódica. Se fueron turnando en la tarea de levitar hojas que se les había asignado, lanzando hojas hacia la maleza y levantando restos secos del bosque del suelo húmedo y lleno de musgo.

Bajocca se abrió paso por entre las frondosas ramas inferiores antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo. Se dejó caer al suelo cerca de ellos y soltó un potente grito wookie.

Jaina corrió hacia él, impaciente y llena de interés.

— ¿Lo encontraste, Bajie?

Bajocca asintió vigorosamente.

— ¿Qué era? —preguntó Jaina—. ¿Puedes describirlo?



—El amo Bajocca cree que era alguna clase de panel solar —tradujo Teemedós mientras el wookiee contestaba a la pregunta de Jaina, y después se embarcó en una descripción completa.

Jaina sintió que se le ponía la piel de gallina.

—Hmmm —dijo—. Si tengo razón, entonces tendría que haber mucho más de lo que ha visto Bajie. Sigamos buscando.

Tenel Ka metió la mano en una pequeña bolsa de suministros que llevaba consigo y sacó de ella un paquete de galletas de carboproteínas.

—Tomad —dijo—. Podemos alimentarnos mientras buscamos.

Jacen mordió su galleta con gran apetito.

— ¿Qué buscamos exactamente, Jaina? —preguntó, hablando con la boca llena de migajas.

—Trozos de metal, maquinaria, otro panel solar. —Jaina se hizo sombra en los ojos con una mano y escrutó la espesa jungla que los rodeaba por todas partes—. Seguiremos ampliando el círculo de nuestra búsqueda hasta que encontremos algo. Lo que estamos buscando no debería de estar muy lejos.

Jacen cogió una cantimplora de agua del T-23, tomó un sorbo y se la pasó a su hermana. Jaina bebió unos cuantos tragos de agua y luego le pasó la cantimplora a Bajocca. Después fue trotando hasta la base del gran árbol. Jaina no miró hacia atrás para ver si los demás la seguían y se mordió el labio, sintiendo una fugaz punzada de culpabilidad.

En momentos como aquéllos Jaina siempre parecía asumir el liderazgo, igual que hacía su madre. Pero ¿cómo podía evitarlo? Sus padres habían educado a sus tres hijos para que evaluaran una situación, sopesaran las alternativas y tomaran decisiones.

—Despleguémonos —dijo.

— ¡Estupendo! —exclamó Jacen, rodeando el enorme tronco para dirigirse hacia un espeso macizo de vegetación.

Jaina sonrió, sabiendo muy bien que la excitación de su hermano no surgía del deseo de encontrar el artefacto misterioso, sino de tener la oportunidad de explorar la jungla y poder examinar más de cerca a sus criaturas.

Se disponía a internarse por la maleza cuando Bajocca la detuvo con un gruñido interrogativo. Teemedós se encargó de traducirlo.

—El amo Bajocca dice, y personalmente me siento inclinado a estar de acuerdo con él, que el suelo de la jungla no es un sitio lo bastante seguro para poder separarse de los demás. Ni siquiera para acelerar una búsqueda.

Jaina ardía en deseos de seguir buscando, pero aun así se quedó inmóvil y lo pensó durante unos momentos.

Tenel Ka la miró, se puso las manos en las caderas y asintió.

—Es un hecho comprobado.

Jaina se mordisqueó el labio inferior, volvió a pensar durante unos momentos y acabó tomando una decisión.

—De acuerdo. Nos desplegaremos, pero no lo suficiente para que dejemos de vernos los unos a los otros ¿Os parece bien?

Los murmullos de asentimiento de los demás fueron interrumpidos por un estridente estallido de graznidos cuando una bandada de aves-reptiles emprendió el vuelo desde los arbustos cercanos al sitio en el que Jacen había estado explorando. Un instante después Jacen salió de entre los arbustos moviéndose sobre las manos y las rodillas, pareciendo un poco sorprendido pero no disgustado.

—No he hecho grandes descubrimientos, pero he encontrado esto —les informó.

Extendió la mano hacia Jaina. En su palma había una criatura regordeta cubierta de pelaje grisáceo que temblaba sobre un pequeño nido de fibras de aspecto lustroso.

Otro animal. Jaina soltó un suspiro de resignación. Tendría que haberlo adivinado.

—Ah. Aja —dijo Tenel Ka.

Bajocca se inclinó hacia adelante para deslizar un dedo sobre la espalda de la diminuta criatura.

—Mira, Jaina —dijo Jacen.

Hizo girar el nido en su mano y señaló un aro de metal mate que estaba firmemente unido a la masa de fibras.

— ¿Una... hebilla? —preguntó Jaina, comprendiendo por fin.

Su hermano asintió.

—Como las de las redes anticollisiones.

—Buen trabajo —dijo Tenel Ka con solemne aprobación.

—Bien, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Jaina—. Sigamos buscando.

Pero a media tarde Jaina empezó a desanimarse. Jacen, en cambio, quedaba fascinado por cada criatura reptante o insecto que encontraban.

— ¡Le ruego que intente tener un poco más de cuidado! —podía oír Jaina que estaba diciendo Teemedós—. Ésta es la tercera abolladura de hoy, y ya he perdido la cuenta de los arañazos que he sufrido mientras estabais explorando. Si prestara un poco más de atención a...

Las admoniciones de Teemedós quedaron ahogadas de repente cuando Bajocca dejó escapar un seco ladrido de sorpresa desde detrás de un amasijo de lianas y ramas.

— ¡Oh! Oh, cielos. ¡Ama Jaina, amo Jacen, ama Tenel Ka! —Teemedós habló en un tono de voz lo suficientemente alto para sobresaltar no sólo a Jaina, sino también a un gran número de criaturas aladas y trepadoras—. Vengan deprisa. El amo Bajocca ha hecho un descubrimiento.

Ninguno de los tres necesitó más estímulos para ir corriendo a ver qué había encontrado Bajocca. Jaina podía sentir cómo el corazón le palpitaba dentro del pecho, sabiendo y temiendo lo que encontrarían.

Trabajaron muy deprisa, llenándose las manos de cortes y arañazos mientras apartaban la frondosa capa de vegetación que había crecido sobre el montón de restos metálicos. Jaina dejó escapar un jadeo ahogado cuando por fin pusieron al descubierto una carlinga redondeada y que había perdido el brillo en la que sólo cabía un piloto, y el cuadrado negro de un panel solar entrecruzado por remaches de sostén. El otro panel

faltaba, y estaba atascado entre las ramas del árbol donde lo había encontrado Bajie. Pero aun así la nave era inconfundible.

Era un caza TIE imperial que se había estrellado en la jungla.

## 9

—Pero ¿qué podría estar haciendo semejante aparato aquí, en las junglas de Yavin 4? —preguntó Tenel Ka, entrecerrando los ojos con visible preocupación mientras se esforzaban para poner al descubierto los restos del caza estrellado—. ¿Es una nave espía imperial?

Jaina meneó la cabeza.

—Imposible. Los cazas TIE eran naves de corto alcance usadas por el Imperio. No estaban equipadas con hiperimpulsión, por lo que no hay muchas formas de que pueda haber llegado hasta aquí.

Jacen carraspeó para aclararse la garganta.

—Bueno, a mí se me ocurre una forma —dijo—, pero eso haría que esta nave se hubiese estrellado hace... En fin, creo que tendría...

—Más de veinte años —murmuró Jaina, acabando la frase por él.

Bajocca emitió un débil sonido interrogativo, y Tenel Ka siguió poniendo cara de perplejidad.

Jaina se encargó de explicárselo.

—Cuando el Imperio construyó la primera Estrella de la Muerte, contó con el arma más poderosa jamás creada. La pusieron a prueba destruyendo Alderaan, el planeta natal de nuestra madre. Después la trajeron aquí, a Yavin 4, para destruir la base rebelde.

Mientras hablaba, Jaina había ido apartando el último matorral de la parte superior del caza TIE y echó un vistazo dentro. No había huesos. Jaina se metió en la carlinga, que olía a moho.

—Muchos pilotos rebeldes murieron en combates singulares con los cazas TIE que protegían a la Estrella de la Muerte, y también hubo muchos cazas imperiales derribados —dijo Jacen, retomando el hilo de la historia.

El olor a moho que brotaba de los controles recubiertos de hongos hizo que Jaina arrugara la nariz. Deslizó los dedos sobre los paneles de navegación de la carlinga, y después cerró los ojos y se preguntó qué se debía de haber sentido siendo un piloto de caza hacía veinte años en la batalla de Yavin 4. Visualizó con su imaginación un aparato enemigo que se lanzaba sobre ella en un veloz ataque en picado, y a su diminuta nave girando locamente y perdiendo el control.

La voz de Jaina se abrió paso por entre sus pensamientos.

—Pero al final nuestro padre se encargó de cubrir el caza X del tío Luke cuando éste emprendió su ataque final. El tío Luke hizo el disparo que destruyó la Estrella de la Muerte.

Tenel Ka asintió solemnemente, y las trenzas en que había recogido su melena dorado rojiza oscilaron alrededor de su cabeza como una guirnalda.

— ¿Y por qué se le llama caza TIE? —preguntó.

Jaina se encargó de responder, hablando desde la carlinga.

—Porque tiene motores iónicos gemelos. T-I-E, ¿entiendes?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Las siglas TIE vienen de «Twin Ion Engines», motores iónicos gemelos. (TV. del T.)

Agachó la cabeza y se arrastró hasta los paneles de acceso a los motores situados en la parte de atrás de la carlinga, y separó la deslustrada placa metálica de su marco. Un roedor sorprendido en su nido oculto huyó a toda velocidad lanzando chillidos estridentes, y desapareció por un pequeño agujero del casco.

Jaina examinó los motores, comprobando su integridad y viendo que los tubos y cañerías de alimentación estaban podridas. Pero en conjunto los motivadores principales parecían hallarse intactos, aunque tendría que llevar a cabo numerosas sesiones de diagnóstico. Jaina disponía de montones de repuestos y piezas sueltas en su habitación.

Se irguió lentamente dentro de la carlinga y volvió a asomar la cabeza, y después deslizó sus manos encallecidas sobre un flanco del caza TIE estrellado.

— ¿Sabéis una cosa? —murmuró—. Creo que podríamos hacerlo.

Los ojos de todos sus amigos se volvieron hacia ella para interrogarla con la mirada.

—Creo que podríamos reparar el caza TIE.

Su hermano la contempló en silencio y con cara de asombro durante un momento, y después se dio una palmada en la frente.

—Esto me huele mal.

Las criaturas del bosque que se habían asustado volvieron a su actividad habitual mientras el gemido del saltacielos T-23 se iba desvaneciendo en la lejanía. Corretearon a través de la espesura, persiguiéndose unas a otras a lo largo de las ramas, depredadores y presas. Las hojas se agitaron y las criaturas aladas enviaron sus gritos desde una copa de árbol a otra, olvidando por completo a los intrusos.

Las ramas de un gran arbusto se separaron en el suelo de la selva, muy por debajo de ellas. Un guante negro medio hecho jirones apartó un tallo cubierto de espinos.

El piloto del caza TIE estrellado emergió de su escondite para salir al claro lleno de huellas recientes.

—Rendirse es traición —se murmuró a sí mismo, como había hecho muchas veces antes.

Las palabras se habían convertido en una letanía durante sus años de dura supervivencia en la aislada luna selvática de Yavin.

El uniforme protector del piloto colgaba hecho harapos de su flaco cuerpo. Estaba roto y lleno de desgarrones, y había sido remendado con las pieles obtenidas durante el increíble número de años que llevaba viviendo solo en la jungla. Su brazo izquierdo, lesionado en la colisión, estaba pegado a su pecho como una garra retorcida. El piloto avanzó, haciendo crujir las ramas bajo sus viejas botas mientras iba hacia el lugar donde cayó su caza y que ya había dejado de ser secreto. Había camuflado los restos de la nave imperial hacía muchos años, ocultándola a los ojos de los rebeldes. Pero los restos acababan de ser descubiertos a pesar de todo su trabajo.

—Rendirse es traición —repitió.

Clavó la mirada en su caza, intentando ver qué daños habían causado los espías rebeldes.

## 10

Durante los días siguientes, Tionne fue incrementando la complejidad de las tareas que asignaba a los estudiantes Jedi, y los cuatro compañeros practicaron cómo refinar su control de la Fuerza.

Jaina, Jacen, Bajie y Tenel Ka encontraron excusas para volver una y otra vez al lugar en el que se había estrellado el caza TIE. Con Jacen como fuerza impulsora, los cuatro amigos se enfrentaron al proyecto de reparación de la misma manera en que lo habrían hecho si fuese un ejercicio de grupo, pero aun así sus expediciones a la jungla no les impidieron terminar cualquier sesión de práctica que se les hubiera asignado.

La idea no era demasiado agradable, pero Jaina se vio obligada a admitir que una parte de su motivación para aquel trabajo era la envidia que le producía el T-23 personal de Bajocca. Quería tener su propia nave para poder volar por encima de las copas de los árboles. Pero también se sentía atraída por el desafío que representaba el caza TIE estrellado. Su vejez y su complejidad ofrecían una oportunidad única para acumular nuevos conocimientos mecánicos, y Jaina no podía darle la espalda.

Pero la gran razón para embarcarse en el proyecto —y, tal vez, la que les mantenía a todos trabajando sin quejarse— era que forjaba un lazo entre los cuatro amigos. Aprendieron a funcionar como un equipo, obteniendo el máximo provecho de las mejores dotes de cada uno y compensando las debilidades de los otros. Las hebras de su amistad se entrelazaron y se fueron uniendo para formar un dibujo tan sencillo como sólido. Ese lazo abarcaba incluso a Teemedós, que aprendió a hacer contribuciones verbales en los momentos adecuados y fue aceptado gradualmente como miembro de su grupo.

Jaina pasaba la mayor parte de su tiempo supervisando las reparaciones mecánicas, mientras que Bajocca se concentraba en los sistemas de ordenadores. Jacen tenía muchas oportunidades de examinar y observar la vida salvaje local mientras «exploraba» de manera oficial la espesura en busca de componentes rotos o que faltaban, y también hacía rápidos viajes de aprovisionamiento a la Academia Jedi en el T-23 para traer las piezas que necesitaban Jaina o Bajocca. Tenel Ka trabajaba con callada competencia en cualquier tarea que debiera llevarse a cabo, y resultaba especialmente valiosa a la hora de mover las planchas nuevas para remendar los grandes agujeros que había en el casco del TIE.

— ¡Eh, Tenel Ka! —dijo Jacen—. ¿Qué es lo que hace ja-ja-ja y luego hace buuum?

Los ojos grises de Tenel Ka, tan lustrosos como dos guijarros pulidos, se clavaron en él.

—No lo sé.

— ¡Un androide que ha perdido la cabeza de tanto reírse! —dijo Jacen, y empezó a soltar risitas.

—Ah. Aja —dijo Tenel Ka, y estuvo pensando en silencio durante un momento—. Sí, es muy gracioso —añadió después sin la más mínima huella de alegría en la voz, y volvió a concentrarse en su trabajo.

De vez en cuando Bajie trepaba hasta lo alto del dosel arbóreo para meditar y absorber la soledad. El joven wookiee disfrutaba de aquellos ratos de soledad que pasaba sentado en silencio. Ocasionalmente, Tenel Ka se tomaba un breve descanso

del trabajo para poner a prueba sus capacidades atléticas corriendo por entre la espesura de la jungla o trepando a un árbol.

Pero Jaina prefería no apartarse del caza TIE, y lo examinaba desde todos los ángulos mientras se iba imaginando posibilidades. Mientras estaba reparando la nave, no había ninguna posición corporal que le pareciese demasiado difícil o indigna.

Jaina metió la cabeza por debajo del panel de control de la carlinga con el estómago sostenido por el respaldo del asiento del piloto. Su trasero sobresalía por los aires y sus pies se estaban moviendo de un lado a otro mientras trabajaba cuando de repente sintió que algo se le incrustaba en la pierna.

Se retorció hasta salir de aquella incómoda postura y Bajie le pasó un cuaderno de datos en el que había introducido los esquemas y especificaciones de un caza TIE, que había tomado de los ficheros de información principales del centro de ordenadores del Gran Templo. Jaina estudió los datos y echó un vistazo a la lista de componentes de ordenador que necesitaba Bajocca.

—Jacen tendría que poder encontrarlos sin muchas dificultades —dijo después—. Tengo la mayor parte en mi habitación.

Teemedós habló.

—El amo Bajocca desea saber en qué sistemas tiene intención de concentrarse a continuación.

Un fruncimiento de concentración llenó de arrugas la frente de Jaina.

—Ya hemos decidido que no necesitaremos los sistemas de armamento —dijo—. Creo que los cañones láser funcionan perfectamente, pero no tengo intención de conectarlos. Supongo que el próximo paso podría ser trabajar en los sistemas de energía. Todavía no he hecho gran cosa con ellos.

Jacen y Tenel Ka vinieron trotando para tomar parte en la discusión.

—Necesitarás el otro panel solar —dijo Tenel Ka—. Sigue en el árbol.

Jacen la miró y enarcó una ceja.

—Ah, ¿eso es un hecho comprobado? —preguntó, utilizando una de las frases favoritas de Tenel Ka.

Tenel Ka no sonrió, pero inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Jacen se cruzó de brazos, pareciendo sentirse muy complacido de sí mismo.

— ¿Alguien recuerda el ejercicio que Tionne nos ha asignado para hoy?

—Levitación cooperativa con uno o más estudiantes —recitó Tenel Ka sin ninguna vacilación.

Jaina aplaudió y se frotó las manos, y se apresuró a salir de la angosta carlinga.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando entonces?

El proceso era mucho más difícil de lo que habían previsto, pero al final acabaron consiguiéndolo. Bajocca y Tenel Ka treparon al árbol para quitar el musgo y las ramas que mantenían inmovilizado el panel. Tenel Ka lo aseguró con el delgado fibrocable de su cinturón mientras Bajocca añadía gruesas lianas para que ayudaran a sostener la pesada losa. Jaina y Jacen les observaban desde las ramas inferiores del árbol, estirando el cuello para poder ver.

— ¿Todo el mundo está preparado? —preguntó Jaina—. De acuerdo, y ahora a concentrarse.

Les dio un momento para que contemplaran el panel solar, que brillaba bajo los rayos de luz que caían del cielo. Los cuatro amigos estudiaron aquel fragmento de la nave y lo aferraron con sus pensamientos.

—Ahora —dijo Jaina.

La palabra hizo que cuatro mentes se volvieran hacia arriba y empujaran. Levantaron el panel en un movimiento suave y concertado, apartándolo de la rama sobre la que había reposado durante décadas. El gran rectángulo plano osciló en el aire durante un momento y después empezó a descender lentamente. Tenel Ka mantuvo tenso su fibrocable, y fue guiando hacia abajo el objeto aligerado por la Fuerza.

Los cuatro siguieron trabajando juntos hasta dejar el panel solar unas cuantas ramas más abajo de donde había estado. Tenel Ka y Bajocca desataron el fibrocable y las lianas de la rama más alta, las bajaron y volvieron a atarlo todo a la rama sobre la que había quedado apoyado el panel.

El proceso no fue perfecto. La coordinación mental entre los cuatro amigos demostró ser difícil de alcanzar, y perdieron su asidero en más de una ocasión. Pero las lianas y el fibrocable aguantaron, evitando que se produjera un desastre.

Cuando los agotados compañeros bajaron el panel al suelo de la jungla y lo llevaron al sitio donde se había estrellado el caza, los cuatro estaban jadeando y sudaban a causa del esfuerzo mental.

Jaina se dejó caer junto al caza TIE con un gemido de agotamiento. Después se acostó entre las hojas y la tierra, sin que en aquel momento le preocupara en lo más mínimo el que sus cabellos fuesen a acabar tan despeinados y llenos de ramitas como solían estarlo los de su hermano.

Bajie arrojó a cada uno un paquete de comida de la cesta de provisiones que habían traído consigo cada día. El paquete de Jaina aterrizó encima de su estómago, y Jaina rodó sobre sí misma hasta quedar acostada de lado mientras fingía gruñir de indignación. Se encontró contemplando un agujero en un flanco del caza TIE, y un pensamiento pasó repentinamente por su cabeza.

— ¿Sabéis una cosa? —preguntó, apoyando el mentón en las manos—. Apostaría a que ahí dentro hay espacio suficiente para instalar un hiperimpulsor.

—Dijiste que los cazas TIE eran aparatos de corto alcance —dijo Tenel Ka.

Bajie respondió con un sonido meditabundo mientras pensaba en ello. Jacen se limitó a gemir al oír hablar de más trabajo.

—Fueron diseñados para ser naves de corto alcance —dijo Jaina—. Nunca llegaron a equiparlos con hiperimpulsores porque el Emperador no quería sacrificar la maniobrabilidad.

Jacen soltó un bufido.

—O tal vez no quería que ninguno de sus pilotos de caza pudiera aprovecharla para huir —dijo.

Jaina se volvió hacia él y sonrió.

—Supongo que nunca se me había ocurrido verlo desde ese punto de vista. —El entusiasmo iluminó su rostro mientras contemplaba a sus amigos—. Pero no hay nada



que nos impida equipar este caza TIE con un hiperimpulsor, ¿verdad? Papá me regaló uno para que trabajara con él.

—Es una posibilidad —dijo Tenel Ka sin mucho entusiasmo.

Jaina sabía que todos estaban cansados, pero la excitación de aquella nueva idea había hecho que su mente funcionara a toda velocidad. Le bastó con unos momentos para tomar una decisión.

—De acuerdo, regresemos a la Academia Jedi —dijo—. Quiero tomar algunas medidas. Ya está bien por hoy.

Jacen soltó un suspiro de alivio.

—Creo que es la mejor sugerencia que has hecho en horas.

A la tarde siguiente, Jacen estaba acostado sobre el estómago con el mentón apoyado en un puño mientras contemplaba el suelo húmedo debajo de un frondoso matorral. Había dejado los pies asomando por el arbusto para que los demás pudieran localizarle con facilidad si alzaban la mirada de su trabajo, aunque había pocas probabilidades de que eso ocurriera. Jacen podía oír los golpes y chasquidos metálicos que resonaban detrás de él mientras Jaina intentaba instalar el hiperimpulsor en el caza TIE.

Un ruidoso chorrear de líquido viscoso le indicó que Tenel Ka y Bajocca estaban aplicando pasta selladora sobre la plancha con la que habían tapado el agujero en la base del panel solar, que ya volvía a estar colocado en su sitio. Los demás estaban ocupados, y eso quería decir que Jacen podía volver a buscar «piezas sueltas».

Jacen, fascinado, contempló cómo una criatura en forma de hoja que hacía juego con el color verde azulado del follaje que la rodeaba se agarraba a una rama. La criatura extendió una larga lengua salpicada de manchitas marrones que se acható contra la ramita en un camuflaje perfecto. Jacen podía percibir la nerviosa expectación de la criatura en forma de hoja. Un enjambre de diminutos insectos atraídos por un olor que Jacen no pudo discernir no tardó en posarse sobre la «rama», y se encontraron pegados a ella. Jacen soltó una risita y meneó la cabeza mientras la criatura en forma de hoja retraía su lengua con un sonido de succión claramente audible.

En el suelo no había nada interesante que ver, por lo que Jacen sacudió suavemente el arbusto en cuanto la criatura con forma de hoja se hubo marchado. Fue recompensado con un crujido cuando un objeto desalojado por el movimiento cayó al suelo cerca de su codo. Jacen lo cogió.

Era una insignia imperial.

Jacen hizo girar el objeto metálico en la palma de su mano, pero un instante después vio un destello familiar en el límite de su campo visual y alargó la mano hacia él en un acto reflejo. Salió del arbusto retorciéndose y arrastrándose hacia atrás, se puso en pie y fue corriendo hasta el caza TIE.

— ¡Mirad lo que he encontrado! —gritó.

La mitad inferior del cuerpo de su hermana sobresalía en un ángulo bastante forzado e incómodo de la carlinga, donde al parecer estaba intentando conectar alguna parte del hiperimpulsor detrás del asiento del piloto.

La voz de Jaina llegó hasta él, ahogada por el metal.

—Espera un momento —dijo—. Necesito un destellador.

Tenel Ka le pasó una pequeña herramienta desde el otro lado de la carlinga. Después, ella y Bajocca fueron a reunirse con Jacen para ver lo que había descubierto, limpiándose las manos llenas de pasta selladora mientras venían.

— ¿Es alguna clase de broche? —preguntó Tenel Ka, examinándolo con gran atención.

Jacen meneó la cabeza.

—Es una insignia imperial que se desprendió de algún uniforme.

—Ya está —dijo Jaina, saliendo de la carlinga del caza TIE y bajando al suelo de un salto junto a ellos—. Con eso debería bastar.

Jacen le alargó la insignia, y Jaina asintió distraídamente.

—Mirad qué más he encontrado —dijo Jacen, alzando su brazo izquierdo, que estaba envuelto en una iridiscencia luminosa.

Jaina dejó escapar un sonido a medio camino entre un gruñido y una carcajada, y retrocedió.

—Estupendo. Justo lo que necesitamos: otra serpiente de cristal que puede escaparse en cualquier momento.

Jacen usó una táctica que sabía su hermana era incapaz de resistir.

—Oh —dijo, dejando que su rostro se llenara de desilusión—. Es sólo que tú siempre has tenido tanta habilidad para diseñar y construir cosas que... Bueno, pensé que podrías inventar una jaula de la que las serpientes no fuesen capaces de escapar. Pero si realmente crees que no puedes hacerlo...

Vio cómo el rostro de Jaina se iluminaba ante el desafío, pero un instante después sus líquidos ojos marrones se entrecerraron y chispearon con un brillo de astucia, y Jacen comprendió que su hermana se había dado cuenta de lo que pretendía.

—Eso es un truco muy sucio —dijo Jaina—. Ya sabes que podría... —Meneó la cabeza, suspiró con fingida exasperación y pareció resignarse a lo inevitable—. ¡Oh, muy bien! Te construiré una nueva jaula para tus serpientes de cristal, y...

—Gracias —la interrumpió un sonriente Jacen antes de que Jaina pudiera cambiar de parecer—. ¡Eres la mejor hermana de toda la galaxia!

Jaina soltó un resoplido que no tenía nada de femenino o delicado.

—Pero no llesves esta nueva serpiente a tu habitación hasta que tenga lista la jaula.

—De acuerdo —dijo Jacen—. La guardaré en algún sitio del que no pueda escapar, tal vez en el compartimento de carga. ¿Puedes devolverme la insignia imperial, por favor? —Jaina se la lanzó, y Jacen empezó a sacarle brillo restregándola contra la manga de su mono—. Me pregunto si pertenecía al piloto.

Bajocca volvió la mirada hacia el caza TIE estrellado y lo contempló durante un instante, y después acabó volviéndose hacia Jacen y gruñó una pregunta.

—El amo Bajocca sugiere que es improbable que el piloto sobreviviera a la colisión aunque el impacto fuese amortiguado por los árboles massassi —dijo Teemedós.

Tenel Ka recorrió el pequeño claro con una lenta y penetrante mirada.

—No hay huesos.

Jacen se encogió de hombros.

—Después de veinte años, eso no tiene nada de sorprendente —dijo—. En la jungla hay montones de carroñeros. He estado suponiendo que salió despedido de la carlinga.

Los impasibles ojos grises de Tenel Ka parecían un poco preocupados, pero asintió.

—Tal vez.

Los cuatro siguieron trabajando en el silencio tranquilo y relajado propio de unos buenos amigos y colocaron el último remiendo en el casco. Después, mientras los otros tres aplicaban la pasta selladora de secado lento, Jacen se dedicó a buscar por entre la espesura. Sabía que no debía desaparecer de la vista de sus amigos durante más de unos segundos, pero ya había inspeccionado todos los arbustos que se podían divisar desde el sitio en el que había caído el caza TIE.

Se prometió a sí mismo que volvería enseguida, y se abrió paso a través de un matorral de apretadas hojas oscuras particularmente frondoso y salió a un pequeño claro que tenía el diámetro de sus brazos extendidos. El suelo estaba totalmente vacío de vida vegetal, como si algún animal lo pisoteara con tanta frecuencia que la vegetación ya no podía crecer allí. Se iba alargando hacia la jungla... ¡Un camino! Era bastante estrecho, pero el sendero de tierra apisonada resultaba inconfundible.

Jacen olvidó su promesa anterior de no alejarse y avanzó por entre los arbustos siguiendo el camino. Los árboles massassi de aquella zona eran más jóvenes, y sus ramas estaban más cerca del suelo. Tal vez ésa fuese la razón por la que ninguno de sus compañeros había visto aquel sendero desde arriba.

La jungla se fue oscureciendo a su alrededor a medida que avanzaba. Los gruñidos, trinos y chillidos de los animales del bosque parecían más amenazadores.

Jacen acababa de comprender que estaba demasiado lejos de los demás cuando llegó a un claro junto al que había un pequeño arroyo.

Alguna criatura de la selva había construido una presa a través del arroyo, desviando parte de la corriente hacia una depresión al lado de él para formar un estanque no muy profundo. Apoyadas en el tronco ahuecado por el fuego de un enorme árbol massassi que se alzaba junto al agua había unas cuantas ramas muy largas y gruesas recubiertas de moho y heléchos que formaban un tosco refugio. Tal vez fuese la madriguera de la criatura cuyo camino había estado siguiendo Jacen.

Jacen hizo un sondeo mental del pequeño cobijo, pero no percibió nada más grande que insectos viviendo en él. Contorneó el estanque y fue hacia el refugio, sintiendo cómo el corazón le latía ruidosamente dentro del pecho. Sabía que hubiese tenido que ser más cauteloso. Pero ¿qué era aquel sitio?

¿Y si la bestia que vivía allí era un depredador? ¿Y si volvía mientras Jacen estaba investigando el lugar?

Un ruidoso chasquido hizo que Jacen diera un salto, pero no era más que una ramita que acababa de partirse debajo de uno de sus pies. Se inclinó hacia adelante para echar un vistazo a la abertura del refugio de ramas, y dejó escapar un jadeo ahogado ante lo que vio allí.

Una tercera parte del tronco del árbol massassi había sido ahuecada para formar una sólida caverna seca lo bastante alta para que un hombre pudiera estar de pie dentro de ella. Una silla construida con maderos se alzaba junto a un pequeño montículo de hojas que podría haber sido una cama y que estaba parcialmente cubierto por un trozo de tela. En la parte de atrás de la cueva había equipo, lianas, fruta y bayas secas. Encima del montón de objetos había algo que parecía haber surgido de una pesadilla, un casco

negro con visores triangulares y un respirador conectado a un par de tubos de goma que

Jacen supuso habían estado unidos a un tanque de aire en algún momento del pasado.

Era un casco de piloto de un caza TIE imperial.

Jacen retrocedió tambaleándose, alejándose del refugio con la respiración convertida en un jadear entrecortado. Tropezó y cayó, y se encontró dentro de un círculo de piedras y cenizas. Era un hoyo para encender hogueras. Jacen apartó un poco de la tierra que lo cubría y buscó dentro del hoyo con dedos temblorosos. El suelo todavía estaba caliente.

Se levantó de un salto y huyó por el pequeño sendero, corriendo tan deprisa como podía. Corrió a lo largo de aquel angosto camino sin preocuparse de las ramas que le golpeaban la cara ni de los espinos que desgarraban su mono, y sin prestar atención a los animales que asustaba y hacía huir de sus escondites. No redujo la velocidad hasta estar cerca de los matorrales que rodeaban el caza TIE estrellado.

Irrumpió en el pequeño claro y corrió hacia el aparato.

— ¡Jaina! ¡Tenel Ka! ¡Bajie! —gritaba mientras corría—. Está aquí. Está vivo. ¡El piloto del TIE no está muerto!

Los tres alzaron la cabeza para contemplarle con asombro en el mismo momento en que Jaina oyó un crujido entre los arbustos detrás de él. Se volvió para ver a un hombre flaco y curtido por la intemperie que se abría paso a través de la vegetación. El rostro del desconocido estaba surcado por profundas arrugas, y vestía un traje de vuelo hecho jirones. Su brazo izquierdo estaba doblado en un ángulo extraño y se hallaba recubierto por un guantelete blindado de cuero negro. Pero el guante sostenía el bulto amenazador de un desintegrador de un modelo muy viejo, y el cañón del arma apuntaba directamente a los jóvenes Caballeros Jedi.

—Sí —dijo el piloto del caza imperial—. No puedo estar más vivo, y vosotros sois mis prisioneros.

## 11

Cuando el piloto del TIE imperial apartó los ojos de ella durante una fracción de segundo, Tenel Ka reaccionó con la velocidad del rayo, tal como le habían enseñado a hacer las guerreras de Dathomir.

— ¡Corred! —les gritó a los demás.

Tenel Ka sabía con toda exactitud lo que tenía que hacer. Giró sobre sí misma y se lanzó hacia el macizo de arbustos más próximo, moviéndose en zigzag para esquivar los haces desintegradores que esperaba serían disparados contra ella de un momento a otro.

Tenel Ka reaccionó tan deprisa y con tal fluidez que incluso sus adiestradoras de combate más severas y exigentes habrían estado orgullosas de ella. Sus tácticas habían quedado grabadas en el cerebro de Tenel Ka.

Confunde al enemigo.

Haz lo inesperado.

Toma por sorpresa a tu oponente.

No malgastes el tiempo en vacilaciones.

Tenel Ka se abrió paso a través de los espinos y los arbustos de hoja azul, dando manotazos para despejar un camino que se fue cerrando detrás de ella a medida que iba avanzando por la espesura. Jadeó y resopló, avanzando lo más deprisa posible sin prestar atención a los arañazos y las punzadas de dolor de los espinos que se clavaban en sus brazos y piernas desnudas. La armadura de escamas protegía sus partes vitales, pero su melena dorado rojiza revoloteaba a su alrededor y se enganchaba en las hojas y los tallos. Las ramas tiraron de sus trenzas y se llevaron mechones de cabellos, arrancándoselos de raíz. Tenel Ka lanzó un siseo de dolor, pero apretó los dientes y siguió corriendo sin detenerse.

¿Por qué no podía oír correr a los demás?

— ¡Trae ayuda!

Era Jacen, gritando detrás de ella. Seguía en el claro. ¿Por qué no corrían?

Un estallido de llamas surgió en la espesura a la izquierda de Tenel Ka. ¡El piloto del TIE estaba disparando su desintegrador contra ella! El acre olor de las hojas chamuscadas y la savia quemada inundó sus fosas nasales. Tenel Ka se lanzó al suelo, rodó hacia un lado y echó a correr a toda velocidad en una dirección distinta. Si se daba por vencida, el piloto la mataría. Tenel Ka ya no tenía ninguna duda de ello.

Siguió huyendo, cambiando de dirección al azar para confundir al enemigo y con toda su mente concentrada en el único objetivo de interponer más distancia entre ella y el piloto del TIE. Las ramas crujieron debajo de sus pies, y Tenel Ka no prestó ninguna atención al lugar hacia el que corría y siguió internándose en la parte más densa de la jungla de Yavin 4.

La vacilación de Bajocca sólo duró una fracción de segundo más.

Tenel Ka parecía haberse evaporado mientras gritaba «¡Corred!» y desaparecía entre la espesura.

El piloto del TIE giró sobre sí mismo y apuntó su desintegrador hacia el sitio por el que había desaparecido Tenel Ka, y Bajocca utilizó aquel instante de distracción. El joven wookiee lanzó un alarido de sorpresa e ira, y después reaccionó instintivamente subiendo por el tronco del árbol massassi más próximo, trepando cada vez más arriba y huyendo hacia las alturas donde estaba la seguridad.

Se agarró a ramas y lianas, izándose hacia el espeso dosel arbóreo saturado de potentes olores. El piloto imperial empezó a disparar a ciegas detrás de él. Las explosiones y las llamas multicolores del follaje que ardía se hincharon como globos desde los sitios en que los haces desintegradores chocaron con las ramas debajo de los pies de Bajie. Pudo oler el ozono de la descarga de energía y el vapor de la vegetación desintegrada.

Usó su fuerza de wookiee para seguir trepando más y más arriba hasta que acabó llegando a unas gruesas ramas achatadas que le permitieron cruzar las copas de los árboles hacia el sitio en el que había posado el T-23.

Tenía que conseguir ayuda. Tenía que rescatar a sus amigos. Tenel Ka había logrado ponerse a salvo —o eso esperaba—, pero Jacen y Jaina no habían sido capaces de reaccionar tan deprisa o de moverse con tanta habilidad por la jungla.

— ¡Oh, cielos! —gimió Teemedós desde su cintura—. ¿Adonde vamos? ¡Esa persona estaba intentando matarnos! ¿Puede imaginárselo?

Bajie siguió avanzando a través de las gruesas ramas, saltando con gran agilidad y alejándose cada vez más del piloto, que seguía disparando.

— ¡Respóndame, amo Bajocca! —exclamó Teemedós, forzando su vocecita metálica hasta el extremo de hacer vibrar el altavoz—. Ya sabe que no puede dejarme aquí colgado sin hacer nada, ¿no?

Bajocca gruñó una réplica y siguió moviéndose.

—Pero no creo que eso tenga nada que ver —protestó Teemedós—, ya que estoy haciendo todo lo que puedo. El mero hecho de que no tenga brazos ni piernas no significa que no quiera ayudarle.

El estrépito de los rayos desintegradores había cesado en el claro, y Bajocca temió que eso quisiera decir que Jacen y Jaina habían sido capturados..., o algo todavía peor. Sus pensamientos giraron locamente en un torbellino de pánico y confusión. Sabía que tenía que rescatarlos. Pero ¿cómo? Nunca había hecho nada parecido antes. No creía que Tenel Ka pudiera hacerlo sola, por lo que tenía que ofrecerle toda la ayuda de que fuese capaz.

El telón arbóreo se iba abriendo por delante de él, y las ramas se desplegaron alrededor del claro en el que Bajocca había posado el T-23. La pequeña nave estaba allí donde la dejó y el joven wookiee se apresuró a bajar por las gruesas ramas, agarrándose a las lianas hasta que volvió a estar en el suelo. El T-23 era su mejor posibilidad.

Bajocca se había sentido orgullosísimo del pequeño aparato cuando su tío Chewie se lo entregó, pero en aquel momento le pareció diminuto y maltrecho, y prácticamente inútil contra un piloto imperial armado. Corrió por el suelo cubierto de maleza hasta el pequeño saltacielos. Tendría que utilizarlo para llevar a cabo el rescate. No disponía de ninguna opción mejor.

La débil música borboteante de los insectos y las criaturas de la jungla impregnaba el aire. Bajocca no podía oír ningún ruido de disparos desintegradores ni gritos de desafío o dolor. Todo estaba silencioso..., demasiado silencioso. Intentó ir más deprisa.

— ¡Oh, excelente idea! —exclamó Teemedós cuando estuvieron cerca del T-23—. Vamos a volver a la Academia Jedi para conseguir refuerzos, ¿verdad? Sí, estoy seguro de que es el curso de acción más sabio y prudente.

Pero Bajie sabía que a esas alturas ya sería demasiado tarde para los gemelos. Tenía que hacer algo enseguida. Le dijo a Teemedós lo que pretendía hacer, y el androide traductor en miniatura dejó escapar un chillido de consternación.

— ¡Pero amo Bajocca! El T-23 no tiene armas. ¿Cómo va a enfrentarse con ese piloto imperial? Ese piloto es un soldado profesional, ¡y además está desesperado!

Bajie sintió los mismos temores mientras conectaba los motores que daban energía a los haces repulsores del T-23, pero se las arregló para dirigir un comentario optimista al androide traductor.

— ¿Trucos? ¿Qué trucos tiene escondidos en la manga? —preguntó Teemedós—. ¡Y además usted ni siquiera tiene mangas, amo Bajocca!

El motor parecía estar en perfecto estado, y su rugido hizo vibrar el silencio de la jungla. Bajie captó el olor acre de los gases de escape y resopló. Su asiento de pilotaje negro tembló mientras la nave se preparaba para despegar.

Tendría que hacer unas cuantas maniobras bastante complicadas para meter el aparato a través de los árboles y poder llegar hasta el claro, pero Bajocca tenía que salvar a sus amigos y ofrecerles toda la ayuda que estuviera en sus manos. Tal vez su ruidosa llegada asustaría lo suficiente al piloto del TIE como para hacerle buscar refugio entre la espesura, y entonces los gemelos podrían subir al T-23 de un salto y escaparían.

Bajocca empujó las palancas hacia adelante y levantó el T-23 de la maleza aplastada sobre la que había estado posado. Los quemadores iónicos rugieron mientras la pequeña nave salía disparada hacia el cielo como una flecha, esquivando ramas y telones de musgo para dirigirse hacia sus amigos y el peligro que la aguardaba.

Jacen y Jaina se habían quedado paralizados en el claro, pero su inmovilidad sólo duró un momento. Los gemelos giraron sobre sus talones y echaron a correr intentando escapar, pero la masa del caza TIE ya casi totalmente reparado se interpuso en su camino. Jaina agarró a Jacen del brazo y los dos echaron a correr juntos, muy asustados pero sabiendo que tenían que moverse.

El piloto imperial disparó su desintegrador, lanzando dos haces de energía hacia el arbusto en el que había desaparecido Tenel Ka. Fragmentos de matorral en llamas y trocitos de tallo saltaron por los aires formando una nube de restos. Durante un momento, Jaina pensó que su amiga de Dathomir había muerto, pero un instante después oyó más crujidos de hojas y ramas que se partían mientras Tenel Ka continuaba con su desesperada huida.

El piloto del caza TIE disparó contra los árboles destruyendo las ramas inferiores, pero Bajocca ya había logrado huir. Los gemelos rodearon a la carrera el extremo del caza estrellado, y de repente Jacen tropezó con una caja rectangular llena de llaves hidráulicas, ciberfusibles y otras herramientas que habían ido reuniendo para reparar la nave..., y cayó de bruces al suelo.

Jaina agarró a su hermano del brazo e intentó ponerle en pie de un tirón para seguir huyendo. El suelo aulló con un estallido de fuego desintegrador. Tres haces de alta energía rebotaron en el casco manchado por la intemperie y el paso del tiempo del caza estrellado.

Jaina se quedó totalmente inmóvil y alzó los brazos para indicar que se rendía. No podrían esconderse lo suficientemente deprisa. Jacen se levantó, se puso al lado de su hermana y empezó a limpiarse. El piloto del TIE dio dos pasos hacia ellos, moviéndose rígidamente en su maltrecha armadura y con una expresión de gélida ira en el rostro.

—No os mováis o moriréis, basura rebelde —dijo.

Su armadura negra de piloto estaba desgastada y arañada por su largo exilio en las junglas. El brazo izquierdo lisiado del imperial se encontraba tan rígido como el de un androide, y estaba recubierto por un guantelete acorazado de cuero negro. Había sido severamente herido, pero al parecer se trataba de una vieja lesión que había curado hacía mucho tiempo, aunque no correctamente. El piloto era un viejo guerrero curtido por la experiencia. Cuando clavó la mirada en Jaina, sus ojos no parecieron verla.

—Sois mis prisioneros —dijo.

El piloto movió la anticuada pistola desintegradora que empuñaba con su retorcida mano enguantada.

—Baja el desintegrador —dijo Jaina en voz baja y suave, utilizando todo lo que sabía sobre las técnicas de persuasión Jedi—. No lo necesitarás.

Su tío Luke le había contado cómo Obi-Wan Kenobi utilizó trucos mentales Jedi para confundir los pensamientos de los imperiales de voluntad más débil.

—Baja el desintegrador —repitió con la misma voz afable y llena de suaves matices de antes.

Jacen sabía con toda exactitud qué estaba haciendo su hermana.

—Baja el desintegrador —dijo también.

Los dos volvieron a decirlo con una sola voz que se superponía y se llenaba de ecos. Intentaron enviar pensamientos tranquilizadores y llenos de paz a la mente del piloto del TIE, igual que había hecho Jacen para calmar a su serpiente de cristal.

El piloto del TIE meneó su canosa cabeza y entrecerró los ojos. El desintegrador tembló de una manera casi imperceptible, y sólo descendió un centímetro.

«¿Por qué no está dando resultado?», pensó Jaina con desesperación.

—Baja el desintegrador—repitió con más insistencia.

Pero dentro de la mente del piloto imperial chocó con un muro de pensamientos tan rígidos y tan nítidamente delimitados en blanco-y-negro que parecían la programación de un androide.

El piloto se irguió de repente y les contempló con aquellos ojos helados e inexpresivos.

—Rendirse es traición —dijo, hablando como si fuera una lección aprendida de memoria.

Jacen, viendo que estaban a punto de perder su oportunidad, desplegó su mente y tiró del desintegrador con una embestida de pura fuerza bruta mental.

— ¡Coge el desintegrador! —susurró.



Jaina le ayudó a tirar con la Fuerza, extendiéndola hacia la vieja arma que blandía el piloto. Pero el guante blindado estaba tan tensamente apretado alrededor del arma que parecía haber sido soldado a la culata del desintegrador. La empuñadura de la anticuada arma se atascó en el guante, y el piloto del TIE la agarró con la otra mano, apuntando el cañón directamente a los gemelos.

—Basta de trucos Jedi —dijo con voz gélida—. Si seguís oponiendo resistencia, os ejecutaré a los dos.

Jacen y Jaina sabían que el piloto sólo necesitaba presionar el pulsador de disparo y que podía hacerlo mucho más deprisa de lo que jamás conseguirían arrancarle el arma mediante sus mentes, por lo que dejaron caer las manos a los costados y se relajaron, poniendo fin a sus esfuerzos.

Y en ese mismo momento una mezcla de zumbido y rugido se abrió paso a través del dosel que se extendía sobre sus cabezas. Era el ruido de un motor funcionando a plena potencia, y se estaba acercando rápidamente.

— ¡Es Bajie! —gritó Jacen.

El T-23 atravesó las ramas en un retumbante estallido de tallos hechos pedazos y bajó hacia el claro con la velocidad del rayo, moviéndose tan deprisa como un bantha enfurecido lanzado a la carga.

— ¿Qué está intentando hacer? —preguntó Jacen sin levantar la voz—. ¡No tiene ningún arma a bordo!

—Podría distraer al piloto —respondió Jaina—. Tal vez consiga darnos una oportunidad de escapar.

Pero el soldado imperial envuelto en su armadura permaneció inmóvil en el centro del claro, separando las piernas para conservar el equilibrio y adoptando la postura de un tirador experimentado. Después alzó sin vacilar el desintegrador hacia el deslizador que se le aproximaba.

Jaina sabía que si el haz desintegrador abría una brecha en el pequeño reactor de los repulsores, todo el vehículo estallaría..., matando a Bajocca y tal vez a todos ellos.

Bajocca siguió haciendo descender el T-23 como si pretendiera embestir al piloto del TIE. El desesperado soldado imperial apuntó el cañón de su arma hacia el núcleo motriz del T23 y presionó el pulsador de disparo.

— ¡No! —gritó Jaina, y empujó con su mente en el último instante.

Usó la Fuerza para mover el brazo del piloto del TIE e interferir con su puntería meramente en una fracción de grado. El reluciente haz desintegrador surgió del cañón con un estridente chirrido y bailoteó a lo largo del casco de los módulos de los haces repulsores. Las planchas de la estructura motriz se derritieron, dejando escapar chorros de combustible y líquido refrigerante. Un humo gris azulado surgió del casco. El sonido que producía el T-23 se convirtió en un tartamudeo enfermizo cuando los motores empezaron a fallar.

Bajie se irguió en el asiento de pilotaje y luchó para evitar que el T-23 se estrellara contra los árboles massassi. El aparato estaba seriamente averiado, y apenas podía conseguir que siguiera volando.

— ¡Vete, Bajie! —susurró Jacen—. Sal de aquí mientras todavía puedes.

— ¡Usa el eyector antes de que estalle! —gritó Jaina.

Pero Bajocca se las arregló para volver a cobrar altura, y trazó un giro alrededor de los inmensos árboles antes de volver a subir hacia el dosel de verdor. Sus motores echaban humo e iban dejando un chorro de malolientes gases de escape que arrugaban las hojas de la jungla y las volvía de color marrón.

—No llegará muy lejos —dijo el piloto imperial con voz baja y monocorde—. Ya se le puede dar por muerto.

El T-23 había dejado de ser visible, estando muy por encima de ellos entre las copas de los árboles de la jungla, pero Jaina todavía podía oír las toses del motor, que fallaba y se recuperaba un poco después mientras el maltrecho aparato se alejaba lentamente. El silencio de la selva hacía que los sonidos se transmitieran muy bien. El ruido del motor que daba energía a los haces repulsores se desvaneció en la lejanía acompañado por los cada vez más débiles carraspeos y chasquidos de los quemadores iónicos, hasta que todo acabó volviendo a quedar en silencio.

El piloto del TIE movió su pistola desintegradora. Su rostro seguía estando pétreamente impasible.

—Venid conmigo, prisioneros. Si volvéis a resistiros, moriréis.

## 12

Bajocca luchaba con el T-23, intentando controlar su errático vuelo mientras se bamboleaba de un lado a otro por entre las copas de los árboles.

Un grueso chorro de humo se iba curvando detrás del motor del repulsor de estribor, formando una columna que se alzaba hacia el cielo. Bajie corrió el riesgo de echar un rápido vistazo a su derecha para evaluar los daños. No había llamas, pero la situación ya era lo bastante seria sin ellas. Las corrientes de aire de última hora de la tarde eran muy turbulentas, y amenazaban con hacer volcar el saltacielos.

El T-23 tembló y empezó a bajar. En un momento dado rebotó contra unas cuantas ramas que arañaron los alerones inferiores y el fondo del casco de la nave como si fuesen unas uñas muy largas, pero Bajocca consiguió que el T-23 recuperase el rumbo. Era un buen piloto. Volvería a la Academia Jedi y traería ayuda sin importar lo que tuviera que hacer para ello. No sabía qué había sido de Tenel Ka, si estaba bien o si el piloto del TIE había conseguido capturarla también. Por lo que sabía, Bajocca podía ser la única esperanza de rescate de sus tres amigos.

El corazón le palpitaba a toda velocidad y el humo químico que se filtraba en la carlinga le estaba irritando los ojos. Bajocca captó un hedor acre, y notó que le empezaba a dar vueltas la cabeza.

—Amo Bajocca, mis sensores indican que cantidades significativas de humos han entrado en la carlinga —dijo Teemedós.

Bajocca soltó un gruñido de disgusto. ¿Acaso el pequeño androide creía que su agudo sentido del olfato no lo había percibido?

—Bueno, no —se apresuró a seguir diciendo Teemedós—, puede que todavía no supongan un peligro, pero si empezamos a perder velocidad la cantidad de humo disipada por el viento será cada vez menor. Las toxinas suspendidas en el aire podrían llegar a alcanzar niveles potencialmente letales... —el androide alzó ligeramente la voz para dar más énfasis a sus palabras—, incluso para un wookiee.

El aerodeslizador se estremeció y volvió a rozar unas ramas. Bajocca lo hizo subir con hosca determinación. El T-23 resultaba todavía más difícil de manejar que antes. No estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantar.

Pero tenía que conseguirlo. No podía dejar a sus amigos en peligro.

El T-23 vibró y empezó a caer. Bajocca jadeó y resopló, intentando introducir aire en sus pulmones. Como en respuesta a su esfuerzo, el motor de estribor tosió y crujió.

Y dejó de funcionar.

Bajie intentó conservar el control de la nave sumida en un oscilante descenso, empleando todas sus habilidades de piloto para lograrlo. El grueso dosel arbóreo, de aspecto engañosamente blando y suave, subió a toda velocidad hacia él y el T-23 acabó deteniéndose estrepitosamente entre una tempestad de hojas y ramas. Quedó inmóvil en las copas de los árboles como un ave herida caída en su nido, con el ala inferior derecha enterrada entre el follaje. El motor izquierdo todavía hacía ruido, pero el humo brotaba del motor averiado que había quedado debajo del casco y estaba empezando a entrar en la carlinga.

La cabeza le daba vueltas a causa del impacto, pero Bajocca sabía que tenía que salir de allí. Luchó con los cierres de su arnés, intentando abrirlos. La acre humareda le

impedía ver con claridad, y el hedor le daba náuseas. La confusión hacía que sus dedos se movieran con creciente torpeza.

Finalmente, Bajocca acabó tirando del arnés en un frenético estallido de decisión hasta que las tiras debilitadas por la colisión se rompieron. Dos hebillas quedaron sueltas entre sus manos, y Bajocca se retorció hasta que logró salir de los restos del arnés.

Mientras salía de la carlinga y se alejaba del T-23 humeante, Bajocca vio con alivio que seguía sin haber llamas. Después aspiró profundas bocanadas del húmedo aire fresco de Yavin 4. Empezó a abrirse paso por entre las copas de los árboles bajo la creciente oscuridad, y notó una punzada de dolor en la rodilla que se había golpeado contra los controles durante el choque.

Pero no disponía de tiempo para pensar en eso. Su primer intento de rescate tal vez hubiera fracasado, pero él todavía no había fracasado. Siempre había opciones. Tenía que volver a la Academia Jedi.

En su apresurado avance a través de los niveles superiores de las ramas, Bajocca no se dio cuenta de que el cierre que sujetaba a Teemedós a su cintura se rompía.

El diminuto androide cayó al suelo del bosque con un gemido inaudible.

El crepúsculo se fue volviendo más negro hasta convertirse en la oscuridad absoluta de la noche de la jungla. Enjambres de criaturas nocturnas despertaron e iniciaron la cacería, pero Bajocca siguió avanzando.

El sentido común le había obligado a viajar por debajo del dosel, descendiendo hasta un nivel en el que todas las ramas tenían la longitud y el grosor suficientes para sostenerle cuando iba transfiriendo su ágil masa de un árbol a otro. A veces, cuando empezaba a cansarse o cuando su rodilla lesionada amenazaba con ceder debajo de él, Bajocca confiaba en sus poderosos brazos, balanceándose de una rama a otra y utilizando su excelente visión nocturna wookie en las negras sombras.

Pero no se detuvo a descansar ni una sola vez. Ya podría descansar más tarde:

En aquellos momentos todos sus sentidos estaban tan agudizados como el rayo láser de un androide médico. Las almohadillas de sus pies y su potente sentido del olfato le ayudaban a evitar las zonas podridas o los musgos resbaladizos que crecían sobre las ramas de los árboles mientras caminaba. Su excelente oído podía distinguir los sonidos del viento que se movía por entre las ramas de los que producían los animales nocturnos al acecho en las alturas de la jungla, y consiguió mantenerse alejado de la mayor parte de ellos.

Bajocca no temía la oscuridad ni la selva. Las junglas de Kashyyyk encerraban peligros mucho mayores, y Bajocca se había enfrentado a ellos y había sobrevivido. Se acordó de cómo había jugado de noche en la selva con sus primos y sus amigos: carreras en lo alto de los árboles, competiciones de saltos y balanceos, osadas expediciones a las peligrosas regiones inferiores para poner a prueba el valor de cada uno, y los ritos de paso habituales que marcaban la transición a la edad adulta de un joven wookie.

Se estaba abriendo paso a través de un denso macizo de vegetación cuando una rama se enganchó en su cinturón trenzado, y Bajie lo liberó de un tirón. Sentir las hebras intrincadamente unidas debajo de sus dedos le recordó la noche en que había ganado su cinturón y su peligroso rito de paso.

Recordó...

Sintió cómo la excitación le había acelerado el pulso mientras descendía al suelo de la jungla esa noche, hacía ya tanto tiempo. Bajie sólo había bajado hasta allí en dos ocasiones anteriormente, cuando había asistido a los ritos de otros amigos como era acostumbrado hacer. Cuando los jóvenes wookies querían recolectar las largas y sedosas hebras del centro de la mortífera planta syrena, siempre buscaban la fuerza del número.

Pero Bajocca había escogido ir solo, prefiriendo enfrentarse al desafío de la voraz planta syrena con su ingenio en vez de mediante músculos tomados de prestado.

Aquella noche de Kashyyyk había sido fría y húmeda. La profusión de chillidos, trinos, gruñidos y graznidos era abrumadora. Cuando llegó a las ramas más bajas, Bajie tensó las tiras que sujetaban su mochila e inició su cacería.

Había avanzado cautelosamente de una rama a otra con todos los sentidos en estado de máxima alerta hasta que captó el atractivo aroma de una planta syrena. Siguió el rastro de aquel olor inconfundible con una seguridad instintiva, sintiendo una mezcla de expectación y temor hasta que se acuclilló sobre una rama que se extendía directamente por encima de la planta. Bajocca se inclinó hacia adelante para estudiar su presa, que era increíblemente peligrosa a pesar de que no pudiera moverse.

La enorme flor de la syrena consistía en dos relucientes pétalos ovalados de un intenso amarillo, unidos en el centro y sostenidos por un tallo moteado de color rojo sangre que tenía dos veces el grosor de la sólida rama sobre la que estaba sentado Bajocca. Desde el centro de la flor abierta brotaba un mechón de largas fibras blancas que emitían un amplio espectro de feromonas, lanzando olores que atraían a cualquier criatura que estuviera dispuesta a dejarse llamar por ellos.

La belleza de la gigantesca flor era intencionadamente engañosa, pues cualquier criatura que hubiera sido atraída lo bastante cerca para tocar la sensible carne interior del brote activaría los reflejos letales de la planta, y las mandíbulas-pétalos se cerrarían sobre la víctima e iniciarían su ciclo digestivo.

Bajocca tenía intención de coger las hebras iridiscentes de la planta del centro de la flor..., solo y sin hacer saltar la trampa.

Tradicionalmente, unos cuantos amigos lo más fuertes posible mantendrían abierta la flor mientras el joven wookiee avanzaba hasta el traicionero centro del brote, cosechaba las hebras iridiscentes de fibra delicadamente aromática y escapaba a toda velocidad después. Pero ni siquiera esa ayuda suponía una garantía. De vez en cuando los jóvenes wookies seguían perdiendo algún miembro cuando la planta carnívora se cerraba sobre un brazo o una pierna que se habían movido demasiado despacio.

Si quería realizar la tarea por sí solo, Bajie tendría que ser todavía más cuidadoso. Bajó la mochila de su peluda espalda y extrajo su contenido: una máscara facial, una cuerda muy resistente, un cable delgado y un vibro-cuchillo de hoja retráctil. Colocó la máscara sobre su boca y su nariz para que actuara como filtro y detuviera los seductores perfumes de la syrena. Sabía que las feromonas podían llegar a producir un deseo casi irresistible de quedarse más tiempo o de tocar, y no podía permitirse cometer ningún error.

Trabajando rápidamente entre los siniestros ruidos nocturnos, Bajocca había utilizado un corto trozo de cable para formar un nudo corredizo flojo, y luego había preparado un aro para que le sirviera como una especie de asiento en la cuerda más larga y gruesa. Deslizó el extremo libre de la cuerda sobre una rama directamente encima de la planta

syrena, agarró el trozo flojo en una mano y se deslizó por la rama hasta quedar fuera de ella, bajándose con sus musculosos brazos.

Bajie había descendido hasta quedar todo lo cerca que se atrevía de los pétalos que ondulaban suavemente de la hambrienta flor syrena, a un brazo de distancia de aquel mechón de fibras que parecía hacerle señas. Había agarrado el extremo de la cuerda con sus fuertes mandíbulas para mantenerse inmovilizado y tener las manos libres. Después, usando el aro de cable como si fuese un lazo para rodear el mechón de preciadas fibras, se había ido aproximando hasta estar lo bastante cerca para poder cortarlas con su vibrocuchillo. Bajie había tirado de su trofeo con un gruñido de triunfo, atrapando la masa de fibras junto a su cuerpo con un brazo peludo y metiéndolas en su mochila después.

Pero su excitación había hecho que (a cuerda se escapara de entre sus dientes. El extremo se desenroscó y quedó colgando precariamente durante unos momentos, y después rozó un lustroso pétalo de la flor mortífera que tenía debajo. Bajocca había agarrado el extremo atado de la cuerda sintiendo una oleada de pánico que le tensó las entrañas, y se había izado hacia arriba mientras las fauces de la syrena se cerraban con un chasquido. Los pétalos sólo rozaron un pie antes de unirse con un ominoso ruido líquido y una ráfaga de viento.

Bajie pensó que se había ganado hasta el último hilo de sus fibras. Consiguió la cantidad suficiente para hacerse un cinturón especial, y desde entonces siempre lo llevó puesto.

El agotamiento fue hundiendo sus garras en todos sus músculos mientras Bajocca avanzaba de un árbol massassi al siguiente, hora tras hora, durante toda la noche.

La distancia ya no encerraba ningún significado para él. Tenía que llegar a la Academia Jedi. Sólo podía oír el sonido entrecortado de su respiración. Su pierna lesionada temblaba y amenazaba con doblarse a cada paso. La fatiga le nubló la vista, y las ramitas y las hojas fueron cubriendo su pelaje. Bajocca siguió avanzando, siempre adelante, brazo-pierna, brazo-pierna, mano-pie, mano-pie...

De repente miró a su alrededor, confuso y desorientado. Había extendido el brazo hacia la rama siguiente, pero no había más ramas. Bajie alzó la cabeza y miró a través del claro — ¡el claro de la pista!—, y vio el Gran Templo, con los contornos de sus majestuosos niveles revelados por antorchas parpadeantes en la oscuridad que precedía al amanecer.

Después Bajocca nunca recordó haber bajado del árbol o haber cruzado el claro. Sólo pudo percibir la impresionante y maravillosa visión de la vieja pirámide de piedra mientras lanzaba un grito de alarma. Rugió una y otra vez hasta que un torrente de siluetas vestidas con túnicas que llevaban antorchas recién encendidas surgió del templo y bajó por los peldaños hacia él.

La noche y aquella desesperada carrera se habían cobrado su precio. El estado de entumecimiento e insensibilidad impuesto por su decisión se había ido disipando, y su rodilla se negó a sostenerle por más tiempo. Sus largas piernas cedieron bajo él y Bajocca cayó al suelo, gimiendo su mensaje.

Cuando logró rodar sobre sí mismo hasta quedar acostado encima de la espalda, un grupo de rostros preocupados llenó su campo visual. Tionne se inclinó sobre él y apartó los enredados mechones de pelaje de sus ojos.

— ¡Estábamos muy preocupados por ti, Bajocca! —dijo gravemente—. ¿Estás herido?

Bajie gimió una respuesta, pero Tionne no pareció entenderle. Se inclinó hasta quedar más cerca de él, y su cabellera plateada relució bajo la luz de las antorchas.

— ¿Estaban Jacen y Jaina contigo? ¿Y Tenel Ka? —Tionne esperó en silencio mientras Bajocca intentaba gemir otra respuesta—. ¿Ocurrió algo? —insistió—. ¿Puedes decirme dónde están?

Bajocca por fin consiguió decir que los otros estaban en la jungla y necesitaban ayuda. Las cejas de Tionne se unieron en un fruncimiento lleno de preocupación, y sus ojos color madreperla se abrieron y se cerraron.

—Lo siento, Bajocca. No puedo entender ni una palabra de lo que estás diciendo.

Bajie alargó la mano hacia su cinturón para activar a Teemedós..., pero no encontró nada. El androide traductor había desaparecido.

## 13

Tenel Ka corrió a través de la fresca penumbra de la jungla, intentando trazar un plan mientras lo hacía. Mantenía los brazos doblados delante de ella para protegerse los ojos y apartar obstáculos de su camino. Las ramas azotaban su rostro y tiraban de sus cabellos, y arañaban implacablemente sus brazos y sus piernas desnudas.

El aliento brotaba de sus labios en jadeos entrecortados, no tanto por el esfuerzo de correr —al que estaba ampliamente acostumbrada— sino por el terror de lo que acababa de experimentar. Esperaba haber tomado la decisión correcta. El pulso retumbaba en sus oídos, compitiendo con la sinfonía de ruidos extraños con que las criaturas de la jungla daban la bienvenida al anochecer. Tenel Ka buscó desesperadamente en su cerebro, pero no logró recordar ninguna técnica de relajación Jedi.

Cuando el estridente graznido de unos seres alados sonó directamente detrás de ella, Tenel Ka lanzó una mirada llena de alarma hacia atrás. Antes de que pudiera volverse de nuevo, chocó con el tronco de un árbol massassi. Retrocedió unos cuantos pasos, aturrida, y acabó dejándose caer al suelo y se llevó una mano al lado de la cara que había golpeado el tronco para examinar su herida.

«No hay sangre —pensó, como desde muy lejos—. Bien.» Notó que la carne estaba muy sensible debajo de las yemas de sus dedos, y una hinchazón que iba desde su mejilla hasta su sien. Habría morados, naturalmente, y quizá un dolor de cabeza de primera clase. Pensarlo hizo que Tenel Ka se encogiera sobre sí misma. «De primera clase...» Nadie podía verla, pero aun así la humillación le calentó las mejillas.

Tenel Ka se puso en pie y examinó su situación. La calma que acababa de reencontrar le permitió admitir que estaba totalmente extraviada. Jacen y Jaina —y a esas alturas tal vez incluso Bajocca— contaban con que volvería trayendo ayuda. Tenel Ka siempre se había enorgullecido de ser fuerte, leal y digna de confianza, y de no dejarse afectar por las emociones. Durante la fase inicial de su escapada había logrado mantenerse bastante tranquila, pero después había sucumbido al pánico. Tenel Ka expulsó de su mente todos los pensamientos referentes a su estúpida e interminable huida.

«Bueno, ahora vuelvo a ser dueña de mí misma», pensó mientras unía sus pálidos labios hasta formar una firme línea. Decidió seguir avanzando hasta encontrar un lugar más seguro en el que pasar la noche. Cuando amaneciera, intentaría orientarse y volver a la Academia Jedi.

Siguió avanzando y examinando los alrededores a la cada vez más débil claridad del día, y el nivel del suelo empezó a subir y el terreno se fue volviendo más rocoso. Los árboles ya no eran tan abundantes. Delante de ella había un gran promontorio de rugosa piedra negra, lava enfriada hacía mucho tiempo puntuada por líquenes.

Tenel Ka echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba, pero no pudo ver qué altura tenía el promontorio. La creciente oscuridad de la jungla lo engullía todo. Inició una cautelosa exploración avanzando por el lado del promontorio y encontró una interrupción en el risco de roca, un retazo de oscuridad más profunda: era una pequeña caverna. Quizá podría pasar la noche en aquel lugar cobijado y fácil de defender. La abertura no era más ancha que uno de sus brazos y sólo le llegaba hasta el hombro, lo que la obligó a encorvarse para seguir explorando. Sólo necesitaba encontrar un sitio cómodo y seguro donde descansar.



Tenel Ka se sentó sobre la fría arena que formaba el suelo de la caverna y se estremeció. Le dolían todos los músculos, pero de momento no podía hacer nada acerca de su dolor. Tenel Ka podía soportarlo tan bien como cualquier guerrera. Pero no había comido nada desde el mediodía. Hurgó en la pequeña bolsa que colgaba de su cintura y descubrió que aún quedaba una galleta de carboproteínas. En cuanto al frío, podía encender un fuego con el destellador del tamaño de un dedo que llevaba dentro de otra bolsita colgada de su cinturón.

Se puso a cuatro patas y recorrió el suelo en los alrededores de la boca de la caverna, buscando ramitas, hojas y cualquier cosa que pudiera arder. En Dathomir había acumulado una gran experiencia en las acampadas más duras y el resistir la vida al aire libre.

Pensar en el reconfortante calor de una hoguera y una suave cama de hojas le levantó un poco el ánimo. Los acontecimientos pesadillescos de la tarde empezaron a ser vistos bajo una nueva perspectiva. Tenel Ka se aseguró a sí misma que aquello era una aventura, una prueba de su voluntad y su determinación.

Recogió material combustible y unas cuantas ramas más gruesas, y empezó a preparar su hoguera contra las sombras aterciopeladas de la noche que se aproximaba. Hurgó en las bolsas de su cinturón buscando su destellador, y dejó escapar un gemido cuando se acordó de que Jaina se lo había pedido prestado aquella tarde. Tenel Ka se frotó los brazos desnudos y helados, y sopló sobre sus manos para calentarlas.

Pensó con anhelante nostalgia en el alegre calor de un fuego que crujía y chisporroteaba, y en beber cerveza caliente hapaniana sazónada con especias junto a sus padres. Una de sus raras sonrisas cruzó por los labios de Tenel Ka cuando pensó en Teneniel Djo y el príncipe Isolder. Si estuviera en casa, le bastaría con alzar una mano para hacer acudir a un sirviente de la Casa Real de Hapes, que vendría corriendo para hacer lo que le pidiese.

Tenel Ka torció el gesto. Nunca había conocido la pobreza o las privaciones, salvo por elección voluntaria. «Bueno, princesa, tú elegiste todo esto —se recordó a sí misma con salvaje apasionamiento—. Querías aprender a hacer las cosas por tus propios medios.»

Su padre, Isolder de Hapes, siempre había dicho que los dos años que pasó disfrazado de contrabandista y pirata habían hecho más a la hora de prepararle para el liderazgo que cualquier adiestramiento que pudieran proporcionar los tutores reales de Hapes. Y su madre, criada y educada en el planeta primitivo de Dathomir, estaba orgullosa de que su única hija pasara varios meses de cada año aprendiendo las costumbres del Clan de la Montaña del Cántico y llevando el atuendo de una guerrera, una práctica de la que Tenel Ka había disfrutado todavía más por lo mucho que disgustaba a su ambiciosa y astuta abuela hapaniana.

Teneniel Djo se había sentido todavía más complacida cuando su hija decidió ir a la Academia Jedi y recibir la instrucción para convertirse en una Jedi. Se había inscrito sencillamente como Tenel Ka de Dathomir, no queriendo que los otros estudiantes la trataran de una manera distinta debido a su ascendencia real.

En la Academia Jedi sólo el Maestro Skywalker —que era viejo amigo de su madre y el hombre al que más admiraba Teneniel Djo— conocía el pasado y la verdadera procedencia de Tenel Ka. Ni siquiera se lo había contado a Jacen y Jaina, los amigos más íntimos que tenía en Yavin 4.

Jacen y Jaina. Los gemelos confiaban en ella, y necesitaban su ayuda. Tenel Ka se estremeció en la caverna. Tenía que permanecer refugiada allí durante la noche, y volver a la Academia Jedi por la mañana para traer refuerzos.

Tenel Ka oyó unos débiles crujidos, chasquidos y silbidos en la oscuridad detrás de ella. Volvió la mirada hacia las sombras ondulantes, y parpadeó intentando ver mejor. ¿Se habían movido realmente las sombras? Quizá había cometido una estupidez al pasar la noche en una caverna no explorada, pero el frío y la fatiga se habían impuesto a su cautela natural. Alzó la vista y creyó poder vislumbrar unas siluetas oscuras vagamente lustrosas que se aferraban al techo, y que se movían como olas sobre un mar negro invertido.

«No seas niña», se rió a sí misma. Siempre había intentado demostrar a sus amigos lo autosuficiente y digna de confianza que era. En aquellos momentos tenía frío, estaba llena de morados y se sentía fatal. ¿Qué diría Jacen si pudiera verla? Probablemente contaría algún chiste idiota.

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Tendría que encender un fuego sin el destellador, utilizando habilidades que le habían enseñado en Dathomir.

Sus fuertes brazos necesitaron un tiempo espantosamente largo para producir la fricción suficiente haciendo girar una ramita lisa contra una rama plana. Tenel Ka acabó consiguiendo hacer surgir un ascua reluciente y un zarcillo de humo. Se apresuró a coger una hoja seca y la puso en contacto con el ascua, y después sopló. Una diminuta llama dorada lamió la hoja y fue subiendo por ella. Tenel Ka añadió otra hoja y otra más con una creciente excitación, y después añadió unas cuantas ramitas.

Una ráfaga de viento amenazó con extinguir la llama que luchaba por prender, por lo que rodeó su fuego con un diminuto cerco de tierra para protegerlo. Añadió más combustible, y las llamas que crujían y chasqueaban no tardaron en ser lo bastante grandes para calentarla y proyectar un reconfortante círculo de luz.

Tenel Ka pronto comprendió que los crujidos, roces y arañazos que había oído antes se habían vuelto más fuertes..., mucho más fuertes.

Y entonces una forma reptilesca que graznaba y chillaba se precipitó repentinamente desde el techo con sus alas coriáceas desplegadas. Dos cabezas serpentinas gemelas lanzaron dos feroces mordiscos y una cola de escorpión se agitó de un lado a otro mientras garras tan afiladas como navajas de afeitar se extendían hacia ella. Tenel Ka alzó un brazo para protegerse la cara mientras la criatura se lanzaba directamente sobre ella. Las zarpas desgarraron su brazo en el mismo instante en que Tenel Ka retrocedía de un salto hacia la pared de la caverna. Unos colmillos muy afilados abrieron un tajo en su pierna desnuda y Tenel Ka lanzó una patada en la que puso toda su fuerza, golpeando una de las dos cabezas de la criatura con su bota escamosa. A la parpadeante luz de la diminuta hoguera, Tenel Ka, horrorizada, vio cómo todo un enjambre de aquellas horrendas criaturas —cuya envergadura de la punta de un ala a otra era superior a la altura de Tenel Ka— se dejaban caer desde los rincones llenos de sombras de la caverna y se lanzaban sobre ella.

Se debatió intentando encontrar un punto de apoyo en el suelo arenoso de la caverna y pegó los pies a la pared de piedra. Tenel Ka se impulsó hacia la boca de la caverna, moviéndose sobre sus manos y sus rodillas.

Lanzó las ascuas de su fuego de una patada contra las bestias aleteantes mientras pasaba junto a él, y apenas se enteró de los trocitos de rama y hojas que le chamuscaron las piernas. Una criatura reptilesca lanzó un chillido de dolor.

Tenel Ka sonrió con sombría satisfacción y se lanzó por la abertura de la caverna, volviendo a la negrura absoluta de la noche de la jungla.

Los monstruos la siguieron.

## 14

El piloto del TIE llevó a sus cautivos a punta de pistola de vuelta al claro en el que se alzaba el pequeño y tosco refugio en el que había vivido durante algún tiempo.

—Así que por esto viniste corriendo —le dijo Jaina a su hermano—. Descubriste dónde vive.

Jacen asintió.

— ¡Silencio! —ordenó secamente el soldado imperial.

Jaina tuvo que hacer un esfuerzo para que su reseca y tensa garganta tragara saliva y recorrió con la mirada el pequeño espacio despejado bajo las cada vez más oscuras sombras del anochecer. Un arroyuelo corría junto a ellos. No podía imaginar cómo se las había arreglado el piloto del TIE para sobrevivir durante tantos años estando solo y sin tener ningún contacto humano.

El clima de Yavin 4 era cálido y acogedor, y no imponía muchas exigencias al hogar que el piloto del TIE se había creado. Había obtenido un refugio lo bastante grande a partir del tronco de un árbol massassi medio quemado, delante del que había sujetado un pequeño techo de ramas. El conjunto le proporcionaba un alojamiento sencillo pero cómodo, como una pequeña caverna. Jaina intentó imaginarse cuánto tiempo había necesitado el imperial para ampliar la zona despejada debajo del nudoso saliente de madera utilizando una herramienta afilada, posiblemente un trozo de metal de su nave estrellada.

El piloto del TIE había improvisado un sistema de fontanería con juncos huecos unidos que tomaban agua del arroyo cercano y la llevaban hasta recipientes de recogida colocados dentro de su choza. Había fabricado toscos utensilios con madera, calabazas del bosque y losas de hongos petrificados. Aquel hombre había mantenido una existencia solitaria y libre de desafíos, y se había limitado a sobrevivir y esperar nuevas órdenes con la esperanza de que alguien vendría a rescatarle..., pero nadie había venido jamás.

El soldado imperial se detuvo delante de la choza.

—Al suelo —dijo—. Venga, los dos. Poned las manos encima de la cabeza.

Jaina miró a Jacen mientras yacían sobre el estómago en el suelo del claro. No se le ocurría ninguna forma de escapar. El piloto del TIE se adentró en el espeso follaje y hurgó entre las ramas con su mano buena. Sus dedos se curvaron alrededor de unas delgadas lianas purpúreas que colgaban de unas orquídeas nebulosas de colores deslumbrantemente intensos esparcidas en las ramas por encima de su cabeza. El imperial dio un tirón y arrancó las lianas.

Los zarcillos de vegetación se retorcieron entre sus dedos como si estuvieran vivos o intentaran escapar. El piloto del TIE los usó rápidamente para atar las muñecas de Jaina, y después hizo lo mismo con las de Jacen. Las contorsiones de las plantas se fueron volviendo más lentas a medida que la savia de un violeta oscuro rezumaba de los extremos rotos, y las lianas flexibles de una consistencia gomosa se contrajeron y se apretaron formando nudos que eran imposibles de romper.

Jacen y Jaina se miraron el uno al otro y sus líquidos ojos castaños se encontraron mientras un torrente de pensamientos circulaban entre ellos sin necesidad de ser expresados mediante palabras. Pero no dijeron nada, temiendo irritar a su captor.

El lento y difícil avance a través de la húmeda jungla había hecho que acabaran acalorados y pegajosos, y Jaina todavía estaba cubierta de la suciedad acumulada durante sus reparaciones en los motores del caza TIE. El fresco anochecer de la selva fue enfriando su transpiración, y la hizo estremecer. Las manos le latían y le cosquilleaban, y las tensas lianas que se incrustaban en su carne hicieron que se sintiera todavía más incómoda y dolorida.

Durante la hora que había transcurrido desde su captura, ninguno de los gemelos había visto u oído nada que pudiera indicarles que Bajie o Tenel Ka estaban cerca. Jaina temía que les hubiera ocurrido algo, que sus dos amigos estuvieran perdidos e indefensos en algún lugar de la jungla. Pero un instante después comprendió que su situación probablemente era mucho más peligrosa que la de ellos.

El piloto del TIE les obligó a levantarse sin decir ni una palabra, y después hizo que fueran hacia los grandes peñascos de roca de lava que se alzaban cerca del pozo para las hogueras que había cavado delante de su refugio. Los tres se sentaron allí. Las sillas de piedra habían sido alisadas, y sus afilados rebordes y aristas habían ido siendo desgastadas lenta y pacientemente a lo largo de los años por el imperial perdido.

Los últimos rayos de luz color cobre procedente del inmenso planeta anaranjado Yavin desaparecieron cuando la rápida rotación de la luna cubrió la jungla con el manto de la noche. Espesas sombras se fueron acumulando a través del grueso dosel que formaban las copas de los árboles, haciendo que el suelo de la selva estuviese más oscuro que en la noche más negra de Coruscant, el resplandeciente planeta donde vivían Jacen y Jaina.

El piloto imperial fue hacia los restos medio astillados de madera seca y cubierta de musgo que había ido recogiendo lentamente con su único brazo útil y que estaban amontonados junto a su refugio. Cogió unos cuantos y fue dejando caer rama tras rama en el hoyo, acumulando la madera meticulosamente para poder encender una pequeña hoguera.

El piloto sacó un viejo y bastante maltrecho cilindro de ignición de un pequeño compartimento que guardaba dentro de su refugio y dirigió la punta hacia la hoguera. La carga ya casi estaba agotada, y el cañón plateado sólo emitió unas cuantas chispas calientes sobre el combustible; pero el piloto parecía acostumbrado a esas dificultades. Trabajó en silencio, sin una sola queja o maldición, sencillamente concentrado en la tarea de encender la hoguera. Cuando lo hubo conseguido, no mostró satisfacción ni alegría.

Una vez que la hoguera por fin estuvo llameando, el piloto del TIE volvió a meterse en su choza, hurgó dentro de un cesto confeccionado con lianas y volvió con un gran fruto esférico que tenía una fea piel amarronada recubierta de verrugas. Jaina no lo reconoció. No se parecía a ninguno de los que comían en la Academia Jedi.

El piloto lo sostuvo con el guantelete de su mano lesionada y usó una piedra afilada para rajar la piel, y después la fue pelando con los dedos. La carne del interior era de un pálido verde amarillento puntuado por motitas color escarlata. El piloto rompió el fruto en varias partes, fue hasta los dos cautivos y sostuvo uno de los trozos delante del rostro de Jaina.

—Come.

Jaina apretó los labios durante un momento, temiendo que el soldado imperial pudiese estar tratando de envenenarla. Después comprendió que el piloto del TIE podía

haber matado a cualquiera de los dos en cualquier momento..., y también se dio cuenta de que estaba extremadamente hambrienta y sedienta.

Se inclinó hacia adelante, con las manos todavía atadas por las lianas secas, y abrió la boca para dar un mordisco al fruto multicolor. La explosión de jugo con sabor cítrico demostró ser sorprendentemente vigorizante y deliciosa. Jaina masticó lentamente, paladeando aquel sabor, y tragó.

Jacen también comió el trozo que le fue ofrecido. Los dos agradecieron al piloto del TIE el que les hubiera dado de comer con un asentimiento de cabeza, al que el imperial respondió lanzándoles una mirada pétrea.

— ¿Qué va a hacer con nosotros, señor? —preguntó Jacen, percibiendo una posibilidad de averiguar algo más sobre su situación.

Intentó restregarse el mentón con el hombro para limpiar el jugo que goteaba de sus labios.

El piloto del TIE siguió contemplándole en un silencio inquietante durante unos momentos más antes de acabar volviendo la cara hacia los arbustos.

—Todavía no está decidido —dijo por fin.

Jaina sintió una repentina opresión en los músculos del pecho. Todo aquello había sido un accidente, un error. El piloto del TIE probablemente estaba oculto entre los frondosos arbustos, y había visto cómo trabajaban durante días en su nave estrellada. Pero el descubrimiento accidental de su primitivo refugio por Jacen le había obligado a reaccionar.

¿Qué podía hacer el soldado imperial con ellos? No parecía tener muchas opciones.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Jaina.

El piloto del TIE se irguió bruscamente y bajó la mirada hacia el guante de cuero negro que cubría su brazo retorcido. Después se volvió lentamente hacia ella, como un androide que tuviera los servomotores gastados.

—CE3K-1977.

Recitó los números como si se los hubiese aprendido de memoria. Se había limitado a darles su rango y su número de servicio operacional.

—No me refería a tu número, sino a tu nombre —insistió Jaina—. Yo me llamo Jaina. Éste es mi hermano Jacen.

—CE3K-1977 —repitió el piloto del TIE sin ninguna emoción.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Jaina por tercera vez.

Su pregunta por fin pareció producir un efecto sobre el piloto, y le dejó perplejo. Clavó la vista en el suelo y contempló su uniforme hecho jirones. Su boca se abrió y se cerró varias veces, pero ningún sonido surgió de ella hasta que acabó logrando hablar con una voz que parecía un graznido.

—Qorl... Qorl. Me llamaba Qorl.

—Nosotros vivimos en la Academia Jedi de los antiguos templos —dijo Jacen.

Sus labios se habían curvado en una débil sonrisa, la misma que siempre acababa desarmando a su madre cuando se había enfadado con él. Pero la sonrisa no parecía estar dando ningún resultado con el piloto del TIE.

—La base rebelde —dijo Qorl.

—No, ahora es una escuela —replicó Jaina—. Todos los que están allí han ido a aprender. Ya no es una base. No ha sido una base desde hace... veinte años o más.

—Es una base rebelde —insistió Qorl en un tono tan seco y decidido que Jaina decidió que sería mejor no seguir hablando del tema.

— ¿Cómo llegaste aquí? —preguntó, intentando encontrar una postura más cómoda sobre la lisura reluciente de la roca. La hoguera crujía y chisporroteaba entre ellos—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la jungla?

Las tensas lianas que le cortaban la circulación estaban haciendo que sus manos se entumecieran. Jaina flexionó los dedos mientras se inclinaba hacia el fuego. La madera de la jungla impregnaba el humo de la hoguera con un agradable aroma.

El piloto del TIE abrió y cerró sus pálidos ojos y clavó la mirada en las llamas. Parecía como si hubiera sido transportado hacia atrás en el tiempo y estuviera contemplando una grabación de sus propios recuerdos enterrados.

—La Estrella de la Muerte... —dijo—. Estaba en la Estrella de la Muerte. Vinimos aquí para destruir la base rebelde después de que el Gran Moff Tarkin destruyera Alderaan. Era nuestro siguiente objetivo.

Jaina sintió una punzada de dolor al acordarse de su madre hablando del hermoso planeta cubierto de hierba de Alderaan, las apacibles canciones de los vientos y las enormes torres que se alzaban por encima de las llanuras. El hogar de la princesa Leia había sido el corazón de la cultura y la civilización galácticas..., hasta que fue barrido de un solo golpe por la increíble crueldad del Imperio.

—Debemos aniquilar a los rebeldes a cualquier precio —siguió diciendo Qorl—. Los rebeldes causan daños al Imperio.

Después recitó una letanía de lo que parecían frases aprendidas de memoria, pensamientos que le habían sido inculcados mediante el lavado de cerebro.

—El Nuevo Orden del Emperador salvará a la galaxia. Los rebeldes quieren destruir ese sueño, y por lo tanto debemos erradicar a los rebeldes. Son un cáncer para la paz y la estabilidad.

—Estabas a bordo de la Estrella de la Muerte —le recordó Jacen—. De eso ya hace más de veinte años. ¿Qué ocurrió?

Qorl siguió con la mirada clavada en el fuego. Su voz enronquecida apenas llegaba a ser un susurro.

—Los rebeldes sabían que veníamos. Lucharon. Enviaron sus defensas contra la estación de combate. Todos los escuadrones TIE fueron lanzados al espacio.

»Volé con mi escuadrón. Todos mis compañeros fueron destruidos por el fuego defensivo de los cazas X. El fuego cruzado hizo que sufriese averías, y un panel solar quedó fuera de servicio. Perdí el control y mi nave empezó a dar tumbos, y se fue alejando de la Estrella de la Muerte.

»Tenía que volver para efectuar reparaciones. Todos los canales de comunicaciones estaban saturados, llenos de docenas de peticiones de ayuda. Mi órbita se iba reduciendo cada vez más, y caí hacia la cuarta luna de Yavin. Seguí intentando hablar con alguien por los canales de comunicaciones. Cuando por fin lo conseguí, me dijeron que tendría que esperar a ser rescatado. Me dieron instrucciones de hacer un descenso forzoso si podía..., y de esperar.

—Así que te estrellaste —dijo jaina.

—La jungla amortiguó el impacto. Fui arrojado fuera de mi nave y caí entre la espesura..., cuando un panel solar quedó atascado entre los árboles. Fui cojeando hasta mi caza TIE. Permanecí todo lo cerca de él que me atreví, temiendo que pudiera estallar. Mi brazo... —Alzó el brazo izquierdo envuelto en el guantelete de cuero negro —. Una lesión grave. Ligamentos desgarrados, huesos rotos.

»Levanté la mirada hacia el cielo con el tiempo justo de ver estallar la Estrella de la Muerte. Fue como si hubiera otro sol en el cielo. Restos envueltos en llamas cayeron por todas partes. Debió de provocar docenas de incendios en la jungla. Durante semanas, las lluvias de meteoros fueron como fuegos artificiales mientras los restos seguían cayendo sobre la luna.

»Y he seguido aquí desde entonces.

La luz de la hoguera bañaba el rostro de Qorl con una bailoteante claridad amarilla. Los sonidos de la jungla se agitaban a su alrededor con un zumbido hipnótico. El piloto del TIE no dio ninguna señal de ser consciente de que sus dos cautivos le estaban escuchando. Sólo sus labios se movieron cuando prosiguió su historia.

—He esperado aquí tal como se me ordenó. Nadie ha venido a rescatarme.

— ¡Pero todos esos años! —exclamó Jaina—. Este lugar ha estado abandonado durante algún tiempo, pero ya hace once años que hay gente en la Academia Jedi. ¿Por qué no te has entregado? ¿No sabes qué ha ocurrido en la galaxia desde que te estrellaste?

— ¡Rendirse es traición! —replicó secamente Qorl, fulminándola con la mirada mientras la ira ardía en su rostro curtido por la intemperie.

—Pero no te estamos mintiendo —dijo Jacen—. La guerra acabó. El Imperio ya no existe. —Respiró hondo, y siguió hablando a toda velocidad—. Darth Vader ha muerto. El Emperador ha muerto. La Nueva República gobierna la galaxia. Sólo quedan unos cuantos restos de viejos reductos imperiales enterrados en los Sistemas del Núcleo del centro de la galaxia.

—No te creo —dijo Qorl con voz átona.

—Si nos llevas a la Academia Jedi, podremos demostrártelo. Podemos enseñártelo todo —dijo Jaina—. ¿No te gustaría volver a casa? ¿No te gustaría poder salir de este lugar? Podríamos conseguir algún tratamiento para tu brazo.

Qorl alzó su guantelete y lo contempló.

—Utilicé mi equipo médico de emergencia —dijo—. Lo curé lo mejor que pude. Ahora está bastante bien, aunque me dolió mucho... durante mucho tiempo.

— ¡Pero tenemos Jedi con poderes curativos! —exclamó Jaina—. Tenemos androides médicos. Podrías volver a ser feliz. ¿Por qué quedarse aquí? No hay nada que traicionar. El Imperio ya no existe.

—Silencio —dijo Qorl—. El Imperio siempre gobernará. El Emperador es invencible.

—El Emperador está muerto —dijo Jacen.

—El Imperio nunca puede morir —insistió Qorl.

—Pero si no nos dejas llevarte a la Academia Jedi para obtener ayuda, ¿qué quieres entonces? —preguntó Jaina.

Jacen asintió.



— ¿Qué estás intentando conseguir?

— ¿Qué podemos hacer por ti, Qorl?

El piloto del TIE apartó la vista de la hoguera y les miró. Su rostro arrugado y marcado por la vida al aire libre contenía un nuevo poder y una nueva obsesión que acababan de surgir de las profundidades de su mente.

—Terminaréis las reparaciones de mi nave —dijo—, y después me iré de esta luna que se ha convertido en mi prisión. Volveré al Imperio como un glorioso héroe de guerra. Rendirse es traición..., y yo nunca me he rendido.

— ¿Y qué pasará si no te ayudamos? —preguntó Jacen en el tono más osado y desafiante de que fue capaz.

Jaina enseguida sintió el deseo de darle una patada por provocar al piloto del TIE.

Qorl contempló al muchacho. Su rostro volvía a estar gélidamente inexpresivo.

—Entonces no me servís de nada y tendré que eliminaros —dijo.

## 15

Teemedós necesitó varios momentos para recalibrar sus sensores después de haberse desprendido del cinturón de fibras de Bajocca. Había caído, rebotando y saltando de un lado a otro a través del dosel arbóreo hasta que acabó encontrándose sobre un grueso colchón de lianas y hojas que unían las ramas más bajas.

— ¡Vuelva, amo Bajocca! —gritó, amplificando su voz y poniendo los circuitos vocales al nivel de volumen máximo—. ¡No me deje! Oh, cielos. Sabía que no era una buena idea.

Ajustó sus sensores ópticos para poder ver mejor en la tenue luz de los niveles inferiores. Estaba rodeado por matorrales muy espesos que eran casi inaccesibles para cualquier criatura del tamaño de un joven wookiee.

— ¡Socorro! ¡Ayuda! —volvió a gritar Teemedós.

Decidió que obtendría la mayor efectividad si continuaba gritando a intervalos de cuarenta y cinco segundos, porque calculó que ésa era la cantidad de tiempo mínima necesaria para que cualquiera que se encontrase en los alrededores llegara a estar lo bastante cerca para poder oírle.

Incapaz de moverse y de explorar su situación, Teemedós supuso que seguía estando a unos veinte metros por encima del suelo. Esperaba que ninguna ligera agitación de las ramas hiciera que se desprendiese y volviera a caer. Si se precipitaba al suelo desde una distancia tan grande, podía chocar con una de las protuberancias de roca de lava y acabar con su chasis abierto a causa del impacto. Si sus circuitos quedaban esparcidos sobre el suelo de la jungla, nadie podría volver a montarle correctamente. El pensarlo bastó para que todos sus sistemas empezaran a zumbar.

Habían transcurrido cuarenta y cinco segundos. Teemedós volvió a pedir ayuda a gritos y aguardó. Gritó repetidamente durante la hora y once minutos siguientes, esperando con todas sus fuerzas atraer alguna clase de atención y conseguir que alguien viniera a rescatarle.

Pero cuando por fin atrajo una presencia curiosa y decidida a investigar, Teemedós deseó haber mantenido desconectados sus circuitos vocales.

Una gran manada de salamandras peludas que no paraban de parlotear avanzó por el dosel inferior de la selva, removiendo las hojas y rompiendo ramitas en su frenético paso. Las criaturas arbóreas eran tan ruidosas como ágiles, y podían ir de las ramas delgadas a las gruesas y volver a las delgadas sin perder el equilibrio. Parecían estar compitiendo entre ellas para ver cuál podía aullar más fuerte y parlotear más alto en el silencio de la jungla mientras iba oscureciendo.

Y a pesar de todo el jaleo que armaban, consiguieron oír los gritos pidiendo ayuda que lanzaba Teemedós.

Gracias a su limitada base de datos sobre Yavin 4, Teemedós sabía que las salamandras peludas eran unas criaturas sociales y muy curiosas. Ya le habían oído, y empezaron a buscar. Unos momentos bastaron para que la aguda vista de sus pupilas verticales les permitiera localizar la reluciente forma del androide traductor entre las sombras de la jungla. La manada de animales de pelaje multicolor se lanzó sobre él.

— ¡Oh, no! —gritó Teemedós—. Vosotras no... Oh, por favor... Esperaba ser rescatado por algún otro.

Las salamandras peludas se acercaron un poco más, agitando las ramas y removiendo las hojas. La sospecha y el deleite erizaron su pelaje púrpura moteado de manchitas.

— ¡Largo! ¡Fuera de aquí! —gritó Teemedós.

Las salamandras peludas celebraron su descubrimiento con un estridente coro de chillidos. Un macho de gran tamaño sacó a Teemedós de entre las lianas donde había ido a parar.

—Bájame —dijo Teemedós—. Insisto en que me sueltes inmediatamente.

El macho arrojó a Teemedós a su compañera, que pilló al androide traductor al vuelo y empezó a darle vueltas en todas direcciones tocando los círculos relucientes. La hembra metió un dedo manchado de barro en el círculo dorado de los sensores ópticos de Teemedós.

—Eso es mi ojo... ¡Aparta tu dedo de ahí! Oh, si tuviera cabeza ahora estaría cabeza abajo... Vamos, ponme bien... ¡Bájame!

La hembra le sacudió para averiguar si Teemedós podía emitir otros ruidos. Cuando fue hasta una gruesa rama y se dispuso a golpearla con él, como si quisiera abrir un gran fruto, Teemedós activó sus sirenas de alarma automáticas, chillando y aullando a tal volumen y en un tono tan agudo que la hembra lo dejó caer. Rebotó en otra rama llena de hojas, y acabó precariamente inmóvil.

— ¡Socorro! —gimió Teemedós.

Una de las salamandras peludas más pequeñas corrió hacia Teemedós para hacerse con él. La joven salamandra peluda huyó a toda velocidad por las ramas inferiores, parloteando sin parar y lanzando ruidosos chillidos de deleite, sosteniendo su tesoro en alto mientras Teemedós seguía pidiendo ayuda a gritos. Los otros jóvenes de la manada se apresuraron a perseguirla, reclamando ruidosamente el tesoro.

Teemedós, en un estado de pánico tan grande que no podía soportarlo sin sobrecargar sus circuitos, se desconectó para no tener que ver lo que estaba a punto de sucederle.

Volvió a activarse más avanzada la noche para descubrir que no podía ver nada. Sus sensores ópticos estaban cubiertos por un grueso pelaje.

Detectó un suave movimiento: una respiración, ronquidos. Después la joven salamandra peluda se removió en sueños. Cambió de postura, permitiendo que Teemedós descubriera que la pequeña criatura estaba dormida en el hueco de la rama de un árbol, estrechando con plácida satisfacción su nuevo juguete contra su pecho peludo.

A su alrededor, los otros miembros de la familia del gran grupo arbóreo suspiraban y dormitaban, descansando apaciblemente. Teemedós sintió el impulso de volver a gritar pidiendo ayuda, pues todavía esperaba que alguien pudiera venir a rescatarlo.

Pero todas las ruidosas salamandras peludas estaban dormidas, y Teemedós decidió que aquel momento de paz era demasiado valioso para malgastarlo. Se quedó callado, y se consoló con la esperanza de que el día siguiente le trajera algo mejor.

## 16

El amanecer llegó, veloz y cálido, cuando el lejano sol blanco subió alrededor de la bola erizada de protuberancias gaseosas que era Yavin. Las criaturas de la jungla despertaron y se agitaron. El aire se calentó rápidamente, y se fue cargando con la humedad que brotaba de las hondonadas donde la niebla se había ido acumulando durante la noche.

Jacen y Jaina habían dormido bastante mal, las manos todavía atadas por las resistentes lianas purpúreas. Jacen deseó fervientemente haber dedicado más tiempo a practicar los ejercicios en que la Fuerza era utilizada para manipulaciones delicadas y precisas. No poseía la habilidad ni la exactitud necesarias para empujar las delgadas lianas y deshacer los nudos con su mente.

Qorl salió de su árbol-refugio apenas hubo luz suficiente para trabajar y despertó a los gemelos con una sacudida. Dio unos cuantos sorbos de agua fresca a cada uno de una calabaza hueca que sumergió en el arroyo, y después utilizó un largo cuchillo de piedra para cortar las lianas que les ataban las muñecas.

Jacen flexionó los dedos y sacudió las manos. El regreso de la circulación llenó sus nervios de cosquilleos y aguijonazos.

El soldado imperial les apuntó con el desintegrador y lo movió para indicarles que debían empezar a caminar.

—Volvemos al caza TIE —ordenó—. A trabajar.

Jacen y Jaina avanzaron a través de la jungla, tropezando y tambaleándose por entre las lianas y arbustos con el piloto del TIE siguiéndoles. Llegaron al sitio en el que se había estrellado la nave, donde yacía reluciendo, ya libre de vegetación y restos, bajo la primera luz de la mañana. Jacen vio las zonas quemadas allí donde Qorl había disparado su desintegrador contra Tenel Ka y Bajie, y sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—Sé que casi habíais terminado las reparaciones —dijo el piloto del TIE—. Llevo días observándoos. Hoy las acabaréis.

Jaina abrió y cerró sus ojos castaños y le miró frunciendo el ceño.

—No podemos trabajar tan deprisa, especialmente siendo sólo nosotros dos —replicó—. Esta nave lleva veinte años aquí. No hemos acabado de quitar los restos de las tomas sublumínicas. Hay que volver a cablear todos los convertidores de energía.

Jacen estaba observando a su hermana, y supo que mentía.

—Aún hay que instalar varios ciberfusibles —siguió diciendo Jaina—. El sistema de circulación del aire está atascado, y hay que...

Qorl alzó el desintegrador, pero cuando volvió a hablar su voz sonó tan impasible como antes.

—Hoy —repitió—. Acabaréis hoy.

— ¡Oh, por todos los rayos desintegradores! Creo que habla en serio, Jaina —murmuró Jacen—. Bien, enséñame qué puedo hacer para ayudar.

Jaina suspiró.

—De acuerdo. Coge la caja de herramientas con la que tropezaste ayer, y trae la llave hidráulica. Yo utilizaré mi multiherramienta para terminar unas cuantas calibraciones en los motores.

Qorl se sentó sobre un peñasco recubierto de líquen y utilizó su mano buena para quitarse de encima los insectos que enseguida empezaron a arrastrarse por sus piernas. El soldado imperial esperó como un androide centinela, viendo cómo trabajaban sin hacer ningún movimiento. Jacen intentó ignorarle..., y también al desintegrador.

Enjambres de insectos iban y venían sobre el rostro de Jacen, atraídos por el sudor que empapaba su despeinada cabellera. Fue pasando herramientas a su hermana, intentando encontrar los componentes y el equipo que Jaina necesitaba mientras ella se arrastraba y hurgaba dentro del compartimento motriz del caza TIE.

Podía percibir la creciente ira y frustración de Jaina. No se le ocurría ningún plan. Jacen supuso que podían limitarse a sabotear las reparaciones de la nave, desde luego, pero entonces Qorl se daría cuenta de lo que habían hecho casi inmediatamente y se lo haría pagar muy caro. No podían correr ese riesgo.

Jacen deseó que su hermana no se hubiera dejado dominar por la excitación y no hubiese instalado el nuevo hiperimpulsor que le había traído su padre. Deseó que no hubieran trabajado tan duro y no hubiesen hecho tantos progresos. Ya casi era demasiado tarde.

Jacen se pasó una mano por la frente y parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. Su estómago gruñó. Se volvió hacia el piloto del TIE, que seguía sentado sobre la roca y continuaba apuntándole con el cañón del desintegrador. La amenaza estaba empezando a resultar molesta.

— ¿Podríamos beber un poco de agua y comer algo de fruta, Qorl? —preguntó, utilizando deliberadamente el verdadero nombre de su captor—. Tenemos hambre. Trabajaremos mejor si no estamos hambrientos.

Qorl asintió con una leve inclinación de cabeza y empezó a levantarse. Pero un instante después se quedó inmóvil, vaciló y acabó volviendo a su rígida postura anterior.

—Comida y agua cuando hayáis terminado con las reparaciones —dijo.

— ¿Qué? —exclamó Jacen, consternado—. Pero podríamos tardar todo el día.

—Entonces pasaréis hambre y sed —dijo Qorl. El piloto del TIE parecía un poco nervioso e impaciente—. Estáis perdiendo el tiempo. Seguid.

Jacen comprendió que a Qorl tal vez le preocupaba que Tenel Ka o Bajie hubieran conseguido volver a la Academia Jedi y trajeran ayuda. Estaban separados del Gran Templo por una larga distancia a través de una jungla traicionera, pero siempre existía una posibilidad.

Jaina acabó de ajustar el regulador de un sistema de refrigeración. Hizo girar un dial y una fría ráfaga de vapor superrefrigerado salió disparada hacia arriba con un chillido estridente, creando plumas de escarcha sobre la superficie metálica. Jaina retrocedió y se restregó la mejilla con una mano ennegrecida, dejando una mancha oscura debajo de sus líquidos ojos marrones.

— ¿A quién irás a ver cuando vuelvas, Qorl? —preguntó.

—Me presentaré a mis superiores —dijo Qorl.

— ¿Irás a casa? ¿Tienes una familia?

—El Imperio es mi familia.

Su respuesta fue rápida, casi automática.

—Pero ¿tienes una familia que te quiera? —preguntó Jaina.

Qorl titubeó durante una fracción de segundo, y después movió el desintegrador en un gesto amenazador.

—Volved al trabajo.

Jaina suspiró e indicó a su hermano que la ayudara con un movimiento de la mano.

—Ven, Jacen. Coge esos últimos paquetes de sellador para superficies metálicas —dijo—. Tenemos que reforzar los puntos derretidos en el casco exterior.

Señaló tres pequeños círculos donde el metal se había fundido y vaporizado en las planchas del TIE, unos daños que el mismo Qorl había causado el día anterior al disparar su desintegrador contra los gemelos.

Jaina golpeó las planchas abolladas con un martillo acolchado hasta devolverles su forma original. Jacen hurgó en la caja de herramientas hasta que encontró un paquete de sellador metálico animado. La pasta especial se arrastraría a través de la zona dañada, se alisaría a sí misma y luego la sellaría, estableciendo una unión todavía más fuerte que la de la aleación original del casco. Jacen aplicó un paquete del material de remiendo y escuchó cómo siseaba y hervía mientras iba cubriendo el punto quemado. Jaina reparó el segundo punto.

La tercera área de metal derretido se encontraba en la parte superior del compartimento de carga, cerca de la burbuja de transpariacero abierta que protegía la carlinga. Jacen cogió el último paquete y trepó hasta lo alto de la pequeña nave. Rompió el cierre, aplicó el material y esperó a que el sellador animado hiciera su trabajo.

Mientras contemplaba cómo la sustancia viscosa terminaba las reparaciones, Jacen oyó un agitarse de pequeñas criaturas a su alrededor. Percibió la proximidad de alguna forma de vida, y cuando bajó la mirada hacia el compartimento de carga vio un fugaz destello de movimiento casi transparente y apenas detectable. El corazón le dio un vuelco. Se inclinó, metiendo el cuerpo dentro del caza TIE, y lo agarró. Jacen empezó a sentirse lleno de una nueva esperanza.

— ¡Sal de ahí, chico! —gritó Qorl—. Vuelve donde pueda verte.

Jacen salió del compartimento, jadeando y con el corazón latiéndole a toda velocidad. Retrocedió apartándose de la carlinga y saltó al suelo, manteniendo las manos a la vista en todo momento.

Jaina se inclinó sobre él y le habló en susurros con los ojos llenos de preocupación.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Qué encontraste ahí dentro?

Jacen le sonrió y después volvió a adoptar su expresión anterior antes de que Qorl pudiera darse cuenta.

—Algo que podría salvarnos a todos.

—Basta de charla —dijo secamente Qorl—. Daos prisa.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos —replicó Jaina.

—No es suficiente —dijo el piloto—. ¿Necesitáis algún estímulo? Si no sois capaces de completar las reparaciones más deprisa, dispararé contra tu hermano. Después podrás terminar las reparaciones tú sola.

Jacen y Jaina se volvieron hacia él y le contemplaron con horror y perplejidad.

—Tú nunca harías eso, Qorl —logró decir Jaina por fin.

—Fui adiestrado por el Imperio —replicó Qorl—. Haré lo que sea necesario.

Jacen tragó saliva. Sabía que el piloto del TIE estaba diciendo la verdad.

—Sí, apuesto a que lo harías —dijo.

Jaina se levantó con un suspiro y una mueca de disgusto y arrojó la llave hidráulica sobre una pila de herramientas amontonadas en el suelo de la jungla. Se pasó las manos por los muslos, limpiándose la suciedad con las perneras de su mono.

—Da igual —dijo—. Ya está terminado. Hemos hecho cuanto podemos. El caza TIE está listo para volver a volar.

## 17

Bajocca estaba lanzando gritos de confusión y alarma dentro del templo iluminado con antorchas que albergaba la Academia Jedi. Agitaba sus largos y peludos brazos de un lado a otro para subrayar la urgencia de la situación. No sabía cómo conseguir que le entendieran, y sólo sabía que tenía que advertirles de la presencia del caza TIE y obtener ayuda para Jacen, Jaina y Tenel Ka.

Tionne y los otros estudiantes Jedi agrupados a su alrededor se estaban poniendo cada vez más nerviosos. Ninguno de ellos podía hablar el lenguaje de los wookies.

—No podemos entenderte, Bajocca —dijo Tionne—. ¿Dónde está tu androide traductor?

Bajie volvió a palmearse la cadera y dejó escapar un sonido lleno de consternación. Nunca había imaginado que le trastornaría tanto no tener al parlanchín androide junto a él.

— ¿Dónde están Jacen, Jaina y Tenel Ka? —preguntó Tionne—. ¿Se encuentran bien?

Bajocca volvió a lanzar un rugido y señaló la jungla, intentando explicarlo todo.

— ¿Hubo algún accidente? ¿Están heridos? —preguntó Tionne.

Sus ojos color madreperla estaban muy abiertos y su cabellera plateada ondulaba a su alrededor como si estuviese viva. Sus largas y delicadas manos agarraron el peludo brazo de Bajocca.

Cuando cantaba baladas Jedi a los estudiantes congregados en la gran sala de audiencias su voz había sonado sedosa y llena de calma, pero en aquel momento sus palabras tenían un duro matiz cristalino y estaban impregnadas por la decisión irresistible de un auténtico Caballero Jedi.

Bajocca intentó pensar cómo explicárselo, pero su creciente frustración hacía que le resultara cada vez más difícil. No disponía de palabras que pudieran comprender. Sí, podía señalar la jungla, pero ¿cómo describir un caza TIE estrellado, un piloto imperial que había sobrevivido a la colisión y que los gemelos eran rehenes suyos?

Los jóvenes Caballeros Jedi habían mantenido su proyecto completamente en secreto mientras estaban haciendo reparaciones en la nave estrellada. Jaina había querido que el caza reparado y mejorado fuese una sorpresa que pudiera enseñar a los otros estudiantes, pero el haberlo mantenido en secreto estaba trabajando contra ellos. Nadie podía adivinar de qué estaba hablando Bajocca, y nadie conocía la existencia de la nave estrellada.

Tampoco sabía qué había sido de Tenel Ka. ¿Había muerto, o se las había arreglado para escapar? ¿Estaría perdida en la jungla, siendo acechada por depredadores en aquel mismo instante? Bajocca dejó escapar un gemido lleno de abatimiento y preocupación.

Incapaz de seguir conteniéndose por más tiempo, Bajie les soltó toda la historia en una ruidosa serie de gruñidos y rugidos wookie. Todos los que le rodeaban se fueron alterando cada vez más, incapaces de descifrar ni una palabra de lo que estaba diciendo. La frustración acabó imponiéndose, y Bajie golpeó una pared de piedra con los puños y pasó junto a Tionne y los otros estudiantes Jedi para internarse en las frías sombras del Gran Templo.



— ¿Adonde vas, Bajocca? —gritó Tionne.

Pero el joven wookie no le respondió.

Bajie seguía estando cansado, pero los otros no pudieron alcanzarle. Sus largas y musculosas piernas le llevaron por los serpenteantes pasillos de la vieja ruina de piedra, desplazándole con sólo una casi imperceptible cojera. Llegó sin aliento a la sala que había sido el viejo centro de mando cuando el templo servía como base rebelde. Luke Skywalker lo había conservado tal como estaba para mantenerse en contacto con el resto de la Nueva República.

Bajocca sabía que su tío Chewbacca seguía en el sistema de Yavin, cerca del gigante gaseoso anaranjado en el que Lando Calrissian había instalado su explotación minera orbital para buscar gemas corusca. Si consiguiera establecer contacto con el *Halcón Milenario* y hablar con su tío, él podría explicárselo todo directamente. Chewbacca —junto con Han Solo, el padre de Jacen y Jaina— sabría qué había que hacer.

Bajie se dejó caer en un asiento delante de una consola y soltó un suspiro de alivio. El centro de mando estaba lleno de las únicas cosas que le parecían familiares en aquel momento dentro de la Academia Jedi: equipo electrónico y ordenadores. Bajocca sabía con toda exactitud cómo comunicarse mediante ellos.

Manejó los controles con veloz decisión, pulsando los botones adecuados con sus dedos terminados en garras. Cuando Tionne y los demás lograron alcanzarle y entrar en el Centro de Comunicaciones, Bajocca ya había establecido un canal de comunicación con el *Halcón Milenario*.

Tionne comprendió inmediatamente lo que estaba haciendo y asintió.

— ¡Buena idea, Bajocca! —exclamó, y esperó junto al joven wookie mientras un Han Solo que parecía muy adormilado respondía a la llamada.

—Sí, aquí Solo... ¿Quién llama? ¿Luke? ¿Es la Academia Jedi?

Bajocca soltó un balido wookie en el micrófono, esperando que el piloto humano pudiera entenderle.

Tionne se inclinó sobre Bajocca antes de que pudiera seguir, y habló por el receptor vocal.

—Ha ocurrido algo, general Solo. Los gemelos y Tenel Ka han desaparecido, y Bajocca está intentando contarnos lo que ha sucedido. Pero no consigue hacer que le entendamos. Ha perdido su androide traductor.

Chewbacca entró en el canal de comunicaciones con un rugido de sorpresa. Bajie, muy excitado, volvió a explicarlo todo lo más deprisa que pudo en el lenguaje wookie. Chewbacca soltó un rugido de ira, y Han volvió a hablar.

—Calma, viejo amigo... He oído la mayor parte, pero algunos de los detalles quizá se me hayan escapado. ¿Era algo sobre un caza TIE estrellado y un soldado imperial que los ha tomado como rehenes?

Los dos wookies emitieron ruidosos asentimientos.

—De acuerdo, no os mováis de ahí. ¡Vamos de camino! —dijo Han—. Podemos desconectar la nave de la estación de Lando en unos segundos, y de todas maneras ya nos estábamos preparando para salir de aquí. El *Halcón Milenario* estará allí dentro de unas dos horas..., creo que a mediados de la mañana local. ¡Mantened la calma, y preparaos para ayudarme a luchar para recuperar a los chicos!

Bajie y Chewbacca lanzaron un nuevo rugido de asentimiento. Tionne contempló al joven wookiee con el rostro lleno de asombro.

— ¡Un caza TIE! ¿Imperiales aquí? Deprisa, hemos de hacer que todo el mundo se prepare por si atacan.

El *Halcón Milenario* atravesó el intenso azul de la atmósfera con un cegador destello blanco surgiendo de sus motores sublumínicos traseros y se dirigió hacia las antiguas estructuras massassi. Bajie estaba en la pista de descenso delante del Gran Templo, ardiendo en deseos de ver a su tío. El joven wookiee recibió a la nave agitando sus peludos brazos mientras se aproximaba.

La claridad del amanecer se iba volviendo más cálida a cada minuto que pasaba. Las dos horas que el *Halcón Milenario* había necesitado para partir de Yavin, el gigante gaseoso, y llegar a la luna de las junglas le habían parecido las más largas de toda su vida a Bajie.

Bajie retrocedió hacia la sombra del templo mientras el *Halcón Milenario* se posaba en el suelo mediante varias ráfagas de sus haces repulsores acompañadas por estridentes silbidos. Las planchas acolchadas de los soportes de descenso entraron en contacto con el suelo y se estabilizaron, y un instante después la rampa surgió del casco como una boca que se abre.

Chewbacca bajó a grandes saltos por ella, agachando su peluda cabeza para no chocar con el techo, y fue hacia el templo. Bajie fue corriendo a recibirle a medio camino, cojeando ligeramente. Han Solo también bajó corriendo por la rampa y se reunió con ellos, el desintegrador ya desenfundado en la mano.

— ¿Estáis listos para rescatar a los chicos? ¡Bien, vamos! —gritó Han. Tionne y unos cuantos estudiantes Jedi salieron corriendo del templo. Han miró a su alrededor—. ¿Dónde está Luke? ¿Todavía no ha vuelto?

—El Maestro Skywalker no está aquí —dijo Tionne—. Tendremos que defendernos con nuestros propios recursos.

—Nos ocuparemos de eso —dijo Han—. Lando nos ha proporcionado un poco de armamento extra, y todas nuestras baterías de cañones láser están cargadas. ¿Puedes enseñarnos dónde los tienen prisioneros, Bajie?

Bajocca se apresuró a asentir con su peluda cabeza.

—Si hay más cazas TIE imperiales por los alrededores, lo más importante que podéis hacer es defender la Academia Jedi, Tionne —dijo Han—. Será su objetivo más obvio. Al Imperio no le haría mucha gracia que la Nueva República consiguiera otra hornada de Caballeros Jedi.

—Estaremos aquí para defender la Academia Jedi, general Solo —dijo Tionne—. Usted vaya en busca de los niños.

—Muy bien, Bajie —dijo Han—. Vamos. No hay tiempo que perder.

## 18

El rugido de los motores iónicos gemelos hizo añicos el profundo silencio de la mañana de la jungla cuando el caza TIE volvió a la vida. Los pájaros lanzaron graznidos de terror y huyeron hacia las ramas más altas. El polvo y las hojas secas se dispersaron alrededor de la nave imperial formando grandes nubes.

Qorl, inmóvil dentro de la carlinga, fue subiendo el nivel de energía despacio y con mucha delicadeza, como si lo sintiese crecer poco a poco en las yemas de sus dedos. Los conductos de ventilación medio atascados escupieron acres vapores amarronados en la parte de atrás del aparato monoplaça. La nave imperial gruñó, preparada para volver a entrar en acción después de su larga incapacidad.

El piloto del TIE salió de la carlinga, con su maltrecho casco negro en la mano y los conductos respiradores colgando y desconectados de su suministro de oxígeno de emergencia agotado. Los lentes protectores habían ido sufriendo arañazos y golpes durante los años de su exilio, pero aun así llevaba el casco tan orgullosamente como si fuese un trofeo.

Qorl estaba preparado para volver a entrar en servicio.

—He comprobado todos los sistemas de propulsión —dijo—. Con la adición del motor de hiperimpulsión en condiciones de funcionar que habéis instalado, ahora puedo cruzar la galaxia y encontrar los restos de mi Imperio. De otra manera, este caza de corto alcance nunca habría podido llevarme hasta allí.

—Buen trabajo, Jaina —gruñó Jacen.

Su hermana le atizó un codazo en las costillas, y Jacen no dijo nada más.

— ¿Qué vas a hacer con nosotros, Qorl? —le preguntó Jaina al piloto—. ¿Por qué quieres irte de aquí? Si volvieras a la Academia Jedi con nosotros, todo iría bien. La guerra ha terminado.

— ¡Rendirse es traición! —gritó Qorl, invadido por una intensa emoción que Jacen nunca había visto en él antes. La mano del piloto tembló mientras apuntaba hacia ellos aquel desintegrador que nunca dejaba de estar presente—. La utilidad que teníais para mí ha terminado —dijo después, con la voz convertida en una ronca amenaza.

Una repentina punzada de temor hizo que Jacen sintiera un doloroso vacío en el estómago. Jaina había esperado convertir el caza TIE en su vehículo privado para poder divertirse viajando de un lado a otro, tal como hacía Bajie en su T-23 remodelado. Pero el pequeño caza sólo podía transportar una persona: el piloto. Qorl nunca podría llevarles consigo como prisioneros, ni aun suponiendo que quisiera hacerlo. ¿Eliminaría el piloto sus últimos obstáculos, los únicos testigos de su exilio, con limpia eficiencia imperial? ¿Se limitaría a disparar contra ellos y partiría después en busca de su hogar?

Jacen intentó desesperadamente enviar pensamientos tranquilizadores para calmar a Qorl, como hacía frecuentemente con sus serpientes de cristal. Pero no sirvió de nada: su mente se encontró con el rígido muro de lavado cerebral que había convertido los pensamientos de Qorl en un conjunto de pautas inmutables.

El piloto del TIE desvió la mirada, y pareció calmarse un poco. Jacen no sabía si eso era un resultado de sus poderes Jedi o si el soldado imperial sencillamente se había dejado distraer por algo.

—Bien, ¿qué vas a hacer con nosotros? —preguntó.

Qorl volvió la vista hacia los gemelos. Su rostro estaba tenso y pálido. Parecía muy viejo y cansado.

—Me habéis ayudado mucho. Habéis sido la única... compañía que he tenido durante muchos años. Os dejaré aquí, solos en la jungla.

— ¿Vas a abandonarnos? —preguntó Jaina con incredulidad.

Esta vez fue Jacen quien le dio un codazo en las costillas. La idea de verse abandonado en aquella selva le gustaba tan poco como a ella, pero ya se le habían ocurrido varias posibilidades mucho menos atractivas.

—Si sabéis organizares podréis sobrevivir —dijo Qorl—. Lo sé porque yo lo hice. Tal vez alguien acabe encontrándoos. La esperanza es vuestra mejor arma. Puede que vosotros no necesitéis veinte años para volver a casa.

Guardó silencio durante un momento y sostuvo el casco negro en sus manos con expresión pensativa. El caza TIE reparado seguía ronroneando detrás de él, como si estuviera impaciente por volver a volar.

—Tenéis suerte de estar aquí, a salvo —dijo Qorl por fin—. Volveré con el Imperio. Pero mi último acto en esta maldita luna llena de junglas será destruir la base rebelde.

— ¡No! —gritaron Jacen y Jaina al unísono.

—Ahora sólo es una escuela —añadió Jacen—. No es una base militar.

— ¡No lo hagas, por favor! —exclamó Jaina—. No ataques la Academia Jedi.

Pero Qorl no dio ninguna señal de haberles oído. Se colocó cuidadosamente el maltrecho y viejo casco sobre su canosa y revuelta cabellera, bajó el protector anticoliciones y lo cerró.

— ¡Espera! —gritó Jaina lanzándole una mirada implorante—. ¡No tienen armas en los templos!

Jaina lanzó sus pensamientos intentando establecer un contacto mental con el piloto, pero Qorl la apuntó con su desintegrador y retrocedió.

Qorl subió a la carlinga de su caza TIE, se instaló en el viejo asiento lleno de desgarrones delante de los controles y activó los cierres. Los gemelos corrieron hacia el caza y golpearon el casco con sus puños.

El rugido de los motores se incrementó y los haces repulsores despidieron una ráfaga de energía que empujó las hojas, guijarros y restos de la jungla, haciendo que salieran disparados en todas direcciones.

El caza TIE zumbó, se alzó del lugar en el que había estado descansando durante tanto tiempo y empezó a ascender.

Jaina hizo un último intento de agarrarse a las planchas del casco, pero sus dedos resbalaron sobre la lisura del metal. Jacen tiró de ella, haciéndola retroceder mientras el motor del TIE aumentaba el suministro de energía. Los gases de escape circularon por los sistemas refrigerantes del caza con un silbido estridente.

Los gemelos retrocedieron tambaleándose hasta quedar bajo la protección de uno de los gigantescos árboles massassi, solos e indefensos en la espesura de la jungla.

El caza TIE de Qorl, que había permanecido escondido e incapaz de funcionar durante más de veinte años en la superficie de Yavin 4, por fin se alzó por los aires. Sus

motores iónicos gemelos emitieron aquel gemido tan característico que había llenado de miedo los corazones de tantos combatientes rebeldes.

El caza de Qorl ascendió a través del dosel arbóreo, dirigido con unas maniobras sorprendentemente hábiles, y se alejó velozmente hacia la Academia Jedi.

## 19

Tenel Ka se abrió paso a través de las lianas y los espesos arbustos espinosos en la oscuridad de la noche de la jungla, esperando que los reptiles voladores no fuesen capaces de seguirla. Estaba jadeando a causa del esfuerzo y el aliento ardía en sus pulmones, pero no gritó.

Todavía podía oír el subir y bajar de las grandes alas coriáceas de los reptiles muy cerca detrás de ella mientras atacaban con sus garras afiladas como navajas para matar a su presa. Los roncadores gritos de sus espantosas cabezas gemelas le helaban la sangre. Recordó haber oído decir que una de aquellas bestias había estado a punto de matar al Maestro Skywalker muchos años antes. Tenel Ka se preguntó cómo se las arreglaban los monstruos para moverse por aquella jungla repleta de obstáculos. ¿Por qué no conseguía despistarlos?

Los arbustos crujieron y silbaron junto a ella, y una cola terminada en un aguijón falló su brazo por muy poco. Eso quería decir que uno de los monstruos alados estaba directamente encima de ella. ¿Qué podía hacer?

Avanzó por un espacio más angosto entre dos árboles, y un instante después oyó un golpe ahogado sobre ella cuando la criatura voladora quedó atascada en la abertura entre los dos árboles. «Bien», pensó. El resto tendría que dar un rodeo. Eso le proporcionaría algo de tiempo.

Tenel Ka cruzó a la carrera un claro yendo hacia la sombra de lo que esperaba fuese otra extensión de maleza, pero había subestimado la velocidad con que las criaturas reptiles eran capaces de superar los obstáculos de la jungla. Pudo sentir el viento amenazador de sus alas cuando una de ellas se lanzó en picado directamente sobre el camino que estaba siguiendo.

Percibió más que vio las garras extendidas e intentó desviarse hacia un lado, pero resbaló sobre la vegetación podrida y cayó, chocando con un tronco recubierto de hongos. Notó cómo un segundo par de garras hendía el aire allí donde su estómago había estado hacía tan sólo unos segundos. Tenel Ka se estremeció mientras las cabezas gemelas aullaban su rabia y su frustración encima de ella, lanzando mordiscos contra las ramas que se enredaban en la maleza.

¿Por qué no podía recordar sus técnicas de relajación Jedi cuando las necesitaba? ¿Por qué no se había esforzado más en practicarlas? Tenel Ka cerró los ojos y percibió todo lo que había a su alrededor, y rodó a un lado mientras el monstruo alado descendía para lanzar un nuevo ataque.

El sonido de docenas de alas sobre su cabeza la puso nuevamente en movimiento. Tenel Ka rodó sobre sus manos y sus rodillas, se metió por entre unos matorrales espinosos, se levantó y siguió corriendo.

«Percibe —se dijo a sí misma—. Utiliza la Fuerza.»

De repente cambió de dirección, como impulsada por un reflejo. No sabía por qué lo había hecho, pues la noche era tan negra que no podía ver hacia dónde iba, pero sí sabía que había hecho lo correcto. Tenel Ka esquivó una y otra vez las garras y los golpes de las colas terminadas en aguijones hasta que acabó llegando a un macizo de árboles massassi. Su ruidosa aproximación hizo que un coro de graznidos y chillidos enfurecidos estallara repentinamente en los troncos que se alzaban sobre ella.

Eran salamandras peludas, y a juzgar por el estrépito había toda una manada de ellas. Probablemente había perturbado su sueño comunal. Tal vez serían una distracción suficiente.

Tenel Ka se agazapó y se lanzó hacia el refugio que le ofrecían aquellos árboles que crecían muy cerca unos de otros. Sorprendentemente, ni un solo monstruo alado la siguió. Tenel Ka oyó sus gritos mientras trazaban círculos en las alturas y, privados de su presa inicial, decidían perseguir a las salamandras peludas. Las criaturas aladas lanzaron aullidos llenos de sed de sangre y las voces de las aterradas salamandras peludas se volvieron repentinamente feroces y desafiantes mientras la batalla hacía estragos entre las ramas por encima de la cabeza de Tenel Ka.

Su cabellera dorado rojiza estaba llena de sudor, ramitas, hojas y granitos de tierra adheridos. Tenel Ka meneó la cabeza para limpiársela. Estaba casi segura de que había oído una débil voz familiar entre todo aquel estrépito.

—Oh, por favor, tengan mucho cuidado. Mis circuitos son extremadamente complejos y bajo ninguna circunstancia deberían...

La voz se interrumpió un momento después con un gemido estridente. Luego hubo un golpe ahogado cuando algo pesado cayó a los pies de Tenel Ka.

— ¿Eres tú, Teemedós? —preguntó.

Tenel Ka buscó a tientas en el suelo y acabó encontrando la forma metálica de contornos redondeados.

— ¡Oh, ama Tenel Ka, es usted! —gritó el pequeño androide—. Le estaré eternamente agradecido por este rescate. Vaya, no tiene ni idea de las terribles experiencias por las que he pasado... —gimió Teemedós—. Los meneos, las sacudidas, los golpes, los toqueteos y lanzamientos de un lado a otro... Ah, y lo más horrible fue...

—Mi noche ha sido tan poco agradable como la tuya —le interrumpió secamente Tenel Ka.

— ¡Escuche! —exclamó Teemedós—. ¡Oh, qué suerte! Esas horrendas criaturas se están marchando.

Tenel Ka no sabía si Teemedós se estaba refiriendo a las salamandras peludas o a los reptiles voladores gigantes, pero enseguida se dio cuenta de que los sonidos de la batalla librada en las alturas se iban alejando cada vez más por el dosel arbóreo.

—Debemos escapar inmediatamente, ama Tenel Ka.

—No podemos. Tendremos que esperar hasta que amanezca. ¿Puedes montar guardia esta noche mientras duermo?

—Me encantaría montar guardia para usted, ama, pero... Bueno, ¿realmente tenemos que pasar la noche aquí?

—Sí, tenemos que hacerlo —dijo secamente Tenel Ka, poniéndose a la defensiva al haber pasado el peligro más inmediato—. Necesito esperar hasta que haya luz de día para poder trepar a un árbol y averiguar dónde estamos.

—Oh —dijo Teemedós—. Pero ¿por qué razón quiere hacer eso?

—Porque estamos perdidos en la jungla —gruñó Tenel Ka—. Es un hecho comprobado.

—Oh, cielos... ¿Y eso es todo lo que la preocupa? —preguntó Teemedós—. ¿Por qué no me lo había dicho antes? Después de todo, domino con fluidez seis formas

distintas de comunicación y estoy equipado con toda clase de sensores: foto-ópticos, olfativos, direccionales, auditivos...

— ¿Direccionales? —le interrumpió Tenel Ka—. ¿Quieres decir que sabes dónde estamos?

—Oh, sí, ama Tenel Ka, con toda exactitud y certeza. ¿No acabo de decírselo?

Tenel Ka dejó escapar un gemido y meneó la cabeza.

—Muy bien, Teemedós, adelante. Guíame.

El estado de ánimo de Tenel Ka había dejado de ser sombrío y, de hecho, podía competir en claridad con los dos haces luminosos que brotaban de los ojos de Teemedós e iluminaban su avance por el suelo del bosque. Por muy irritante que pudiera llegar a ser el pequeño androide, se alegraba de su compañía. Teemedós parecía genuinamente interesado en enterarse de todo lo que le había ocurrido desde que el piloto del caza TIE había intentado capturarles aquella tarde. A su vez, Tenel Ka se encontró disfrutando con sus descripciones de la caída del T-23 y sus aventuras con las salamandras peludas. Se preguntó qué habría sido de Bajocca y de los gemelos.

Sólo se detuvieron unas pocas veces para que Tenel Ka pudiera beber o inspeccionar los vendajes de sus pequeñas heridas. Había utilizado el rudimentario equipo de primeros auxilios que guardaba en su cinturón para vendar los arañazos de su brazo y el corte de su pierna. Las heridas palpitaban y ardían, pero eso no la frenó. Tenel Ka hizo la mayor parte del camino corriendo, y procuró no aflojar la marcha ni siquiera cuando necesitaba descansar.

El lejano sol blanco de Yavin brillaba en el cielo matinal cuando Tenel Ka y Teemedós por fin salieron del último macizo de árboles y entraron en el claro que servía como pista de descenso. Las piedras calentadas por el sol del Gran Templo brillaban como un faro que les diera la bienvenida desde lejos.

— ¡Oh, lo hemos conseguido! —exclamó alegremente Teemedós.

Tenel Ka miró a su alrededor y vio que en el centro del claro había una nave que reconoció sin ninguna dificultad: era el *Halcón Milenario*.

Corriendo hacia el carguero ligero modificado tan deprisa como podían llevarles sus piernas había dos wookies, uno muy grande y corpulento y otro más pequeño, y Han Solo, el padre de Jacen y Jaina. Tenel Ka adivinó al instante qué misión se disponían a emprender y cambió de dirección para ir hacia el *Halcón Milenario*, gritando y agitando las manos mientras corría.

Tenel Ka oyó el aterrador aullido de un caza TIE que se aproximaba a toda velocidad por el cielo, y siguió corriendo desesperadamente hacia la nave.

Pero Solo y los wookies no la vieron. Tenían tanta prisa por rescatar a Jacen y Jaina que subieron corriendo por la rampa del *Halcón Milenario*. Tenel Ka supuso que debían de haber mantenido los motores en marcha para que no se enfriaran, pues podía oír su estridente gemido.

Tenel Ka quería rescatar a los gemelos. No quería volver a fallarles.

—Llámales, Teemedós —dijo, intentando correr lo más deprisa posible a pesar de que las piernas le temblaban de agotamiento.

— ¿Debo suponer que desea comunicarse con ellos? —preguntó Teemedós con voz pensativa.



—Sí, es un hecho comprobado.

—Por supuesto, ama. Me encantará hacerlo, pero me pregunto qué debo...

— ¡Limitate a hacerlo!

Tenel Ka apretó los dientes y siguió corriendo todo lo deprisa que podía.

La voz de Teemedós, puesta a máximo volumen, retumbó repentinamente por el claro.

—Atención, *Halcón Milenario*. Rogamos retrasen la partida durante unos momentos para aceptar a dos pasajeros adicionales a bordo.

Ver bajar de nuevo la rampa del *Halcón Milenario* hizo que ni siquiera le importase el zumbido de sus oídos. Tenel Ka subió corriendo por la rampa.

—Muy bien —jadeó, derrumbándose sobre el suelo del compartimento de carga—. ¡Vamos!

Han Solo y los dos wookies la contemplaron con asombro durante un instante, pero ninguno de los tres necesitaba que les incitaran a actuar. Las compuertas se cerraron antes de que Tenel Ka hubiese acabado de hablar, y el *Halcón Milenario* emprendió el vuelo con un desafiante estallido de velocidad.

## 20

Qorl pilotó su caza a toda velocidad sobre el grueso dosel de la jungla. El aire de Yavin 4 pasaba junto a él, aullando alrededor del compartimento redondeado del piloto del caza TIE y los rectángulos de los paneles solares. Qorl se acordó de sus días de adiestramiento. Había sido un piloto excelente —uno de los mejores de su escuadrón—, surcando los cielos durante los simulacros de batalla e imponiendo la inflexible voluntad del Emperador.

Las corrientes de aire le abofetearon, y el piloto disfrutó de la sensación del vuelo. No la había olvidado, ni siquiera después de tantos años. El poder vibrante que palpitaba a través de los motores de la nave, junto con una sensación de libertad y liberación después de un exilio tan largo, hicieron que se sintiera exultante.

Qorl contempló cómo las nudosas coronas verdes de los árboles massassi fluían debajo de él en la tempestad del paso de su nave. Su brazo mal curado envuelto en el grueso guantelete hacía que le resultara un poco difícil controlar la nave imperial, pero era un piloto de caza. Era un gran piloto. Había conseguido posar su nave a pesar de graves averías en los motores y bajo un nutrido fuego enemigo. Había sobrevivido en territorio hostil durante dos décadas sin ser detectado.

Mientras volaba a baja altura sobre los árboles para evitar ser percibido por cualquier posible defensa de la base rebelde, Qorl sintió que sus recuerdos y las habilidades que habían pasado a formar parte de su naturaleza volvían a él en un torrente incontenible.

«El Imperio es mi familia. Los rebeldes desean destruir el Nuevo Orden. ¡Los rebeldes deben ser eliminados..., ELIMINADOS!»

Su mayor ventaja era la sorpresa. Aquel ataque caería llovido del cielo. Los rebeldes no estarían esperando ser atacados. Qorl llegaría de repente con todo su armamento haciendo fuego. Destruiría las estructuras de la base rebelde, y las dejaría convertidas en un montón de escombros. Mataría a todos los que habían conspirado para hacer estallar la Estrella de la Muerte, los que habían matado a Darth Vader y al Gran Moff Tarkin. Él, un solo soldado, se cobraría venganza por todo el Imperio.

¡Allí estaba! Qorl entrecerró los ojos intentando ver mejor a través de las señales y arañosos que cubrían las lentes de su casco protector. Una roca colosal surgía de un claro en la densa jungla, un templo de piedra que se alzaba hacia el cielo: era un ziggurat, la pirámide cuadrada utilizada como estructura principal de la base.

Qorl pasó sobre las instalaciones de la vieja fortaleza rebelde con un ensordecedor rugido de sus motores. Un ancho río de perezoso caudal se abría paso a través de la jungla cerca de los templos. Al otro lado de la corriente de un verde amarronado había más ruinas, pero parecían estar deshabitadas. Un instante después Qorl vio una gran estación generadora de energía al lado de la torre del ziggurat y estuvo seguro de que no se había equivocado: aquella base seguía siendo utilizada como instalación militar.

Inició la primera pasada de ataque de su caza TIE y vio que la jungla había sido despejada para crear una gran zona de descenso delante del Gran Templo. Sólo vio una nave en el área plana: tenía forma de disco, y dos protuberancias en forma de púa en la parte delantera.

Qorl no reconoció inmediatamente el origen o el modelo de la nave solitaria que tenía debajo. Era alguna variedad de carguero ligero, no un caza X rebelde o alguno de los navíos de guerra familiares sobre los que había aprendido tantas cosas durante su riguroso adiestramiento de combate.

En el suelo, varias siluetas corrían hacia la nave, alejándose rápidamente de la pirámide de piedra. ¿Irían a ocupar sus puestos de combate, quizá? Los labios de Qorl se fruncieron en una mueca salvaje. Se ocuparía de ellos.

Manipuló los botones de su panel de control, activando los sistemas de armamento del caza TIE. Pero antes de que hubiera podido alinear a sus víctimas en su mira de puntería, todas las diminutas figuras de abajo consiguieron subir al carguero ligero. La rampa de abordaje subió, preparándose para el despegue.

Decidió olvidar al carguero ligero como posible blanco, al menos por el momento. Qorl comprendió que era probable que los rebeldes tuvieran una gran fuerza de cazas más poderosos en un hangar subterráneo. En ese caso su primera tarea era impedir que esos cazas fueran lanzados al cielo, aunque sólo fuese dañando las puertas lo suficiente para mantener a las naves atrapadas dentro del recinto.

Decidió que la mejor estrategia sería mantener aquel rumbo aproximándose en línea recta y disparar los cañones láser a plena potencia contra la estructura principal del Gran Templo. Convertiría todo el edificio en cascotes y tal vez haría que se derrumbase por dentro, con lo que eliminaría a los rebeldes y destruiría todo el equipo que tuvieran en el interior.

Después podría virar y ocuparse del carguero ligero aun suponiendo que éste lograra despegar del suelo. Su tercer objetivo sería la estación generadora de energía.

Cuando los rebeldes estuvieran totalmente paralizados por su velocísimo y devastador ataque, Qorl volvería por última vez. Recargaría sus cañones láser y asestaría el golpe final, destruyendo todo lo que se le hubiera pasado por alto la primera vez.

Desde el comienzo hasta el final, sólo harían falta unos cuantos minutos para poner de rodillas a los rebeldes.

Qorl centró el Gran Templo en su mira, apuntándola hacia el ápice de la pirámide cuadrada con sus delgadas hileras de tragaluces y viejas esculturas recubiertas de lianas. El caza TIE se lanzó sobre ella.

Aferró la palanca de disparo con su mano buena. Qorl presionó los botones de disparo exactamente en el momento preciso, permitiendo que una expresión de nerviosa expectativa iluminara su normalmente impassible rostro.

Nada.

Volvió a presionar el botón una y otra vez..., ¡y no ocurrió nada! Los sistemas de armamento no respondieron.

Qorl conectó los sistemas de emergencia mientras hacía girar el caza TIE en el aire, volviendo a lanzarse en un nuevo picado sobre su objetivo. Hizo un intento de disparar tras otro, pero los cañones láser estaban completamente muertos. Sus ojos recorrieron el panel de diagnóstico, pero todas las lecturas parecían normales.

Qorl golpeó el panel de instrumentos con su mano enguantada como si eso pudiera surtir algún efecto reparador —con el viejo equipo imperial a veces lo hacía—, pero esta vez no ocurrió así.

Empezó a trabajar frenéticamente en los controles, buscando debajo de los paneles para volver a activar los sistemas de armamento mientras seguía volando. Bajó la mano y buscó a tientas alrededor de su asiento, tratando de encontrar algo que pudiera utilizar para poner en marcha los cañones láser que se negaban a funcionar.

Qorl captó el destello por el rabillo del ojo, reflejado en las lentes oscuras de su casco. Bajó la vista y percibió algo que se movía. Era sinuoso y transparente, y relucía y apenas podía ser visto.

La serpiente de cristal se irguió justo a su lado, y su cabeza triangular apareció bajo la forma de un tenue arco iris a la claridad de las luces de la carlinga. Qorl, que había visto un gran número de aquellos reptiles durante su exilio en Yavin 4, la identificó inmediatamente y reaccionó.

Soltó un grito ahogado y trató de apartar a la serpiente de un manotazo. La serpiente atacó y mordió mientras Qorl extendía el brazo lisiado en un intento de bloquear el ataque. El reptil hundió sus colmillos afilados como puntas de lanza en el grueso cuero del guantelete de Qorl, pero fue incapaz de atravesarlo del todo hasta llegar a su piel.

Mientras agitaba la mano de un lado a otro, Qorl pudo sentir el peso de la serpiente de cristal retorciéndose y moviendo sus mandíbulas, aunque apenas podía verla.

Dejó que el caza TIE siguiera volando por sí solo mientras alargaba la mano buena para agarrar el largo cuerpo de la serpiente justo por detrás de su cabeza. Separó los colmillos del cuero y metió a la criatura, que no paraba de retorcerse, en el conducto de lanzamiento de la carlinga. Dejó escapar un grito de repugnancia mientras arrojaba la serpiente al cielo, donde cayó hacia las copas de los árboles de la jungla que cubría la luna, desapareciendo al instante en la potente claridad solar.

Qorl trató de recobrar el control de su nave desprovista de armamento. Los gemelos Jedi debían de haber hecho algo durante sus reparaciones.

Consiguió estabilizar su errático vuelo, pero antes de que pudiera decidirse por un nuevo rumbo los deslumbrantes rayos de un cañón láser enemigo surcaron el aire con un siseo estridente, haces de energía que ionizaron la atmósfera alrededor del caza TIE de Qorl.

Tiró de la palanca de control con su brazo bueno, y su caza se bamboleó y se desvió en un brusco giro hacia estribor. El carguero ligero rebelde había despegado y estaba persiguiendo a Qorl como si fuese un ave de presa enfurecida..., y su armamento funcionaba a la perfección.

Qorl puso los motores iónicos gemelos a plena potencia y decidió que por el momento su única posibilidad era tratar de escapar.

Jacen y Jaina estaban sentados en el corazón de la jungla, inmóviles junto a la primitiva morada de Qorl y sumidos en una profunda concentración. Los gemelos emplearon la Fuerza para ver lo que estaba ocurriendo en la Academia Jedi. Sus poderes sólo bastaban para traerles imágenes borrosas y ecos distantes de pensamientos, pero eso era suficiente.

—No sabía que nunca llegué a reparar los sistemas de armamento..., pero tampoco me lo preguntó nunca, claro. Conseguí falsear las lecturas para que pareciesen normales —dijo Jaina por fin—. Puede volar, pero su nave está totalmente indefensa.

—Sí, y creo que la serpiente de cristal debe de haber conseguido distraerle de alguna manera —dijo Jacen—. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Los gemelos se sonrieron el uno al otro.

—Supongo que nuestro próximo paso es pensar en cómo volvemos a casa —dijo Jacen después, alzando la mirada hacia la luz del amanecer que se filtraba a través de los árboles y entrecerrando los ojos.

Jaina se apartó un mechón de su normalmente lacia cabellera castaña de la cara y respiró hondo.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo, y después dio una palmada y se frotó las manos—. Bien, ¿a qué estamos esperando?

## 21

— ¡Agarraros bien! —gritó Han Solo.

Tenel Ka logró llegar hasta un asiento al lado de Bajocca mientras el *Halcón Milenario* despegaba de la pista abierta delante del viejo templo, y se puso el arnés de seguridad.

—Ese caza TIE viene hacia aquí y no parece tener muy buenas intenciones —dijo Han mientras él y su copiloto wookiee accionaban frenéticamente interruptores y calibraban los sistemas de puntería del armamento—. Espero que Tionne haya conseguido poner a salvo a todos los estudiantes Jedi.

Sus asientos se inclinaron hacia atrás cuando el *Halcón Milenario* empezó a subir en un pronunciado ángulo, con sus impulsores sublumínicos rugiendo detrás de él. El caza TIE imperial atravesó el cielo por encima de ellos como un ariete aullador.

Han Solo empuñó los controles con expresión sombría. Su mandíbula estaba tensa y sus hombros rígidos. En aquel momento no tenía ninguna forma de saber si sus hijos estaban a salvo o si aquel enemigo imperial los había matado a los dos, de la misma manera en que el piloto había intentado desintegrar a Bajocca y Tenel Ka.

Tenel Ka deseó poder tranquilizarle, pero ella tampoco sabía nada. Colocó bien las tiras sobre la armadura de escamas de reptil que cubría su pecho, todavía jadeando de cansancio debido a su larga carrera a través de la jungla. La estridente voz metálica de Teemedos resonó de repente junto a ella.

— ¡Le pido disculpas, ama Tenel Ka, pero no puedo ver absolutamente nada! Su red anticolidión ha bloqueado mis sensores ópticos.

Tenel Ka liberó el artefacto plateado de su prisión, y Teemedos dejó escapar lo que parecía un suspiro de alivio.

—Ah, sí, mucho mejor. Ahora puedo ver perfectamente. ¡Oh, cielos! —exclamó con voz alarmada—. No quería que me rescatara de esa horrible jungla sólo para que todos pudiéramos acabar hechos pedazos persiguiendo a ese caza TIE.

Bajocca soltó un gruñido, y volvió la mirada hacia el pequeño androide traductor con obvia sorpresa y alivio.

—Esto es tuyo, Bajocca —dijo Tenel Ka—. Lo encontré en la jungla.

Entregó a Teemedos al joven wookiee, que aceptó con gratitud al diminuto androide y expresó su agradecimiento con un balido wookiee.

Han Solo hizo virar el *Halcón Milenario* en un apretado giro, y sus motores rugieron detrás de ellos mientras perseguían al caza TIE.

—Va a hacer una pasada de ataque —dijo Han—. Pero no está disparando sus armas, aunque no sé por qué.

Tenel Ka volvió la cabeza hacia la mirilla de la cabina y contempló cómo el caza TIE que había ayudado a reparar se deslizaba velozmente y a muy baja altura sobre el Gran Templo, aparentemente decidido a sembrar la destrucción..., pero sus cañones láser no hicieron fuego.

—Voy a atraer su atención, Chewie —dijo Han—. Tú abre un canal de comunicación, ¿de acuerdo? Ese tipo les ha hecho algo a mis chicos..., y quiero averiguar dónde están.

Chewbacca gruñó y extendió su largo brazo peludo para mover unos cuantos interruptores en el panel de control del *Halcón Milenario*.

Han hizo dos disparos de advertencia. Haces de cegadora claridad pasaron junto a los cuadrados planos que eran las alas del caza TIE, enmarcándolo pero sin causar ningún daño.

—Atención, piloto del TIE —dijo Han—. No irás a ninguna parte si no averiguo dónde... —hizo una pausa—, dónde están los dos jóvenes Caballeros Jedi. Estás en el centro de mi punto de mira, así que tus opciones son muy sencillas: ríndete o te borraremos del cielo.

Una voz ronca y seca surgió del sistema de comunicaciones.

—Rendirse es traición —dijo el piloto, y después cortó la conexión.

El caza TIE salió disparado hacia arriba en una trayectoria imposiblemente empinada, subiendo en el aire por encima del frondoso verdor de las copas de los árboles. Después, la nave imperial viró en una maniobra evasiva.

—Muy bien —dijo Han, y su ira resultaba evidente—. Esta vieja nave se ha enfrentado con muchos cazas TIE en el pasado, así que podemos añadir uno más a la lista. Dale a fondo, Chewie.

El *Halcón Milenario* salió disparado hacia adelante en otra brusca aceleración mientras Chewbacca manipulaba los controles.

— ¡Oh, no! —gimoteó Teemedós—. No puedo verlo. Que alguien me tape los sensores ópticos.

Han gastó un segundo en lanzar una mirada al androide, y descubrió que Bajocca tenía a Teemedós sobre su regazo.

—Es como volver a tener a Cetrespeó con nosotros —dijo—. Creo que tal vez tengamos que hacer unos cuantos ajustes en esa programación.

—Oh, cielos —dijo Teemedós.

Bajocca gruñó una sugerencia desde atrás, que fue secundada estrepitosamente por su tío.

—Buena idea —dijo Han—. Antes probaremos suerte con el rayo tractor. Quizá, sólo quizá, podamos llevar esa nave hasta el suelo sin destruirla. De esa manera podremos obtener alguna información. Si se lo pedimos por favor, tal vez se muestre un poco más dispuesto a cooperar.

Chewbacca conectó el generador del rayo tractor del *Halcón Milenario*, y lanzó el haz invisible como si fuese una red hecha con un campo de fuerza para capturar a la nave imperial.

El caza TIE se bamboleó y se desvió a un lado cuando el rayo tractor consiguió establecer una presa parcial, pero el piloto lanzó chorros alternos por sus motores iónicos y logró liberarse, subiendo en una apretada espiral que hizo que Han lanzara un silbido de reluctante admiración.

—Este tipo es bueno —dijo—. ¡Vamos detrás de él, Chewie! Velocidad máxima.

El caza TIE, como si lo considerase su única posibilidad de escapar, descendió velozmente hacia el verdor de los árboles massassi. Esquivó las ramas que se alzaban hacia él como dedos ennegrecidos de brujas allí donde los relámpagos y los incendios habían quemado la jungla, siguió bajando para seguir los cursos serpenteantes de los

ríos y pasó como una exhalación sobre cañones repletos de vegetación..., todo ello con el *Halcón Milenario* persiguiéndole implacablemente.

Si se tratara meramente de una cuestión de velocidad, los motores más potentes del *Halcón Milenario* hubiesen podido alcanzar al caza TIE y obligarlo a descender, pero la maniobrabilidad con que podía moverse la pequeña nave por entre las peligrosas copas de los árboles daba una clara ventaja al piloto imperial.

Pero Han Solo le ganaba en decisión.

— ¿Qué has hecho con mis chicos? —gritó por el canal de comunicaciones.

Resultaba obvio que no esperaba ninguna respuesta, pero el piloto respondió en un tono repentinamente calculador para gran sorpresa de todos.

— ¿Son tus hijos, piloto? Cuando los dejé estaban vivos..., pero la jungla es un sitio peligroso. No hay forma de saber si aguantarán el tiempo suficiente para que los rescates.

Tenel Ka se maravilló ante aquella brillante estrategia.

—Es un truco —dijo—. Quiere que abandones la persecución.

—Lo sé —dijo Han, volviéndose hacia ella. Su rostro estaba ceniciento—. Pero ¿y si es verdad?

El piloto del TIE utilizó el corto instante de vacilación de Han para decidirse por su mejor oportunidad de huir, subiendo en línea recta y lanzándose; hacia el espacio. Los motores iónicos gemelos rugieron a través de la cada vez más tenue atmósfera.

Chewbacca reaccionó lanzando un chillido. El copiloto wookiee puso los aceleradores al máximo sin aguardar a que Han diera la orden. El *Halcón Milenario* salió disparado en pos del caza TIE con un ondulante velo blanco de calor surgiendo de sus motores sublumínicos traseros.

La aceleración incrustó a Tenel Ka en su asiento, y torció el gesto al sentir cómo el tirón de las gravedades adicionales le estiraba la piel. Cerró los ojos. Bajocca gruñó junto a ella al sentir la presión, pero Han y Chewbacca parecían acostumbrados a someter sus cuerpos a semejantes tensiones.

El luminoso cielo de un azul lechoso se fue oscureciendo, volviéndose de un color púrpura oscuro a su alrededor a medida que seguían ascendiendo. Las estrellas destellaron cuando el *Halcón Milenario* entró en la noche del espacio. La borrosa esfera de Yavin, el gran gigante de gas anaranjado, llenó la mayor parte de las mirillas de su cabina.

El caza TIE empezó a moverse en zigzag para despistar a su perseguidor, cambiando de curso a intervalos aleatorios y consumiendo una gran cantidad de energía.

—Quizá todavía podamos causarle alguna avería lo bastante seria para capturarlo con el rayo tractor —dijo Han con la voz enronquecida por la tensión.

Chewbacca pilotó el *Halcón Milenario* mientras Han se encargaba de los sistemas de armamento.

—No consigo centrar la mira —dijo.

El caza TIE seguía ascendiendo a toda velocidad sobre la joya verde que era la luna selvática.



El *Halcón Milenario* se pegó a él, siguiéndolo muy de cerca en el arco de su angosta órbita. Han disparó repetidamente sus cañones láser, pero los haces escarlata fallaron el blanco.

Han golpeó el panel de control con el puño.

— ¡Estáte quieto un momento! —gritó.

Y entonces, como obedeciéndole, el caza TIE se detuvo en el centro de la parrilla de puntería del sistema de armamento. El indicador de centrado se iluminó, y Han soltó un chillido lleno de excitación.

— ¡Te pillé! —exclamó, y presionó los dos botones de disparo.

Pero el caza TIE salió disparado hacia adelante en el último instante posible con una increíble exhibición de velocidad, convirtiéndose en un puntito de luz que brillaba como el metal fundido. Se fue encogiendo en la repentina lejanía que lo había separado del *Halcón Milenario*, aullando en su incontenible avance con la velocidad lumínica instantánea..., y se sumergió en el hiperespacio con un estallido silencioso.

—No es culpa mía —dijo Han Solo, contemplando boquiabierto el blanco desvanecido y dejando que sus manos temblorosas se apartaran de los controles de disparo—. ¡Un caza TIE no tiene motores de velocidad lumínica! Es un aparato de corto alcance.

Bajocca gruñó una explicación, y Tenel Ka asintió.

— ¿Que Jaina hizo qué? —exclamó Han con incredulidad—. Pero ese hiperimpulsor era para que se entretuviera con él, no para que lo instalase. Tendrá que darme muchas explicaciones cuando la vea...

Han se calló, comprendiendo de repente dónde estaban los gemelos.

—Olvidémonos del caza TIE. ¡Vamos a por los gemelos! —dijo.

Cambió el curso del *Halcón Milenario* y fue en línea recta hacia la esfera verde esmeralda de la luna selvática de Yavin.

## 22

En el pequeño claro de la jungla donde el caza TIE estrellado había permanecido inmóvil durante dos décadas, Jacen y Jaina decidieron que su mejor posibilidad de ser rescatados estribaba en trepar a las copas de los árboles sin importar lo difícil que eso pudiera ser. Desde esa altura podrían divisar cualquier nave que se aproximara y hacer alguna clase de señal.

Antes de marcharse registraron el claro y el viejo campamento de Qorl en busca de cualquier cosa que pudiera resultarles útil, y después metieron sus hallazgos en sus mochilas. Su adiestramiento Jedi les había enseñado a aprovechar todo lo que estuviera a su alcance.

Se acordaron de cómo habían utilizado la Fuerza para que les ayudara a escalar el Gran Templo con Tenel Ka, y los gemelos encontraron un árbol massassi que tenía un gran número de ramas densamente entrelazadas y muchas lianas colgantes. Miraron hacia arriba y después se miraron el uno al otro antes de iniciar la larga y agotadora escalada. Cuando consiguieron llegar a su meta, Jacen y Jaina estaban doloridos, llenos de arañazos y cubiertos de suciedad y restos del bosque, pero se sorprendieron bastante al descubrir que su logro les había dado nuevas fuerzas.

Intentaron encender una hoguera de hojas en un denso nido de ramas unidas para enviar una señal de humo al cielo. Jacen recogió hojas y ramitas y las amontonó sobre un trozo de platiacero curvado que les había sobrado de sus reparaciones en el caza TIE.

Jacen había traído consigo el destellador de Tenel Ka, pero la carga estaba muy baja. Cuando la unidad, del tamaño de un dedo, chisporroteó y brilló, desprendiendo unas últimas chispas, Jaina quitó el panel trasero y utilizó su multiherramienta para manipular los circuitos. Aumentó la salida de energía y consiguió producir una última descarga que prendió fuego al montoncito de ramas.

Las gruesas y lustrosas hojas verdes ardían despacio, y el fuego no conseguía acumular el calor suficiente para convertirse en una auténtica hoguera llena de llamas. Pero, tal como habían esperado, una satisfactoria humareda gris azulada se fue enroscando hacia arriba, una señal muy clara para cualquiera que estuviera buscándoles.

Aun así, no podían estar seguros de que alguien supiera dónde tenía que buscar. A menos que Bajocca o Tenel Ka hubieran conseguido volver a la Academia Jedi, nadie tendría idea de dónde debía iniciar una búsqueda.

—Supongo que la próxima vez tal vez sería buena idea informar a alguien de adonde vamos y qué estamos haciendo, ¿eh? —dijo Jaina, contemplando la inmensidad azul que permanecía lamentablemente vacía.

—Probablemente —asintió Jacen, instalándose junto a ella en las ramas. El sudor corrió por su rostro mientras apoyaba el mentón en sus sucias manos—. ¿Quieres oír otro chiste?

—No —respondió Jaina con firmeza.

Se limpió la frente empapada con la manga de su maltrecho mono y siguió escrutando los cielos. Se removió junto a su hermano, sintiendo el roce de la brisa y escuchando el susurro de los millones de hojas.

Jacen echó más hojas al fuego.

Y de repente Jaina se irguió en la rama.

— ¡Mira! —exclamó, y señaló hacia arriba. Una estrella blanca se hizo más brillante y empezó a ondular con un resplandor plateado. Las olas de sonido procedentes de un estallido sónico llenaron el cielo de Yavin 4 de ecos, como si estuviera tronando—. Es una nave.

Jacen cerró sus líquidos ojos castaños y sonrió. Después los gemelos parpadearon y se miraron el uno al otro.

—Es el *Halcón Milenario* —dijeron al unísono.

— ¿Crees que papá podrá detectarnos? —preguntó Jacen.

—No lo creo —dijo Jaina—. Al menos, no con la Fuerza. Pero espera... —Volvió a cerrar los ojos y empleó la parte de los poderes Jedi que conocía—. ¡Bajie está con él!

—Y Tenel Ka también —dijo Jacen—. ¡Están bien!

Jacen dejó escapar una carcajada llena de alivio.

— ¿Esperabas algo menos de dos jóvenes Caballeros Jedi?

El *Halcón Milenario* debía de haber visto el humo de su hoguera, y estaba yendo hacia ellos. Los gemelos se pusieron de pie sobre la rama y empezaron a agitar las manos. El carguero ligero que se aproximaba con el casco lleno de señales negras dejadas por los rayos desintegradores les pareció la máquina más hermosa que habían visto jamás.

La gran nave quedó suspendida sobre sus cabezas con una ráfaga de sus haces repulsores. Las ramas se doblaron debajo de ellos, pero Jacen y Jaina lograron mantener su posición y estiraron los brazos hacia la escotilla inferior de acceso del *Halcón Milenario* cuando ésta se abrió.

El brazo peludo de Chewbacca salió por ella y agarró las manos de Jacen, izándolo hasta la nave como si fuese un bulto de equipaje que no pesara nada. Un instante después los brazos cubiertos de vello color canela de Bajie surgieron de la escotilla para ayudar a subir a Jaina.

Han salió a toda prisa de la cabina y corrió hacia sus hijos para envolverlos en un gran abrazo.

—Estáis vivos... ¡Y estáis bien! —exclamó, contemplándoles con una mezcla de alivio y preocupación—. Siento haber tardado tanto.

—No importa —respondió Jacen—. Sabíamos que vendrías.

Tenel Ka y Bajie también saludaron a los gemelos, repartiendo muchos abrazos y entusiásticas palmadas en la espalda.

— ¡Oh, hurra! —intervino la vocecita metálica de Teemedós—. Esto sí que se merece una celebración.

—Antes volveremos a la Academia Jedi. Estoy seguro de que todo el mundo está preocupado por nosotros —dijo Han—. Creo que tenemos unas cuantas aventuras que contarles.

Unos días más tarde, después de que el *Halcón Milenario* hubiera sacado el T-23 de las copas de los árboles contra los que se había estrellado, Bajocca y Jaina estaban trabajando en el patio lleno de sombras del Gran Templo, examinando el saltacielos

averiado y haciendo las primeras reparaciones. Jaina sacó su rostro manchado de grasa del compartimento motriz y miró a su alrededor.

Vio cómo Jacen correteaba por la pista de descenso, con el cuerpo tan inclinado que casi rozaba el suelo mientras intentaba capturar un lagarto-cangrejo de ocho patas que quería añadir a su colección. Su despeinada cabellera estaba llena de hojas y trocitos de hierba, como de costumbre. La criatura se desviaba velozmente hacia la derecha y la izquierda, intentando encontrar un escondite entre la maleza recortada de la pista.

El lagarto-cangrejo detectó la presencia de una gran masa de sombras y buscó refugio debajo del T-23 y desapareció, poniéndose a salvo. Jaina se rió cuando Jacen frenó en seco, justo a tiempo de evitar que su cabeza chocara con el casco del saltacielos.

Jacen se encogió de hombros, se apoyó en la nave y empezó a quitarse el polvo de su mono.

—Oh, bueno —dijo sonriendo—. La próxima vez lo pillaré.

—Ya que estás aquí, ¿podrías hacerme el favor de pasarme la llave hidráulica? —preguntó Jaina.

Jacen se agachó, hurgó en la caja de herramientas colocada sobre la hierba y le entregó la llave hidráulica.

—Concéntrate en los sistemas de ordenadores, Bajie —dijo Jaina, decidiendo la estrategia que emplearían en las reparaciones—. Es lo que se te da mejor. No te preocupes por esos motores —añadió después de haber oído el gruñido de asentimiento del wookie—. Conseguiré que vuelvan a funcionar en muy poco tiempo.

— ¿Os importa que me una a vosotros? —preguntó una voz suave y tranquila detrás de ella.

— ¡Tío Luke! —gritó Jaina, levantándose de un salto y volviéndose hacia él—. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana —dijo Luke Skywalker, contemplando el vehículo con admiración—. ¿Os iría bien tener un poco más de ayuda? Entiendo bastante de estos pequeños deslizadores aéreos, ¿sabes? —Sonrió como si estuviera saboreando un recuerdo muy querido—. Hace tiempo tuve una nave como ésta. Mi pequeño saltacielos T-16 particular, cuando era un muchacho en...

Tenel Ka salió por la enorme puerta inferior del Gran Templo en ese mismo instante. Aquellos fríos niveles inferiores habían acogido los cazas X de la base rebelde en el pasado.

—Disculpadme un momento —dijo Luke.

Se volvió para alzar su mano en una cálida bienvenida. Después fue hacia Tenel Ka y habló con ella durante un buen rato, como si fuese una vieja amiga. Estar con el gran Maestro Jedi hizo que la joven de Dathomir pareciese sentirse intimidada, algo que no era nada propio de ella.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Jaina a los demás.

Abrió un panel de acceso interior con su multiherramienta y empezó a ejecutar diagnósticos sobre los motores del T-23. Jacen examinó disimuladamente la hierba y las malezas recortadas, buscando otro espécimen que capturar.

Bajocca sacó un montón de cables de los paneles de control de la carlinga y empezó a clasificarlos por color y función. Iba murmurando para sí mismo mientras trabajaba, y Jacen pudo oír que Teemedós empezaba a hablar. Un golpe sordo producido por algo metálico chocando con las planchas del suelo hizo que Jacen metiera la cabeza dentro del T-23. Bajocca había vuelto a dejar caer accidentalmente a Teemedós de su cinturón.

El androide traductor en miniatura empezó a reñir al joven wookie con su vocecita puesta a un volumen considerable.

— ¡Realmente, amo Bajocca, tendría que tratar de ser más cuidadoso! Ha vuelto a perderme, y eso es descuido puro y simple. ¿Le gustaría que su cabeza se desprendiera del cuerpo y cayera una y otra vez al suelo? Soy un equipo extremadamente valioso, y debería cuidarme mejor. Si mis circuitos sufren algún daño no seré capaz de traducir, ¿y en qué situación se encontraría usted entonces? No puedo creer que...

Bajocca desconectó a Teemedós con un gruñido, y después emitió un sonido lleno de satisfacción.

Jacen alzó la mirada y vio que Jaina estaba contemplando el intenso azul del cielo. Siguió la dirección de su mirada y supo con toda exactitud lo que estaba pensando.

— ¿Crees que Qorl conseguirá volver a su casa alguna vez?

—Si lo consigue, me pregunto si encontrará lo que espera cuando llegue allí —respondió Jaina—. Le habría ido mucho mejor quedándose con nosotros.

Cuando vieron que Luke Skywalker y Tenel Ka volvían al T-23, Bajie y Jaina salieron de la carlinga medio desmantelada para reunirse con Jacen y esperarles.

Luke contempló el maltrecho aerodeslizador y deslizó las yemas de los dedos sobre su casco.

—Cuando vivía en Tatooine solía cruzar a toda velocidad el Cañón del Mendigo en mi T-16 persiguiendo ratas womp.

Jacen y Jaina miraron a su tío, asombrados e incapaces de imaginarse al siempre callado y pensativo Maestro Jedi como un piloto temerario que hacía locuras.

Los labios de Luke se curvaron en una sonrisa melancólica.

—Era una vida muy distinta a la de ahora. —Se volvió hacia los jóvenes Caballeros Jedi—. Cuando hayáis reparado este trasto, me gustaría mucho ir a dar una vuelta con vosotros. Si no os importa, claro...

Todos le contemplaron con asombro. Bajie murmuró algo indescifrable y carraspeó nerviosamente.

—Espero que consigas adaptarte a este sitio, Bajocca —dijo Luke, dirigiendo una inclinación de cabeza al joven wookie—. Ya sé que irse de casa y vivir en un lugar desconocido siempre resulta muy difícil, pero veo que has hecho algunas nuevas amistades.

Miró a los demás.

—Estoy muy orgulloso de todos vosotros —siguió diciendo—. Hicisteis un trabajo magnífico bajo circunstancias muy duras, y eso a pesar de que yo no estaba aquí para guiaros. Tenéis un gran potencial..., pero llegar a ser un Caballero Jedi requiere muchísimo trabajo, esfuerzo y práctica.

Los estudiantes asintieron.

—Es un hecho comprobado —dijo solemnemente Tenel Ka.

—Sois jóvenes, y hay muchas cosas que podríais hacer con vuestras vidas —dijo Luke—. ¿Estáis seguros de que seguís queriendo llegar a ser Caballeros Jedi?

Sus gritos entusiásticos resonaron al unísono. El potente alarido de Bajocca fue tan enfático que ninguno de los demás necesitó una traducción, ni siquiera con Teemedós desconectado.